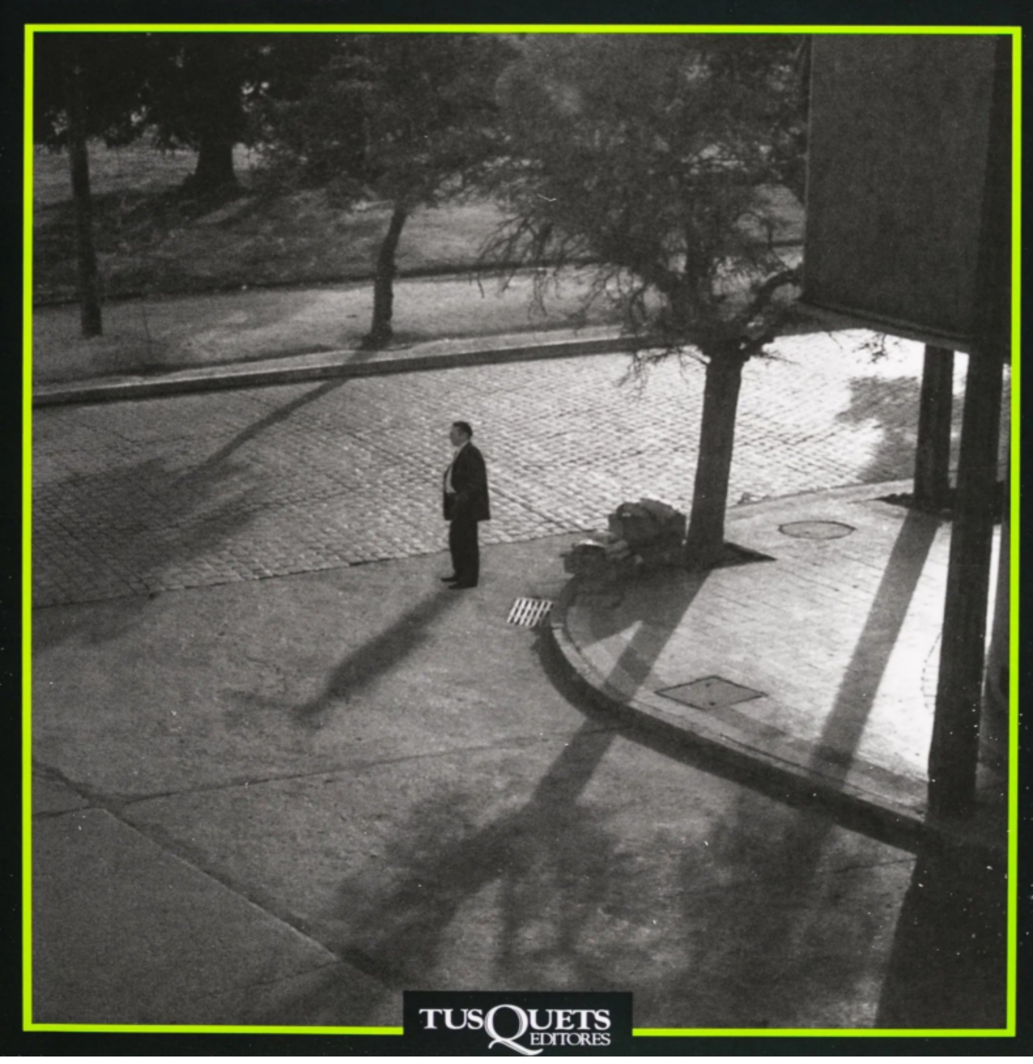
Sandra Lorenzano

FUGA EN MÍ MENOR

colección andanzas



SANDRA LORENZANO

FUGA EN MÍ MENOR



para Mariana
para Yiyí
por las huellas de la memoria

Escribir es defender la soledad en que se está.

María Zambrano

Qualche nostro antenato dev'essere stato ben solo
–un grand'uomo tra idioti o un povero folle–
per insegnare ai suoi tanto silenzio.

Cesare Pavese

El balbuceo como origen, como canto de pájaro. Porque es la huella de una historia remota, porque hubo un ritmo golpeando contra el pecho.

Los dedos sobre las teclas. Y en cada sinfonía una marcha fúnebre. «Fra Martino, fra Martino…» (Un laberinto, dicen.) Queda la marca, apenas perceptible entre las notas, del quiebre en la voz.

Leo sale a caminar por la playa. El paisaje es gris, ventoso, frío. No se parece a ningún lugar cercano. Quizás el sur. El viento le da en la cara. Cada tanto patea la espuma amarilla que se pega a la arena. Es temprano aún. Tomó un café antes de salir. Le gusta el ritual del café cuando todavía está oscuro. El olor del café recién hecho. Mientras, amanece. La figura de Leo se ve desde lejos. La playa es muy ancha. Está vacía. Sólo lo acompaña el perro amarillo. La imagen se acerca. Primer plano. Se perciben sus pasos por el movimiento de la cabeza. Arriba. Abajo. Apenas se desplaza. Avanza rítmicamente. Unos mechones de pelo castaño (con algunas canas) asoman por debajo del gorro de lana. Azul. (¿Se puede tener nostalgia de un desconocido?) Silencio. De a poco empieza a oírse su respiración. Al fondo, el sonido del mar. Apenas se desplaza. Arriba. Abajo. Apenas.

Quizás el sur.

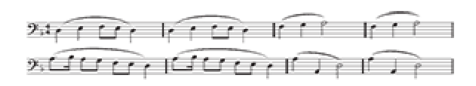
*

Se puede tener la historia, el ambiente, la trama… Yo tengo un paisaje: la orilla del mar. Un nombre: Leo (he querido cambiarlo, pero regresa siempre). Y unos pocos datos de su vida: la sombra de su padre en una fotografía. La cámara con la que su madre llegó del otro lado del océano. Un violonchelo. El café de la mañana. Las caminatas

en el aire frío. Con eso cuento. Con el silencio. Con un laberinto que es a veces sacudimiento, balanceo. Con Mahler y sus muertos. Las partituras. La fila de lápices perfectamente afilados. Han aparecido, en los últimos días, trozos de madera y herramientas. Y las palabras. «Escribir es defender la soledad en que se está.» Los primeros compases.



Las notas del *Fra Martino.* Una infancia que entona una marcha fúnebre. Leo y su silencio. El niño alegre y parlanchín de la Via dell'Oriuolo, mudo. En la maleta, sólo la cámara, algo de ropa y la inquietante fotografía. Nina con su blusa blanca y la sonrisa abierta. Giulio, la sombra cuyo rostro ha buscado a lo largo de la vida. Mientras camina a la orilla del mar y el viento frío le da en la cara, le llegan como ráfaga las sensaciones de aquella noche de hace más de cincuenta años. Un gorro azul y sus pasos. Arriba. Abajo. Arriba. Abajo. Sobre el piano dejó las partituras y la hilera de lápices afilados. El olor. A café. A madera. Olores vivos. La espuma amarilla se aferra a la arena en un juego interminable con el viento. ¿Se puede tener nostalgia de una imagen desconocida? Miraba, atento, las manos del lutier. Durante un año fue un niño sin palabras. No sabe si realmente recuerda algo. Una escalera de madera oscura y brillante. Un pequeño elevador. El viento helado. Nina que lo abraza con fuerza. Un coche en la oscuridad. Leo y su silencio.



Sale muy temprano en la mañana a caminar por la playa. A reencontrarse con el sonido de las olas. Así tendría que sonar su música. Quizá si se hubiera hecho a la mar como Telémaco habría encontrado el rostro de la sombra. Las notas del *Fra Martino.* La voz de Nina. Sobre el piano, las partituras. Pero no navega. Camina por la orilla con el viento frío que le golpea la cara. Una forma como cualquier otra de encontrar el silencio. Sólo desde el silencio surgen los sonidos. Los de él. Los que aparecen en su cuerpo. En su piel. La hilera de lápices afilados. La respuesta fue siempre la misma: era la foto que tenía más a mano. No hubo tiempo para más. El sol apenas comienza a asomarse. La sombra de Leo se proyecta sobre la arena.

Como su padre. La canción infantil. Mahler y su duelo en el tercer movimiento. El niño sin palabras. Leo acaricia el chelo recién terminado, es suave. En Via dell'Oriuolo tocaba el pasamanos de la escalera. Había aprendido a subir y bajar. Arriba. Abajo. Una gorra azul en el encuadre. Y el viento. Asoman unos mechones de pelo castaño, algunas canas. Sobre el piano lo esperan las partituras. El sonido del mar. Una forma como cualquier otra de encontrar su propio silencio. Toma completa. Las piernas largas. El paso elástico, enérgico. Podría haberse hecho a la mar en busca de una sombra. Pero no navega.

*

Con una mano arrastra la maleta, con la otra carga el chelo. Fuera de la casa, como si hubiera estado montando guardia durante todos esos meses, lo espera el perro amarillo. Sobre el piano, junto a los lápices, la casera ha puesto un sobre abultado con su nombre. Reconoce la letra de Bruna. Casi puede sentir su perfume. Esa mezcla picosa que le gustaba tanto de chico. «Sándalo malesio», le había confesado ella alguna vez. «Vas a pensar que estoy loca, pero me lo hago traer del único lugar del mundo donde se consigue: Via Vacchereccia 9r, Spezierie–Erboristerie Palazzo Vecchio». Los ojos le brillaban cuando recordaba la ciudad en la que había crecido.

*

«Lo que de verdad hace la música es oponerse a la atracción que ejerce el silencio. De él surge y hacia él vuelve», le decía Bauer mientras lijaba lentamente un futuro violín. «Termina siempre desvaneciéndose en él. Es aire. Tiempo. Y sin embargo, hay algo que pareciera rozar la intemporalidad. Lo infinito. ¿No tienes esa sensación? Algo intangible.» Y de pronto estallaba en una carcajada. «¡Ya me puse metafísico!» Leo se había animado a hablarle de su mudez actual. De sus ganas de refugiarse en algo diferente. Que trabajaran sus manos haciendo un instrumento era un poco como la caminata del amanecer: aparecía el cuerpo. El esfuerzo después de un buen rato le despejaba la cabeza y a lo mejor volvía la música. Se quedaron callados un largo rato. El lutier iba ensamblando suavemente las piezas. El cigarro se mantenía firme y, lo que era más curioso, la ceniza no se caía. «Con el chelo vas a sentir lo que es trabajar con madera. Está viva, ¿te das cuenta? Los sonidos van a

regresar cuando menos te lo esperes.» Quizá la madera los llame. La experiencia del barco fue clave para los Bauer porque entre los pasajeros que viajaban en primera estaba Acevedo. «¿Quién?» «Darío Acevedo. ¿No te suena el nombre? Era el dueño de unos cuantos cabarés del centro. Un tipo importante en esa época. Algunos eran más "familiares", otros… qué se yo… Pero el más conocido era el Parisien. Seguro que ese nombre sí lo habías escuchado. Duró unos cuantos años.» A lo mejor alguna vez Bruna de Bardi se lo mencionó a Nina. A Bruna le gustaba cada tanto ir a bailar o a escuchar una buena orquesta de jazz. Su madre prefería quedarse en casa. De pronto se acordó de una noche en que las dos se habían puesto vestidos largos. El de Nina era verde o azul pálido, no lo recuerda bien. El de Bruna era negro y brillante. Iban con guantes, peinadas y con ese perfume de sándalo que tanto le gustaba. Él debía tener ya unos seis años; iba a quedarse en la casa de Sofía y Marco. Le encantaba quedarse con ellos, pero no sabe por qué empezó a repetir obsesivamente «no te vayas, no te vayas, no te vayas», casi hasta la histeria. Qué vergüenza le daba ahora pensar que así había obligado a Nina a quedarse. De qué servía sentirse culpable cincuenta años después. «Sí, me suena el Parisien, Peter. A lo mejor mi madre fue alguna vez.» «Cuando llegamos estaba en todo su esplendor. Era elegantísimo. Y Acevedo le propuso a mi padre que nos permitiera tocar ahí los viernes y sábados por la noche. ¡Imagínate! Era un cabaré y nosotros éramos tres chicos que ni siquiera hablábamos castellano. Pero mientras aparecía algún otro trabajo para papá, valía la pena aprovechar la oportunidad de ganar unos pesos. ¡Diez años tocamos en ese boliche, Leo! ¡Diez años! Los tres nos hicimos adolescentes ahí. Y papá pasó de dirigir coros a dirigir ese trío de cuerdas formado por sus hijos y que lo mismo tocaba piezas clásicas que canciones gitanas o tangos. Mamá vivía aterrada, ¡pobre! En esta casa no entra el tango, gritaba. Le parecía música de mala vida. Y algo de razón tenía… Pero volvía a coser los trajes de marinero. Los cuatro Bauer nos peinábamos con gomina y salíamos rumbo al centro. Para nosotros era muy divertido. No sabes cómo nos mimaban todos. No ganábamos mucho, pero alcanzaba. Hasta nos propusieron grabar un disco… Otro de los tantos cuentos que nos hicieron en esa época. Ése fue el mundo que mejor conocimos. La escuela nos resultaba aburridísima al lado de esos brillos, te podrás imaginar. Andras cursó apenas un par de años. Yo quise imitarlo, pero papá se puso firme: por lo menos la primaria. Max fue el único que quiso seguir estudiando. Fue al conservatorio.» Leo conocía la historia de Max Bauer. Como todos en el mundo de la música. Un joven director de orquesta que hubiera podido llegar muy lejos. Había

muerto cuando aún no cumplía los treinta años; atropellado una noche al salir de un concierto. «Cada uno vivió la tragedia como pudo. Mi hermano se refugió en el único mundo que conocía, el cabaré. Acevedo lo protegió un tiempo, pero él dejó de estar en condiciones de presentarse en el Parisien. Tocaba a ratos en alguno de los locales del Bajo. Mi padre se encerró en casa a darles clases de música a los chicos del barrio. Mamá vivió echándole la culpa a este país.» Los tres hermanos, rubios y sonrientes, en mitad del Atlántico, los miran desde la pared. El humo del cigarrillo de Peter tapa, cada tanto, la foto. «Y yo me metí a construir instrumentos. No tocó nunca más. Dejó la música. La madera es algo vivo. Es como volver a casa», le decía, mientras dejaba que creciera la ceniza.



«El contrabajo primero, pibe. Y de a poco van entrando los demás. En canon. Y cuando estás a punto de llorar el duelo que esconden esos sonidos –"Fra Martino, fra Martino, dormi tu?", ¿acaso hay algo más doloroso que una canción de cuna que se vuelve marcha fúnebre?–, la vena judía de Mahler reaparece, lo hace mirar irónicamente lo que ha hecho, y lo salva.» «¿Del ridículo?» «Del exceso, pibe, del exceso. Claro que el drama vuelve en el *finale (Stürmisch bewegt)*, el héroe parece vencer, Bauer: la magia, la naturaleza, el equilibrio…» «Pero ¿por cuánto tiempo?» «No, pibe, la épica tiene poco que ver con las veintidós letras que te obsesionaron en la adolescencia. ("Veintidós letras de fundamento: / las grabó, las talló, las permutó, las pesó y las transformó. Y con / ellas dibujó todo lo que formó y todo lo que formaría.")[1] Simplemente se sostiene el universo. Ésa es nuestra función. Pero no hay heroísmo posible: ¿seré yo el justo? ¿Será alguno de nosotros? No hay forma de saberlo. Borrado de un plumazo cualquier protagonismo. ¿Y dónde has visto una épica sin héroe? El fagot cierra la melodía con el ostinato de las percusiones. La melancolía es no hallar a nadie en el espejo, pero tal vez sea la música el rezo, Bauer. Como para otros es dios, o las palabras, o los colores de los árboles. Y mira que me he peleado con el romanticismo y sus huellas en Mahler… Sin grandilocuencias. La mirada burlona de ese tercer movimiento nos lo recuerda.»

*

Bruna pone la cafetera al fuego. La Volturno. Nunca han podido convencerla de que el café hecho de otra manera puede valer la pena. ¿Ese menjurje insípido que llaman «americano»? ¿Las mezclas empalagosas que ahora venden para ir tomando por la calle? ¿Dónde está el tiempo para sentarse a leer o a charlar, o solamente a mirar pasar la gente? Tomar café mientras se camina apurado va en contra del verdadero sentido del ritual. Porque el café es eso: un ritual, un símbolo. Pone la cafetera al fuego, entonces. La Volturno grande porque sabe que estará largas horas escribiéndole a Leo la carta que le debe. El café que compra también es italiano. No es que sea intransigente. Para nada. Pero si tiene que elegir, sigue eligiendo lo de allá, a pesar de los más de cincuenta años que lleva viviendo en este país. Llámenlo necedad, si quieren. Para ella más bien es fidelidad. No hay día en que no piense en el café oscuro que le daba su madre cada mañana con una rebanada de pan recién horneado. Un ritual. Un símbolo. «Mangia, Bruna.» Era más baja que sus compañeras y muy delgadita. Puro ojo. Inmensos ojos grises. Oscuros. Color tormenta. «Cómo sufría mamá para hacerme comer.» Pero a los trece años comenzó a aparecer el cisne. Alguien que llamaba la atención. Con una belleza extraña, un poco provocadora en sus mejores épocas, pensaba Leo; «como el perfume ese que me volvía loco». «Sándalo malesio». Ella tiene casi ochenta años y sigue manteniendo el buen porte y una mirada deslumbrante. «Más de medio siglo de enamorado voy a cumplir yo», pensó Leo riendo. «Mangia, Bruna.» Y la mamma contaba por enésima vez la historia del hambre durante la guerra. Pero ella había sido engendrada como celebración de la paz. Eso le decían siempre. Por eso su memoria sólo quería registrar la felicidad del reencuentro de sus padres después de casi dos años de separación. «A tu padre lo mandaron al frente, como a casi todos los hombres. Cada mes me escribía una larga carta. La última decía: Llego a Trieste en noviembre. Ahora sí te propongo matrimonio. No hubiera querido dejarte tan joven y viuda». No se quedaron demasiado tiempo en esa ciudad del norte. No había trabajo. Volvieron a la Toscana donde por lo menos podían vivir en la casa familiar. Ahora eran tres: una pequeña bebé de enormes ojos grises celebraba el fin de la guerra. Ella recordaba la larga mesa en la que se juntaba toda la familia. El regazo tibio de la nonna. El olor de los embutidos que fabricaba Domenico. El humo de la pipa de su padre. Y el pan recién horneado que su mamá le daba con el café. «Mangia, Bruna.» La cantaleta siguió cuando tuvieron que irse del campo y mudarse a la ciudad. Ella tenía diez años, y no dejó nunca de extrañar esa vida familiar, ruidosa, festiva, algo salvaje, que se quedó en aquel caserío cercano a Siena. Sin embargo, la niña que había nacido como «celebración de la paz» aprendió rápidamente los secretos de la ciudad: dónde se podía tomar el mejor chocolate caliente, a qué hora

había que subir a San Miniato para ver el atardecer, en qué puesto del mercado de San Lorenzo estaba el napolitano mano larga que había que evitar… No había rincón que Bruna no hubiera explorado.

*

Leo apoyó el chelo contra la pared. «Está listo», le había dicho Bauer. Largos meses estuvo en el taller haciendo lo que él riendo llamaba una «cura de trabajo». Pasó las primeras horas inclinado sobre la madera. «Es la mejor: dura, ligera y ya vas a ver qué buena resonancia. Estos trozos están bien secos. No son de hace cien años como los que usan algunos en Italia. No puedo ofrecerte tanto», bromeaba el lutier. Leo empezaba a habituarse al acento y a los bruscos cambios de humor de Peter. Su madre tenía un dejo italiano, claro, pero nunca se permitió adoptar el castellano de esta ciudad, como lo había hecho Bauer. Hablaba algo casi neutro, con la conjugación española que había aprendido en la escuela de Florencia. Quizá fuera una íntima resistencia a dejar de lado sus orígenes. «Como locutora de la BBC, Nina», se burlaba Julio cuando era chico. «Sigue riéndote de tu pobre abuela.» Ella le celebraba todo a ese nieto que le recordaba tanto la joven sombra de la fotografía. «Hay que dejar la madera delgada y lo suficientemente plana para poder engarzar las dos partes. Así. ¿Ves?» De a poco Leo iba aprendiendo a cortar, a elegir la gubia que necesitaba, a poner las prensas para conseguir que pegaran las piezas… Era un ejercicio de paciencia y silencio. Justo lo que le hacía falta. A veces, Bauer ponía algo de música, pero era cuando hacían un alto en el trabajo. Ninguno de los dos hubiera aceptado música «de fondo». Cada tanto también, Leo se sentaba al piano que había en el taller y tocaba algo. «A la salud de san Arthur, pibe». Bauer sirvió dos vasos de vino para celebrar el nacimiento del chelo. Había empezado a llamarlo «pibe» como si tuviera menos de veinte años y no los cincuenta y tantos que decía su documento. Dvořák, claro. O ese fragmento de Mahler que tanto lo conmovía. «Fíjate bien», le decía Nina, «¿qué te recuerda esta pieza?».



«¡Fra Martino!», brincó Leo con sus cuatro años, pantalones cortos y tres canicas en cada bolsillo. «Fra Martino, fra Martino… dormi tu?» Pero los tonos menores volvían fúnebre esa canción de cuna. Quizá

siempre los arrullos tenían algo de fúnebre. ¿O no? A pesar de todos los consejos en contra, él y Mercedes hacían dormir a Julio en brazos y cantándole. «El amor nunca le hace mal a un bebé», les había dicho el doctor Sarabia, el mejor pediatra de la ciudad. O por lo menos el que les decía justo lo que ellos querían escuchar. «No pasa nada. Abrácenlo y mímenlo todo lo que quieran.» «Arrorró mi niño, arrorró mi sol», escuchaba la voz muy suave de Mercedes acunando al bebé. Desde entonces le llegaba con el sonido una punzada de melancolía futura. ¿Cuánto tiempo más podrían dormirlo en brazos? En un parpadeo tenían sentado a la mesa del desayuno a un adolescente de pelo largo y ojos renegridos, con la cámara colgada al cuello, como su abuela. Y ahora le mandaba a Leo esas fotos extrañas sacadas en cualquier lugar del mundo. «Me voy del país», había dicho mientras tomaban un café cada uno, dos cortados, «y un vaso de agua para Mercedes», como le pidieron al mozo en la esquina de siempre. «Ninna nanna oh, questo bimbo me lo terrò», le cantaba su madre. «Ninna nanna oh, questo bimbo me lo terrò», le cantó a su hijo. En ese momento eran muchos los que querían irse. Julio tenía un pasaporte que podía abrirle varias puertas y unas ganas locas de conocer otros mundos. «Arrorró mi niño, arrorró mi sol…» ¿Cómo dormiría a la pequeña Ema? La última foto que le había mandado era de un sábado en la mañana, tal vez, en la rambla. Mucha gente, flores, pájaros y un hombre en un rincón. Un aguafuerte de Arlt. «¿Dónde te llevó Mahler, pibe?» Le preguntaba Bauer cuando lo veía perderse muy lejos del taller. «¡Por san Arthur! Ahora a tocar algo en el chelo, Leo. A ver si hiciste bien los deberes.» Pero Leo apoyó el instrumento contra la pared y se quedó mirándolo. Por fin tenía un arco de ébano. Igual al de su padre. Las fotos le llegaban como enigmas que él sentía que tenía que resolver. Como si su hijo fuera dándole pistas para llegar ¿adónde? Nina lo abrazaba con fuerza mientras caminaba en la noche florentina. «Ninna nanna oh, questo bimbo me lo terrò…» El viento frío le golpea el rostro. El cuerpo entra y sale de cuadro. «Para enseñar a los suyos tanto silencio…»

*

«Traje unas empanadas, Bauer.» Hacía más de seis meses que iba al taller del lutier casi todos los días. «Llegaste justo. Yo pensaba ir a comer algo a la esquina.» El húngaro sacaba una botella de vino y un par de vasos, mientras un cigarrillo de tabaco oscuro se le consumía entre los labios. Los platos despostillados tenían dibujado un paisaje en azul: una casa con techo de dos aguas y humo saliendo de la

chimenea, unas montañas, un par de árboles. «Más de sesenta años tienen estos platos, pibe. Todavía me acuerdo el cuidado con que los envolvía mi madre entre pañuelos de seda para acomodarlos dentro del baúl. Eran veinticuatro. Éstos son los dos últimos sobrevivientes. Como tú y yo: viejos y despostillados.» «¡Vayan a jugar más lejos!», gritaba desesperada. «Son muy valiosos. Están pintados a mano.» «¡Pobre vieja! Debía ser difícil para ella lidiar con tres varones.» Las empanadas de carne escurrían un jugo denso y casi picante. «¿Un trago más de tinto?» «¡Pintados a mano! De todos modos, creo que sería muy feliz de ver que tanto tiempo después todavía existen. Esa casita con el humo saliendo en volutas era un paisaje casi irreal para nosotros acostumbrados a jugar en las calles de la ciudad. Los fines de semana en lugar de salir al campo, como hacía la mayor parte de los chicos, tocábamos en el café Venecia. Doble turno. De eso no me olvido. ¡Café Venecia! ¡En pleno Budapest!»

«Lo que hace el prestigio literario, ¿no, Bauer?»

En el momento en que Peter encendía el enésimo cigarrillo del día («nada mejor que un pucho para la digestión»), se daba por terminada la charla. Leo, entonces, recogía los platos, tiraba el papel engrasado de las empanadas y cada uno volvía a ese silencio cómodo que habían construido a lo largo de los meses.

«No falta mucho para poder barnizarlo», le había comentado el lutier. En realidad ese chelo era obra más de él que de Leo. Nunca hubiera podido Leo solo, sin el acompañamiento obsesivo de Bauer, avanzar en nada. «¡Mira que te buscaste algo difícil para empezar!» «Para empezar y terminar, Bauer; lo que necesito es volver a la playa y rezarle a san Arthur a ver si logro salir de este bloqueo. Pero voy a volver con este muchacho», decía palmeando el instrumento. «Después de estar acá tanto tiempo, no dudo que escribas un concierto para violonchelo y cigarro». La indecisión le ganaba cuando pensaba en regresar a su pueblo de la costa. Por un lado ansiaba volver a su propia casa –llevaba demasiados meses ya instalado en la habitación de su infancia y no había tenido aún la fuerza para convertir ese espacio en algo diferente a lo que era cuando Nina vivía–. Tenía ganas de recuperar la soledad de la playa, las caminatas, la callada complicidad del perro amarillo, la visita al correo para mandarle unas líneas a Julio o encontrarse con alguna de sus fotos. En la ciudad eran muchas las distracciones que se le cruzaban, mucho el ruido al que se enfrentaba, muchos los compromisos, mucha la gente a la que tenía que ver. «¿Mucha?», le preguntaba Mercedes con burla, «si hasta cuando estás aquí vives como ermitaño». Al mismo tiempo, la idea de dejar la rutina creada con Bauer le provocaba una leve angustia; algo

que no se hubiera esperado. El húngaro se había vuelto su acompañante más cercano en el último tiempo. Huraño a ratos, imprevisto siempre, afectuoso en la brusquedad, lo esperaba con el mate preparado cada mañana. «Con cáscara de naranja, como me enseñó una tucumana que tenía las mejores caderas que ha dado este país.» La tucumana, Pilar, era la mujer con la que estaba desde hacía casi treinta años. «¡Treinta años, pibe! Y te puedo asegurar que sigue teniendo las caderas más maravillosas de la historia.» Habían tenido dos hijos, Anna –así, con doble ene, como mi madre– y Tomás. Pero Leo sabía que de eso Bauer no iba a hablar. Se lo dijo una sola vez: «él es ingeniero y se fue a vivir a Sao Paulo hace ya mucho tiempo. Lo vemos poco. A ella la mataron. ¡Tenía diecisiete años!» Pilar pasaba un rato por el taller los jueves, antes de ir a la Plaza.

«No falta mucho para poder barnizarlo. Claro que con la humedad que hay no sé cuánto tendremos que esperar para poder probarlo. Unos cuantos meses, seguro.»

*

Ahora esa foto tiene dos ausencias. Tampoco ya está Nina. Ni esa sonrisa de los veinte años que siguió siendo la misma toda su vida. Eso tienen de inquietante las fotos viejas: la presencia de lo que ya no existe. Todo termina siendo una sombra. Como la de Giulio sobre una jovencita que descubría el amor en la primavera del Giardino. «Así le hacemos un homenaje a tu querido Sudek.» O descubría solamente que la vida era también la posibilidad de encontrar un cuerpo tibio en el cual refugiarse. La complicidad de una sonrisa frente a la lente. La historia estaba empezando para ellos. Nina cargaba la cámara a todos lados y se sumergía después en la penumbra del laboratorio a encontrar las huellas de lo ido. «Es el diálogo de las luces con el tiempo», le gustaba decir cuando le preguntaban muchos años después, del otro lado del océano, cuando se había vuelto una figura casi mítica –¡cómo le divertía esa imagen! «La sobreviviente»–. «Eso es todo. Por eso la muerte está siempre en escena. ¿Hay acaso alguna marca más clara para nosotros del paso del tiempo? Hoy la encuentro en las imágenes que tomó durante más de cincuenta años. Me siento quizá más cercano a ellas que a la jovencita de la blusa blanca. El diálogo con el tiempo. No muy diferente de lo que sucede con la música, Bauer. Los sonidos en diálogo con el tiempo. O mejor aún: el silencio en diálogo con el tiempo. En diálogo con la muerte. El viento que dibuja sobre la arena. Como la poesía que algunos escriben sobre el agua.»

*

Hay en el oído un delgadísimo conducto que tiene que ver con el sentido del equilibrio. No son raros los pacientes que llegan con episodios de vértigo debidos a un virus que se instala en él. En los casos más complejos, también se ve afectado el segundo conducto y los enfermos escuchan un zumbido permanente.

«La preponderancia de la audición…» Pero la voz es un puro balbuceo. Un tartamudeo. «Oh, palabra, tú que me faltas.»[2] Un tartamudeo en silencio. El clarinete y el fagot intentan dibujar un paisaje distinto, pero volvemos a las manos del niño de seis años y a su duelo. ¿De dónde salen esos sonidos? ¿De qué ausencias intuidas? ¿De qué memorias guardadas en la piel? El chelo está ahí. Siempre. Las notas no encuentran aún acomodo. El sonido de la fiesta va a traicionar a quien ha puesto allí su fe. El mundo es obra de un dios creado bajo el signo de Saturno. Todos volvían silenciosos del campo de batalla. ¿Quién iba a creerles?

La gente que muere con la luna en cuarto creciente alcanza la paz en poco tiempo.

*

Pasó la mano por la madera. La delicadeza del trabajo del lutier lo hipnotizaba. La caricia amorosa sobre ese cuerpo que tendría una de las voces más hermosas que existen en el universo de los sonidos. El preludio de la *Suite número 1* de Bach era lo que Giulio tocaba al llegar a la casa. Dejaba atrás entonces cálculos y exámenes, reuniones políticas y los uniformes que habían ocupado su ciudad, y se sumergía en esas partituras que alguien había grabado hacía muy poco. Un catalán. Un republicano. Antes de refugiarse en el cuerpo de Nina. En el perfume a naranjas de su piel. «Escribir es defender la soledad en que se está.» Un pasamanos suave; un terciopelo raído. Leo no recordaba nada. Ni la música, ni el rostro de ese padre que era sólo una sombra en la única foto que los había acompañado en el largo viaje. Y la canción de cuna se había vuelto marcha fúnebre en el silencio del niño sin palabras. Pasó la mano por la madera. El roble había crecido convirtiéndose en la llamarada de rojos del otoño. Como el de Via dell'Oriuolo, decía Nina. Leo no recordaba nada, pero sabía que esos sonidos estaban con él cuando se sentaba frente al piano y al papel pautado. Un año entero perdió las palabras. Nina lo arrullaba con las canciones de siempre. «Ninna nanna, ninna oh, questo bimbo a

chi lo dò? Se lo dò alla Befana.»

Siempre con la cámara al hombro aprendía a conocer esa ciudad que los había recibido en una lengua distinta, con otros olores, con voces diferentes. Y Leo sin palabras. Durante un año entero encerrado en su mutismo. No recordaba nada. El *Fra Martino* del tercer movimiento podría comenzar con el violonchelo. Pasó la mano sobre la madera. «Para enseñar a los suyos tanto silencio…», había escrito Pavese. Escondido en casa de la hermana, entretejía palabras. Desde el dolor. Desde el inútil juego de los sonidos. ¿Desde el duelo? Porque veintidós letras salvan al universo cuando un abuelo se balancea con su traje negro. En esa otra lengua también olvidada. Mudo durante un año. No añora los ruidos de la ciudad. Al otro lado de la ventana, el mar y la espuma amarilla que se pega a la arena oscura. A veces, quizás, extraña la tibieza de la piel de su mujer. Sigue siendo su hogar. El amanecer lo encuentra con la taza de café caliente entre las manos. Antes de ponerse el gorro de lana y salir a recibir el viento en el rostro. Como aquella otra noche. Una azalea crece en el jardín de la casa a la que llegaron hace ya tanto tiempo. Escuchaba los gritos de los chicos en la calle. Es una de las pocas partes de la ciudad que no ha cambiado demasiado. Y el roble. La *Suite número 1*. Hacía muy poco tiempo que Casals las había grabado. Un violonchelo solo. Desde el dolor. Desde el duelo. Pasó la mano por la madera, tratando de imaginar la voz que de allí saldría:

tanto que veinte años de idiomas y océanos
distintos no han podido mellárselo.[3]

Hubo una noche –septiembre de 1943–enque le avisaron a Nina que Giulio no regresaría. Él, Leo, tenía dos años. No está seguro de que los recuerdos que tiene sean de verdad los suyos. Via dell'Oriuolo 19. Una escalera de madera oscura y brillante. Un elevador pequeño con un asiento de terciopelo desgastado. La foto de su madre, blusa blanca y risa abierta junto a la sombra de su padre. «Así salimos los dos, Nina, y de paso le hacemos un homenaje a tu querido Sudek.» Giulio no regresaría. Tiene la foto de la sombra siempre cerca. «¿Por qué Nina sólo metió esa extraña imagen en la maleta?» «De chico se lo pregunté cientos de veces, Bauer.» «"No había habido tiempo de buscar nada más." Esa era siempre la respuesta. "Era la que estaba más a mano."» Guardó la cámara, algo de ropa para ella y su hijo, y esa foto. Cree recordar el frío en el camino hacia la estación. Quizás ella estuviera llorando. Pero eso no lo recuerda. Sabe de su propia sorpresa cuando su madre lo sacó de la cama. De la fuerza con que lo sostenía mientras

caminaba. Era 1943. A veces, cuando va por la playa, muy temprano en la mañana, siente como una ráfaga el aire frío de cincuenta años atrás. Blusa blanca y risa abierta junto a la sombra de su padre. Un viaje largo y oscuro. Un año de silencio. Las palabras que no existen. No. No cree recordar eso. Recuerda, sí, el relato de Nina. El relato sobre su propio silencio. De la cuna tibia de Via dell'Oriuolo a la ausencia de palabras. Arriba. Abajo. Un gorro de lana. Azul. El viento frío en el rostro.

*

Señal, traza, vestigio… La huella es marca inaprensible en la piel. Violenta inscripción, quizá, cuyo eco es a la vez silencio y grito, porque el naufragio intuye el rastro, no las voces de la tormenta.

*

Sé que piensas que te he estado rehuyendo, esquivando quizá. ¿Servirá de algo decirte que no ha sido así? Tienes que pensar que también para mí la muerte de Nina ha sido un golpe muy duro, y verte a ti, Piccolo, no lo hace más fácil. Créeme.

¿Te acuerdas qué vergüenza te daba en la adolescencia cuando yo te llamaba «Piccolo» delante de tus amigos? Me mirabas lanzando fuego por los ojos. Sobre todo si estabas con aquel amigo tuyo, el del boxeo, ¿cómo se llamaba? Y a mí que un poco se me olvidaba cuánto te molestaba, y otro poco que me parecía muy gracioso que te hubiera empezado a enojar tanto ese nombre con el que te he llamado desde siempre, pues te lo decía sin reparar en si estabas solo o con alguien más. Fue tu madre la que un día me lo comentó, «Bruna, mejor ya no lo llames así, parece que a sus compañeros les resulta gracioso y han empezado a molestarlo. Ya no sólo es "el tano", ahora empieza a ser también "Piccolo" en la escuela y está furioso». Y vaya que tenías tu carácter, eh. Nos hiciste pasar las de Caín por ahí de los catorce, quince años. Y digo «nos» porque sé que tú sabes que he estado siempre ahí, junto a ustedes, junto a Nina. Dicen que la herida va a tardar muchos años en cerrar. ¿Años, Leo? ¿De qué hablan? Ya soy una vieja, ¿cuánto tiempo me queda? ¡Qué enfermedad traidora, querido! Parecía que ya el peligro había pasado, y mira: nos hemos quedado solos. ¿Sabes que hace más de seis meses que no voy a un concierto? Cómo disfrutábamos las dos esas noches. ¡Y la cantidad de veces que habrás ido tú con nosotras cuando eras chico! Todas las semanas había alguna cosa interesante, y en plena temporada a veces armábamos plan para dos días, o hasta tres. Los jueves eran de cajón. Y después, si estabas tú, a comer pizza. Si no habías venido nos íbamos al Tropezón o a tomar algo.

En los años cincuenta, sesenta, vinieron muchísimos músicos importantes, Stravinski, Arthur Honegger, Manuel de Falla, Penderecki… Fuimos juntos los tres a tantos y tantos conciertos estupendos. Aunque también nos caía de pronto lo que en Europa o en Estados Unidos ya no estaba funcionando. Como lo que pasó con Jean Madeira que llegó con problemas de voz. Debe haber sido por ahí del 58, 59. Pero claro, se llevaban una sorpresa los que venían porque pensaban que podían hacer cualquier cosa. Y no. El público era muy exigente. No aplaudía cualquier cosa. También íbamos a escuchar a la Sinfónica del Teatro Municipal. La fundaron en los cuarenta. Tú eras muy chico. Después le cambiaron el nombre, pero durante años se llamó así. Como sabes, nada le gustaba tanto a tu madre como la música de cámara. ¡Qué emocionada estaba cuando estrenaste el quinteto de cuerdas! ¿Cuándo fue? ¿En el 73? ¿En el 74? ¡Qué mal anda mi memoria, Leo! Y yo que era tan buena para las fechas. Te consta. No me digas que no. Cuando te agarró la locura de que te contáramos la historia de la guerra, ¿te acuerdas? Ni Mario ni Enzo recordaban

las fechas tan bien como yo.

No te estoy rehuyendo, Piccolo, no hay nada que no pueda o no quiera contarte, pero me resulta aún muy doloroso hacerlo. Me entiendes, ¿verdad?

*

A veces era como si la música despertara con él. Empezaba a sonar dentro de su cabeza de una manera muy suave y tenía que correr al piano o al escritorio para escribir la nueva melodía antes de perderla. Una vez que tenía los primeros compases sabía hacia dónde iba la obra y entonces sí era cosa solamente de ponerse a trabajar. Le empezó a pasar cuando era bastante chico; aún no sabía escribir y lo que hacía entonces era tararearla para Nina. Rápido, Leo, ponte el abrigo que llegamos tarde al concierto. Tenía tres años. El espacio era imponente. Iban con Bruna, la triestina de ojos grises que olía a una mezcla de sándalo y almizcle que a Leo le encantaba. Más picante que el azahar de Nina. Más oscuro. Durante muchos años pensó que ése era el perfume más provocador que existía. Bruna de Bardi había llegado un par de meses después que ellos y cuando se encontraba con Nina hablaban un italiano dulce y sonoro que a él lo acunaba. «Tráelo al nene, aunque sea tarde. Es Rubinstein el que toca, Nina. Tal vez sea la única vez que lo escuche en vivo.» El pianista estaba dando conciertos por América Latina y esa ciudad, la que los había recibido a ellos hacía tan poco, era un punto clave en las giras internacionales. ¡Había llegado con su propio piano! El comentario parecía tener más peso que la música. Viajaba allí desde 1917 y no se cansaba de regresar cada vez que iba al sur. Leo estaba tan deslumbrado por el lugar, por las cortinas rojas, por los dorados, por el murmullo que iba creciendo, que casi no reparó en el momento en que el músico salió al escenario. «Un anciano», seguramente pensó cuando lo vio aparecer. Debía tener unos 57 años. «Casi la edad que tengo ahora, Bauer.» Leo sabía que le debía su reencuentro con las palabras. Bruna lo sentó en sus piernas para que pudiera ver mejor. «¿Eso es todo lo que va a aparecer en el escenario? ¿Un señor solo con un piano?» Pero con la primera nota comenzó a abrirse para Leo un mundo mejor que el de los rojos y dorados del teatro. Ese señor solo sentado ante un piano hacía magia. Ocho o nueve años después lo visitó en el departamento en el que se estaba hospedando en una nueva gira. «A ver este joven pianista qué más sabe de la vida», dijo Rubinstein riéndose y le ofreció un puro y una copa de coñac. Nina, que estaba acomodando la cámara, puso cara de horror y él, con sus doce años y a pesar de la pose de hombre de mundo que quiso mostrarle al maestro, empezó a toser al acercarse el cigarro. El programa de esa noche era uno de los

de más éxito, por supuesto. Schumann. Nina miraba el gesto deslumbrado de Leo. El niño no se perdió uno solo de los movimientos de las manos de ese hombre vestido de negro. Los acordes del preámbulo del *Carnaval* le seguían dando vueltas en la cabeza incluso estando ya en la calle. «¿Te gustó?» «Sí», contestó, y fue la primera palabra que pronunció después de más de un año de silencio. «A san Arthur», decía Nina divertida cuando contaba esa anécdota al paso del tiempo. Y después no hubo quien lo parara, volvió a ser el chico parlanchín de Via dell'Oriuolo. «Es un milagro que le debemos a san Arthur.» Cuando conoció a Mercedes, su madre podía pasar horas enteras contándole las anécdotas del «niño prodigio». «Basta, Nina, por favor.» Pero las dos mujeres se divertían con esas charlas que de pronto derivaban hacia las fotos de Nina o hacia las vidas de esos artistas de todo tipo y calibre a los que ella fotografiaba. «Por eso guardo muy bien la foto que le tomé y que él le dedicó a Leo. Fue la vez del puro y el coñac», y se reía. ¿Por qué no se había traído esa foto a la playa? Seguramente estaría donde la tenía su madre desde hacía tantos años. La buscaría la próxima vez que fuera a la casa. «Para Leo, que algún día dejará de toser». En su momento, el chistecito no le hizo ninguna gracia. Tampoco la mirada coqueta con que salió en la foto. «Thomas Mann lo llamaba "el virtuoso feliz"», le contó Peter Bauer, mientras le mostraba la suavidad con la que había que lijar la madera. Tocaba el piano con una claridad sorprendente. *Carnaval* y *Kinderszenen*. Era un programa que podía ser atractivo para un niño. Mientras comían algo cerca del teatro Leo tarareó los primeros compases. A veces le pasaba que la música se le quedaba grabada, lo aprendió ese día. No le parecía ningún mérito. Pero Nina y Bruna se quedaron pasmadas. «A ver, Leo, canta otra vez.» «Julio dice que tengo mi orquesta interior. Es cierto que si me lo propongo puedo "escuchar" la música que me ha marcado o la que más me gusta. A veces ensayaba así, únicamente con la memoria, antes de dar un concierto. ¿De qué me sirve, Bauer?» «A mi hermano Andras», contaba el lutier, «le pasaba lo mismo; por eso le pedíamos que comenzara alguna canción y nosotros lo seguíamos con nuestros instrumentos, o a veces sólo silbando. ¿Te imaginas un concierto con silbidos? Ese *show* no lo hicimos en el barco, eh?». Los ojos se le iluminaban cuando contaba esas historias, a pesar del tono casi de enojo con el que hablaba. «Necesitarías otra vez el milagro de san Arthur», le decía sonriendo Mercedes, aunque Leo sabía que estaba tan preocupada como él por ese silencio que sobrevino después del vértigo y que hacía meses le impedía componer. La arena estaba húmeda todavía, y las patas del perro apenas dejaban huella. El profesor de armonía del

conservatorio lo ayudó a conseguir la beca. También él, como su propio hijo tanto tiempo después, buscaba nuevos caminos lejos de esta tierra en la que había crecido. Estudió con la profesora más exigente, incluso cruel, que hubiera podido encontrarse. «Si alguien se equivocaba al tocar, eran tan hirientes sus palabras que había quienes abandonaban los estudios a los pocos meses. Pero si descubría en ti algo que valiera la pena, Bauer, era igualmente atemorizante con la diferencia de que no te dejaba abandonar.» «¿Italiano?», le preguntó esa mujer de gestos rígidos y francés cerrado, la primera vez que lo vio. «Florentino», respondió Leo con los relatos de Nina en la memoria. No lo decía nunca. Más bien lo ocultaba. Algo en su mirada (¿el color de ojos tan parecido al de Bruna?) empezaba a sacarle lo que tenía más escondido. «A ver qué puedes hacer.» Y levantó la tapa del piano. «Yo temblaba, Bauer, pero la memoria es tan extraña que ante mí apareció la imagen de Rubinstein sentándose en aquel concierto de mi infancia. Como él, me froté las manos unos segundos, borré todo lo que había alrededor y toqué una de mis obsesiones de los diecinueve años: Schönberg.»

*

¿Quién es Leo? ¿De qué material está hecho? ¿Se puede tener nostalgia de algo que no conocemos? ¿De lo que nunca hemos visto? La playa amplia, el viento frío y un hombre que entra y sale de cuadro al caminar. Tengo un nombre y un paisaje. Los ruidos que lo invaden. Una historia antigua que comenzó al otro lado del Atlántico. La falta de palabras. Varias obsesiones: Mahler; un matemático que tocaba el chelo, Bach; los partisanos y la foto de una sombra. Sabe que agosto es el mes más cruel. «La gente que muere en cuarto creciente alcanza la paz en poco tiempo», le había dicho la chica que ayudaba a Nina a cuidar el jardín, cuando él llegó con la urna aún caliente. Prefirió hacer un ritual íntimo, personal. Había visto demasiada gente, recibido demasiados abrazos. Quería estar a solas con ella. Buscar él mismo la azalea bajo la cual iba a enterrarla, como ella lo había obligado a prometer. Cavar en el rincón más soleado del jardín y dejarla ahí. En esa vieja casa a la que habían llegado juntos hacía más de cincuenta años. El barrio se parecía bastante todavía al que él recordaba de su infancia. Seguía habiendo horas de silencio, árboles en la vereda, chicos que jugaban a la pelota, a pesar de que a muy pocas cuadras empezaba el ruido de la ciudad. La gente que muere en cuarto creciente. ¿Se puede extrañar a quien nunca hemos visto? Tengo un nombre. Una historia. Y un rostro que va apareciendo bajo

el gorro de lana azul que deja fuera algunos mechones castaños. Esto era lo que Nina había pedido. En ese jardín del que se ocupaba cada tarde cuando salía del laboratorio. Aún con los olores penetrantes de los químicos en la piel, aún con las imágenes recién descubiertas en la mirada. Nada le gustaba más que sumergirse en la frescura del verde. Conocía la historia de cada hoja. Del roble que habían plantado juntos cuando él tenía doce años y que finalmente se había vuelto el árbol de hojas rojas en otoño que Nina había deseado siempre. «Como el que había en Via dell'Oriuolo», le decía. «Escribir es defender la soledad en que se está.» El mareo le había dado a Leo un poco después del entierro. «Vértigo», le habían dicho. «Por el movimiento de los ojos», dijo el médico. ¿Sería el duelo aún? Se sienta frente al piano, con su fila de lápices y el papel pautado, aun antes de que amanezca. El café en la mano. Siempre igual. Dos horas después, cuando apenas comience a hacerse de día, se pondrá el gorro de lana y el abrigo y saldrá a la playa. Siempre igual. «Vértigo», dijo el médico. «Los ojos reaccionan de una manera particular.» Apenas podía moverse sin sentir que el mundo se hundía bajo sus pies. Sería el duelo. El jardín con el roble y la azalea que ya había florecido. ¿Quién es Leo? ¿De qué material está hecho? El sol apenas ilumina el borde de las nubes. Se quedó sin palabras. Recordaba un elevador pequeño con un asiento de terciopelo raído. Un pasamanos de madera. Él había aprendido a subir y bajar. Entra y sale de cuadro. Un gorro de lana azul. Un rostro que comienza a dibujarse. Se quedó sin palabras. Durante un año sin palabras en esa casa donde ahora florece una azalea. Nina lo abrazaba y le cantaba. «Ninna nanna, ninna oh, questo bimbo a chi lo dò?» Su voz era la de siempre. Su olor. La música con la que iba adormeciéndose. La foto de una sombra. «Era la que estaba más a mano», le contestaba Nina cuando él le preguntaba por qué no había otras. Alguna en la que pudiera encontrar la cara de su padre. «Ponte ahí para que salgamos los dos», le había dicho Giulio parado a contraluz, «y de paso le hacemos un homenaje a tu querido Sudek». Con la misma cámara que habían traído en la maleta un tiempo después. Alguna en la que pudiera aprender a conocerlo. A esperarlo. Volvía de la universidad y se sentaba a tocar el chelo. Hacía poco que alguien había recuperado esas viejas partituras de Bach y las había grabado por primera vez. Las suites para violonchelo solo. En plena guerra civil. Pero Leo no recuerda nada. ¿Sería el duelo? «Escribir es defender la soledad en que se está.» El preludio para la *Suite número 1*. Sabía que estaba dentro de sí cuando se sentaba frente a la hilera de lápices afilados y miraba la playa por el ventanal. Como estaban las canciones con las que Nina lo arrullaba en esa casa donde ahora

florece una azalea. Se había quedado sin palabras y ella lo abrazaba. ¿Quién es Leo? Tengo un nombre del que ya no puedo deshacerme. Una historia que empieza a insinuarse. La espuma amarilla del mar. Un roble de hojas rojas en el otoño.

*

La sombra. Siempre la sombra. Esa mancha oscura, sin rostro, que cubre parte del cuerpo de su madre como un peso que le impide moverse. A pesar de la sonrisa de ella. A pesar del sol que ilumina el Giardino. ¿Le impide moverse? Nina recuerda cada detalle. El paseo junto al Arno, la bolsa que Giulio cargaba con algo de queso y fruta, el pasto que le picaba cuando se acostaba, la voz. «Préstame la cámara. Así le hacemos un homenaje a tu querido Sudek.» Siempre la sombra. Nadie hubiera podido pensar en ese momento que ésa sería la única imagen de su padre que los acompañaría. «¿No tomaron más fotos ese día?» «Claro que sí. Pero esa era la favorita de Giulio y por eso la teníamos en la sala. Te cargué y, a punto de salir casi corriendo, estiré el brazo y la agarré.» Leo la tenía sobre el piano. Junto a la del chelista de Sarajevo y a otras que le había mandado Julio. Si esa sombra podía ser su padre por qué no pensar que también podía serlo el hombre que había tocado en las ruinas de la ciudad bombardeada. Era una idea ridícula. Ese músico quizá fuera incluso más joven que él mismo. Pero a Leo no le importaba: comenzó a imaginar a Giulio con esa cara, como si otra vez tuviera diez, doce o quince años y estuviera buscándolo desesperadamente. «¡A mi edad, Bauer! Smailovic´ tocó veintidós veces. Una por cada víctima masacrada mientras hacían fila para comprar pan. A la misma hora todos los días: a las cuatro de la tarde sacaba una silla y tocaba el adagio donde los habían matado.» Siempre la sombra. No había rostro ni cuerpo. Durante una época necesitó un lugar donde ir a hablar con él, ¿dónde ir a llorarlo? Era difícil llorar a quien no había conocido. Hubiera querido tener una tumba, una lápida, algo. Una azalea. «Supongo que lloraba por mí, no por él, Peter.» Imaginaba las escenas que nunca existieron: las caminatas por la ciudad con su padre, el café y el periódico el sábado en la mañana, las confesiones adolescentes; hasta las discusiones era capaz de imaginar. Algo de todo eso trató de reproducir con su propio hijo. No quería quedarse nunca sin rostro para él. ¿Habrían tocado juntos algunas tardes al regresar a casa? «Era un día tibio y soleado y estaban todos los florentinos en las calles», le contaba Nina. «Sonó el timbre de mi casa y era tu padre invitándome a caminar. Guardé algo para comer en una bolsa y me colgué la cámara al cuello. Él me

esperaba con la sonrisa más luminosa que puedas imaginar. Llevábamos ya algunos meses saliendo, y cada encuentro era una fiesta. Caminamos por la orilla del río un buen rato y decidimos ir, como tantos otros jóvenes, al Giardino.» «Préstame la cámara.» «Mi madre, Bauer, había conocido hacía poco tiempo el trabajo de Josef Sudek, el fotógrafo checo. ¿Lo has visto? Lo habían expuesto en una galería de Milán, y a partir de entonces se había vuelto fanática.» «Lo que hace con las luces y las sombras es inigualable, Leo. Mira bien estas imágenes.» Alguna vez se le cruzó por la cabeza la idea de que él, Sudek, era el verdadero responsable de que sólo tuviera esa foto de Giulio. Una jovencísima Nina con blusa blanca y enorme sonrisa cubierta en parte por una sombra que le impedía moverse. ¿Impedía que se moviera quién? Sin embargo, ella siguió sonriendo. Le construyó un mundo para que él fuera un niño alegre. Con paseos, con amigos, con complicidades, con la luz que entraba por los ventanales que daban al pequeño jardín. El del roble y las cenizas. Leo sabía que su propio silencio, ese bloque en la garganta que no permitía que apareciera su voz, era una traición. No tenía derecho a cuestionar la herencia que Nina le había dejado. «Mira ésta, Leo.» Y se detenían en cada una de las páginas del libro. Vista desde arriba la imagen del hombre del sombrero es apenas perceptible en mitad de la calle, los tejados enmarcan lo que de verdad importa en esa fotografía: la larga sombra proyectada por el personaje en la calle del Vicario. Varios metros por delante de sí, su propio sombrero es a la vez una parodia y un inquietante desafío a la lentitud de sus pasos. «Sudek era un devoto de la música. Me imagino que sabías eso, ¿no, pibe? En especial de la checa: Smetana, Dvořák, Janáček. Incluso le dedicó todo un ciclo fotográfico al autor de la *Sonata a Kreutzer*.» «Me gustan mucho las fotos que tomó dentro de la Catedral de San Vito. En ellas, apenas se filtra la luz a través de los vitrales góticos. Nina me enseñó a mirar esas imágenes. *El poeta de las sombras* se llamó la sonata que quise dedicarle. Yo era muy joven y estaba regresando del frustrante viaje a Vinca. Necesitaba refugiarme en otra cosa. La escribí pensando sobre todo en el horror del brazo que le amputaron por una herida de guerra, de la Primera. La operación se la hicieron justamente en Italia, y fue allí mismo, la noche de la amputación, donde –según su propio relato– la muerte llegó a visitarlo. "Tomé el vaso que tenía sobre la mesa de noche y se lo arrojé gritando que no quería morir." Muchos años después me di cuenta de que en realidad estaba también haciendo un duelo por otra víctima de otra guerra: mi propio padre. Sudek era un optimista irredento, como Nina, a pesar de lo melancólicas que son sus imágenes. Alguna vez dijo que agradecía el

que la guerra lo hubiera hecho perder un brazo y no la cabeza.»

Silencio.

–Me voy –dijo Leo después de un rato–. Ya se hizo de noche.

–Chau, pibe –le contestó Bauer mientras encendía otro cigarro.

*

Pero nada como aquel primer concierto de Rubinstein al que te llevamos. Qué pasó por tu cabecita mientras escuchabas el piano que hizo que de pronto comenzaras a hablar como si no hubieras estado un año en el más absoluto mutismo, es algo que nunca supimos. Pero, sin duda, la música fue mágica. Y quizás ha seguido siéndolo toda tu vida. Te ha dado pertenencia. Nombre. Rostro. Basta ver cómo te transformas cuando tocas o cuando compones. Recuerdo el brillo de tus ojos cuando respondiste con un «sí» rotundo a nuestra pregunta de si te había gustado. Ahí mismo brindamos: «¡Por san Arthur!». Ésa debe de haber sido la primera noche en que Nina durmió de verdad tranquila en esta nueva ciudad. Algo se había destrabado dentro de ti y había hecho que el futuro no pareciera una mancha oscura. ¿Tienes algún recuerdo de esa época? ¿Del silencio? ¿De la búsqueda de tu propio lenguaje? El italiano en el que ella te hablaba, unas pocas palabras que rápidamente adoptaste en castellano y la música que parecía haberse vuelto tu hogar.

*

Cada tanto recibe una foto de Julio. Como hoy. Al volver de la caminata encontró el sobre que ya el cartero había echado por debajo de la puerta. Tres timbres con la misma imagen del rey cuando era joven, en tres colores diferentes. Sabe que a esta altura de la historia, escribir cartas en papel, comprar timbres e ir al correo son costumbres casi anacrónicas. Él no piensa abandonarlas. Julio siempre le siguió el juego. Muy de vez en cuando se mandan algún mensaje por la computadora, pero los dos prefieren el gesto de otras épocas del sobre que atraviesa el océano durante días y días. Julio le manda fotos que ha encontrado entre los cajones de algún mercado de pulgas. O que ha tomado él mismo con esa vieja cámara que Nina le regaló cuando cumplió dieciséis años. La Leica que había traído de Italia. Con su hijo siguió el diálogo de las postales que había inventado con Nina. Lo que le pasa día a día –el trabajo en el periódico, los dientes de la pequeña Ema– lo sabe a través de Mercedes. Ella sí está al tanto de todo. Habla con su hijo, con Clara. Intercambian recetas, les da consejos sobre cómo criar a esa nieta que crece tan lejos. Para él, el diálogo con Julio es diferente. Años atrás les había pedido una tarde hablar con los dos juntos. Los citó en uno de los cafés del barrio que más le gustaban. Ése al que iban padre e hijo cada sábado por la mañana a leer el diario desde que el pequeño aprendió a caminar. «Es un ritual de hombres», le decía Julio a su madre antes de salir. El café que está frente a la placita. Parecía todavía un adolescente esa tarde cuando llegaron, a

pesar de los veinticuatro años que acababa de cumplir y del flamante título de periodista. Qué trabajo les había costado a todos ese título. Julio prefería cualquier cosa antes que ir a la escuela: volverse baterista, hacer ciclismo, tomar cursos de buceo, tirarse a leer novelas bajo un árbol –su favorito era el roble de la casa de Nina– y, por supuesto, tomar fotos como su abuela. La lista de «vocaciones» de la adolescencia había sido larguísima. Finalmente se había decidido por el periodismo. «Me voy del país», les dijo a boca de jarro, aun antes de pedir los consabidos cafés, uno cortado, que los tres –lo sabían de antemano– iban a tomar. Ah, y un vaso de agua con limón para Mercedes. El pelo largo atado como siempre, los ojos oscuros sombreados aún más por las cejas –«tan parecidos a los de tu padre», le decía Nina, con la huella de la ausencia en la voz–, las manos de dedos largos y suaves de Julio, todo desapareció en ese momento para Leo. «Me voy del país», había dicho y una nueva grieta se abrió en el suelo. Cada tanto recibe una foto. Las clava en la pared que está frente al piano. Saca de un cajón el bloc de hojas casi transparentes y se sienta a contestarle a ese hijo que mira otro mar.

*

A simple vista parecía una imagen más de la plaza, un sábado cualquiera. Las jaulas de pájaros, las flores, la gente. Leo casi podía escuchar los ruidos, las voces, las risas, los gritos de algún chico. Y sin embargo producía una sensación extraña, una incomodidad que no se sabía bien de dónde venía. El blanco y negro provocaba el primer distanciamiento, como si la foto hubiera sido tomada mucho tiempo atrás. El elogio de la sombra. Pero él sabía que la había tomado Julio hacía sólo un par de meses. Es lo que dice al reverso. «Sé que te va a gustar, viejo. Es algo que descubrí después de haber revelado la foto, en esta primavera recién estrenada. Te quiero mucho». Ése era todo el mensaje. Entre ellos esas líneas eran parte de las complicidades. No hacía falta más. No estaba claro qué era lo que Julio había querido fotografiar. Tal vez el abigarramiento, o quizás, como otras veces, había disparado al azar. Era algo que le entusiasmaba; un juego casi surrealista que había aprendido a jugar con su abuela. «Dejamos que la realidad nos sorprenda, ¿verdad Giulio?» Nina era la única que lo llamaba así, en italiano, como a su propio Giulio, el que nunca regresó. Cuando el pequeño nació, Leo había dudado. Finalmente pensó que el nombre en español no cargaba tanto al recién nacido con el peso de una ausencia, y a la vez seguía siendo un homenaje a esa sombra cuyo rostro nunca recordaría. Pero Nina lo llamó Giulio desde

el primer momento y Leo supo que ella hacía así su propio homenaje. Afuera el mar era del color del plomo. Detrás de uno de los puestos de plantas que aparecían en la foto, se veía un hombre sentado en el suelo, apoyado en la pared. No parecía un linyera –estaba vestido con un traje que podía adivinarse gastado, lustroso, como de viejo oficinista; miraba hacia abajo y con las manos se sostenía la cabeza– sino una teatral imagen de la derrota. Era uno más de los personajes abandonados que Julio y Nina coleccionaban juntos. Quizá se había quedado sin trabajo, o su mujer acababa de dejarlo. Alguien que protagonizaba su propio tango. O un cuento de Arlt. Un aguafuerte en alguna plaza de una ciudad del Mediterráneo. Pero aquí había algo más. A la derecha del personaje se veía una maleta, tan vieja como el traje, o más aún. ¡Claro! Tan vieja como la maleta de Giulio, de su padre, que *i compani* le habían mandado a Nina con alguien que llegó también escapando del horror. Esa maleta que seguía estando en la parte más alta del armario. El hombre derrotado que el azar había puesto frente a la lente de Julio en alguna plaza lejana tenía una maleta igual a la de su padre. «Sé que te va a gustar, viejo. Es algo que descubrí después de haber revelado la foto, en esta primavera recién estrenada. Te quiero mucho», había escrito al reverso. Leo se sentó en los escalones que bajaban a la arena. El perro amarillo se echó junto a él.

*

«Se pueden hacer con abeto y arce, y el diapasón con ébano», le había dicho. El olor de la madera recién cortada mezclado con el polvo que flotaba en el cuarto y la voz ronca de fumador empedernido de Bauer lo envolvieron. No quería irse. Pasó la mano por la forma aún plana de un violín. A lo mejor él mismo podría construir un chelo. Como el que tenía Giulio, ¿por qué no? Nunca pensó que la orfandad se convirtiera en un peso a los cincuenta años, pero la lejanía de su hijo, la muerte de Nina y ese episodio de vértigo que lo sumió en sí mismo sin escapatoria posible (llegó a pensar que no se le iba a pasar nunca), lo habían dejado más sacudido de lo que hubiera imaginado. Y mucho más de lo que se atrevía a reconocer. Necesitaba sentir que hacía algo distinto a solamente sentarse frente a las páginas en blanco para ver cómo pasaban las horas. Era incapaz de escribir una nota. Hacía varios meses que no se aparecía por la ciudad. Mercedes se lo reclamaba. «Vas a terminar volviéndote un viejo ermitaño.» Ven y por lo menos te llevo al cine. «Un viejo ermitaño y mudo», agregaba él. El médico le había dicho que el vértigo podría haber sido peor. ¡Había

quien escuchaba un zumbido permanente! Se hubiera vuelto loco. «Pero me quedé mudo. Un mudo cargado de ruido, Bauer. Eso es lo que me pasa; si no encuentro algo de silencio dentro tampoco aparecerá la música.» El pelo blanco del lutier salpicado de aserrín y el cenicero repleto de colillas. Eso fue lo primero que vio al entrar. Acompañaba a uno de sus amigos de la época del conservatorio que había mandado a arreglar una viola. De chico pensaba que quizá valiera más la pena tocar un instrumento que pudiera cargar sin problemas. El clarinete y el fagot habían pasado por su cabeza. Pero desde siempre, desde el momento en que había ido con Nina al concierto y pudo recuperar las palabras, el piano estuvo ahí. En el centro de su vida. Como ahora. A pesar de la locura de las clases de chelo en la infancia. Quién hubiera dicho que la orfandad iba a pesarle tanto. Que una vez más iba a quedarse silencioso; ahora no sin palabras como a los dos años, sino sin música. ¡Sin música! Alguien le había pasado a Nina un pequeño piano de estudio. Seguramente fue cuando recién se mudaron a esa casa que hoy tiene una nueva azalea y un roble ya adulto. Como el de Via dell'Oriuolo. Para él siempre habían estado ahí: el roble y el piano. Como el olor del laboratorio, como Bach los sábados en la mañana, como los recorridos por la ciudad. Su madre llevaba colgada la cámara y él una bolsa con dos manzanas. Salían temprano. Los sábados. Y hacia las once se paraban en alguna plaza. «A mí me gustaba una de las placitas de la costanera sur, Bauer, porque desde ahí veía el río. Y si me hamacaba fuerte lo veía mejor todavía.» En verano, caminando un poco más, hasta podía meterse a nadar. Están las fotos en las que aparece envuelto en una toalla, muerto de frío y con los dedos arrugados. Era lo mejor: zambullirse una y otra vez hasta que le castañeteaban los dientes. Las piernas flacas y largas para su edad se asoman por un traje de baño que siempre parecía quedarle grande. El agua del sur. Otra de sus obsesiones. Apenas se pasa lo peor del invierno, después de la caminata del amanecer se zambulle unos minutos –sería imposible estar más tiempo–. «Para quitarme las telarañas», contesta siempre riéndose cuando le preguntan cómo se le ocurre meterse al agua helada. Ni el perro amarillo lo sigue. Le dieron ganas de contárselo al lutier. Debía haber sido joven en la época en que el de la costanera era un balneario importante. A él ya le tocó en plena decadencia; los vestuarios tenían las paredes descascaradas y manchas de humedad que evidenciaban años de descuido. Qué importaba. Entraba y salía del agua una y otra vez. «Como tu bisabuelo Benjamin», le dijo Nina al verlo salir casi azul del mar cuando fue a visitarlo a su playa, al sur de todos los sures. «En Minsk hacían un hoyo en el hielo y se metían. Era

un hombre fuerte. Tenía tu mismo color de piel: aceitunado. Piel semita. Y los ojos iguales a los de Giulio.» «Lo de los ojos me lo había contado infinidad de veces. Yo me miraba en la adolescencia al espejo tratando de encontrar el rostro de mi padre. Pero él no pasaba de ser una sombra sobre una muchacha de blusa blanca y sonrisa abierta.»

La historia del hielo no la conocía. El pensar que las cosas que hacía estaban de alguna manera escritas ya en su genética, en los deseos o el comportamiento de aquellos que habían vivido dos o tres generaciones antes que él (o más quizá, quién podía recordarlo), le causaba una sensación extraña. Sentir que al meterse al agua helada repetía un gesto de un lejano abuelo en el invierno ruso era, por lo menos, inquietante. Y sin embargo, algo lo había llevado al chelo y al taller del lutier. Era como buscar ciertas huellas sobre las cuales caminar. Ciertos vestigios que le permitieran armar una suerte de retrato –aunque tuviera más de Frankenstein que de otra cosa– en el cual mirarse. El espejo de la adolescencia, pero ahora sí con unos pocos fragmentos en lo que podía empezar a reconocerse.

El pelo blanco del artesano, su voz ronca y las colillas que llenaban el cenicero le dieron una rara tranquilidad, sosiego; un poco como si hubieran desaparecido las calles y sus bocinazos, los semáforos que dejaban de funcionar cada vez que caía un par de gotas, los gritos de la gente, el ruido, el ruido, el ruido… El departamento al que entró, en esa vieja casa de vecindad, un conventillo vuelto ahora hogar de la clase media empobrecida, era un mundo fuera del mundo. Las ventanas, en alguna época hechas en esas paredes que durante décadas guardaron oscuridad, le daban una luminosidad especial a esa hora de la tarde. Alguien le había hablado de ese hombre callado y fumador. Uno de los mejores lutieres del país. Mientras su amigo preguntaba por la viola que había mandado arreglar, él recorría los cuartos con maderas, instrumentos, mesas donde el pegamento se mezclaba con las reglas y viejas partituras colgadas en las paredes junto con algunas fotos. En una se veía a tres chicos rubios que no debían de tener más de diez u once años: el de la izquierda tocaba un chelo, el de la derecha la viola y el tercero un violín. «Yo soy el del medio», le dijo el viejo. «El menor de los tres.» Lo dijo casi como si estuviera regañando a Leo. No era fácil hablar con Peter Bauer. «Aquí me llamo Pedro», agregó. Aunque todos lo llamaban por el apellido. Largos meses estuvo yendo al taller. Se quedaba callado mirándolo trabajar durante horas. «Esa foto es de 1920. A los pocos meses, papá, que era director de coros, nos dijo que íbamos a viajar en barco a una ciudad que estaba del otro lado del océano. Nosotros sólo conocíamos las pequeñas embarcaciones que avanzaban lentamente por el

Danubio. Cuando vimos el *Re Vittorio* no lo podíamos creer. A veces nos pedían que tocáramos. Andras, el mayor, sabía muchas melodías gitanas, y aunque a nuestro padre no le gustaban, la gente que nos rodeaba se entusiasmaba y empezaba a aplaudir o incluso a bailar. Tanto se habló de los tres pequeños húngaros que el capitán nos invitó a tocar una noche en la cena de primera clase. Mamá nos puso esos trajecitos blancos de marineros que tenemos en la foto, los mismos que usábamos para tocar en el café Venecia, nos peinó y nos mandó al comedor.»

Cuando era chico a Leo le gustaba imaginar cómo sería su vida si hubiera tenido hermanos. Cada tanto hasta hablaba con algunos que imaginaba («a ti no puedo prestarte mis lápices porque tienes solamente cuatro años») o inventaba juegos en los que hacía falta algún compañero, y corría con la bicicleta dando la vuelta a la manzana en una emocionante carrera con un hermano mayor al que finalmente lograba vencer. «A pesar de que él es más grande, eh», le contaba a Nina. Pero ellos lo acompañaban muy de tanto en tanto y siempre sólo por un rato. Añoraba sin saberlo una vida llena de gente alrededor de la mesa, con muchas voces poblando las tardes, con risas y discusiones antes de ir a dormir. Pensó que él sí tendría varios hijos y compraría una gran camioneta para salir con todos de campamento; y les enseñaría a tocar el piano y a chiflar fuerte con dos dedos dentro de la boca (su único «mérito» real entre los amigos del barrio).

Pero, después del nacimiento de Julio, fue necesario sacarle la matriz a Mercedes y se quedaron sólo con ese bebé rozagante que en poco tiempo se volvió un adolescente de pelo largo y enrulado que andaba con la cámara al hombro, como Nina, y escuchaba una música que él se esforzaba por entender. Otro hijo único que un buen día decidió que prefería vivir en otra ciudad, en otro país, en otro continente, dejándole a Leo un hueco en el alma. Ahora hablaban cada tanto por teléfono y Julio le mandaba fotos. Pero le costaba no ser testigo de la cotidianeidad de su hijo. Dejarlo crecer implicaba eso: no saber qué había visto ayer en el cine, o qué marca de café tomaba por las mañanas, o guardar el abrazo que hubiera querido darle cada noche. La vocación, llevada al extremo, de Nina, quien se encerraba en el laboratorio –siempre escuchando los conciertos de Radio Nacional– a descubrir las imágenes que su vieja Leica había captado y recorría las calles de una ciudad que de a poco se le fue entregando. ¿Eso también estaba escrito en los genes? Los dos se metían al cuarto oscuro y salían triunfantes con alguna foto aún goteando. «¡No vas a creer lo que aparece en la foto, viejo!», gritaba Julio por la casa. Tenía catorce o quince años y sentía devoción por esa abuela que lo llamaba

en italiano y que le enseñaba los secretos de un oficio casi alquímico. Esa parte artesanal de la creación les fascinaba. También Leo había heredado de su madre ese gusto, pensaba mientras escuchaba la historia de Bauer, que había llegado como ellos del otro lado del océano, acaso en el mismo barco aunque veinte años antes. Nunca le había preguntado a Nina el nombre del barco en el que habían viajado. Y ahora sería difícil saberlo. Tal vez si consultaba los registros del puerto de la ciudad. Algún día debería hacerlo. «Los tres hermanos se habían convertido en la principal atracción del *Re Vittorio»,* le contaba Peter un poco a regañadientes y con un dejo extranjero que a pesar de los más de sesenta años transcurridos aún se percibía cuando hablaba. Quizá por eso fuera un hombre de pocas palabras, un inmigrante silencioso y tozudo que amaba los instrumentos de cuerdas por sobre todas las cosas; y los cuartetos de Bartók, su paisano. El sistema axial y el número áureo utilizados por el húngaro a partir del folclore eran probablemente el único tema sobre el cual el lutier se animaba a hablar sin preocuparse por el acento. «Fíjate, tiene que ver también con la serie numérica de Fibonacci.» Y empezaba a dibujar círculos, números y pentagramas sobre el papel que tuviera más cerca, tarareando Do-Do#-Mib-MiFa#-Sol-La-Sib-Do… Los ojos se le iluminaban como en la foto con traje de marinero. «“Ojos del color de las nubes de verano en Budapest”, decía mi madre», contaba Peter riendo.

Y tarareaba mientras volvía a entusiasmarse explicando cómo funcionaban los tonos y los semitonos en las obras del «gran Bartolo», como lo llamaba su padre. «¿Conoces las declaraciones de apoyo a los judíos, verdad?» Y Leo pensó en el bisabuelo que se balanceaba con la certeza de que veintidós letras salvaban cotidianamente el mundo. El Tercer Reich no quería nada a Bartók. Cómo podría componer desde el ruido que le ocupaba la cabeza. Sentarse durante horas a ver el trabajo minucioso de Peter, con el cigarro que le colgaba de los labios y alguna melodía que apenas insinuaba entre dientes, era un modo de reconciliarse con la realidad. Un espacio de paz. Como la sensación del aire helado en la playa al caminar. La ciudad lo agobiaba y mucho más durante ese invierno húmedo y permanentemente gris que le recordaba la temporada de la enfermedad de Nina. Llegar al taller del lutier en ese departamento luminoso y distante del ajetreo del patio del conventillo le daba sentido a la decisión de Leo de alejarse un par de meses de su playa para sumergirse en un universo de olor a madera y sonido de cuerdas. Poco tenía que ver con la «invitación» de Mercedes de abandonar su soledad. Justamente lo que le gustaba de estar en el taller era la posibilidad de sentirse solo, en el mejor

sentido, de aislarse de repente con ganas de volver a encontrar su propia música. Sabía que sobre el piano, allá, al sur de todos los sures, lo esperaban la hilera de lápices afilados y el papel pautado. Ese orden obsesivo que se rompía irremediablemente cuando se metía a fondo a componer. Entonces sí las hojas cubrían todo el cuarto y sólo Leo era capaz de imaginar cómo se organizarían al final para convertirse en una sinfonía o en una sonata o en una canción de esas que en los últimos tiempos le habían dado el aire que le estaba faltando. Era un poco como recuperar las voces de la gente querida. Incluso la de su padre. Ya que no podía tener su rostro, intentaría reconstruir su voz. Pavese, Rilke, Eliot o Pizarnik, por qué no, le daban las palabras que después una contralto, su tesitura preferida, o un tenor, convertían en esas obras suyas en las que sentía que aún tenía mucho por explorar. El piano y el chelo acompañaban los textos; a veces aparecía alguna percusión. Satisfecho no estaría nunca, pero le gustaba sumergirse en su trabajo. Estaba en una etapa en que el ritmo era lo que más le importaba, por encima de todos los otros elementos. «Manchar el silencio» era la frase que usaba. Pero de pronto llegó el vértigo. Las pupilas que se movían de manera extraña intentando seguir la mano del médico, el suelo que parecía hundirse a cada uno de sus pasos. Y la melodía, la armonía, el timbre, todo había huido dejándolo solamente con el ruido que había dentro de su propia cabeza. Ya hacía tiempo que Julio vivía fuera del país, que él se había separado de Mercedes, que en el jardín de la casa de Nina lo esperaba una azalea. ¿Florecerá este año? Cuando se levantó de la silla sintió un mareo que le pareció leve, pero al intentar caminar se dio cuenta de que se caía hacia el lado derecho. «Hola, Julio de mi corazón.» Qué extraño. Se sentó pensando que no era bueno desayunar sólo un café, como venía haciendo desde hacía tantos años. Había llegado el momento en que el cuerpo se lo reclamaba. «Ahora me preparo algo y sigo trabajando.» Casi cuatro semanas tardó en recuperar la estabilidad: caminar sin apoyarse en muebles o paredes, mover la cabeza sin caerse en el intento. Cada tanto reaparecía todavía una sensación mínima que le recordaba aquel episodio. «Vértigo», dijo el médico después de hacer un par de pruebas bastante tontas. Parece que el brinco en los ojos era la clave. Eso era todo. Los complicados estudios que le hicieron después sólo confirmaron ese primer diagnóstico. «Podría haber sido peor si además de afectar el centro del equilibrio hubiera afectado el del sonido. Hay quienes escuchan un zumbido permanente, a veces durante el resto de la vida.» La explicación que le dieron en el consultorio más bien parecía un relato hecho para tranquilizar a un chico caprichoso. Sí, seguramente había casos mucho peores, pero éste

era el suyo. Vértigo central, ni más ni menos. El oído interno y el brinco de los ojos. El cuerpo de Mercedes seguía recibiéndolo como a un viejo amigo. Trabajó con los músicos y con la cantante para preparar el concierto en que le rendía homenaje a sus voces queridas.

Algún antepasado nuestro debió estar muy solo
–un gran hombre entre idiotas o un pobre loco–
para enseñar a los suyos tanto silencio.

–Pero llegó el vértigo, Bauer, y luego el silencio, esa moneda gastada cerrándome la tráquea. Miro las hojas pautadas, vacías, y es como si vinieran de otro mundo.

–Tranquilo, pibe, no le des más vueltas. El sonido volverá. Aquí falta lijar mejor, ¿eh? Si no ¿qué clase de diapasón te va a quedar?

*

Veintidós días en las ruinas de Sarajevo. Veintidós días siempre a la misma hora. La imagen de Vedran Smailovic´ lo mira por sobre la tapa abierta del piano. El chelo construido con la madera de algún abeto. Los bosques húmedos, como los que Paul Celan tenía en la memoria. Veintidós días por las veintidós personas que se formaron para conseguir un pan. (Tanto simbolismo encerrado en el pan que prefiere pasarlo de largo. No detenerse. Seguir. Seguir. Como siguió en esos montes toscanos, ansiando quizá no encontrar ninguna marca. Si no había restos tal vez no hubiera habido muerte). Un chelo en las ruinas de la Biblioteca Nacional de Sarajevo. ¿Cuál es la música que llega desde esa fotografía? Veintidós días siempre a la misma hora. Como las veintidós letras de ese bisabuelo de largo abrigo negro.

*

Me imagino qué es lo que quieres saber. Siempre queremos saber qué somos para el otro. Cómo nos ve. Qué significamos en su vida. ¿No es así? Pero dime, Leo, ¿realmente necesitas que yo te cuente eso? ¿No era evidente acaso que eras la persona más importante en la vida de Nina? Claro, hay que decir que ese «estrellato» lo compartías desde hacía ya muchos años con el pequeño Julio. «Giulio» para ella. ¡Cómo disfrutó a su nieto! Incluso cuando él decidió irse a vivir a Barcelona, se las ingenió para que siguieran en contacto cotidiano. Ya sabes que tenían un enganche muy especial ellos dos. Como ves, no tengo nada nuevo para contarte. Todo esto lo sabes tan bien tú como yo.

*

«¿Mejor que el box?», le preguntó Nina con sorna recordando un episodio de su adolescencia. Uno de sus compañeros de colegio lo había invitado a un gimnasio. Le parecía que aprender a boxear le podía dar el lugar que su nula habilidad en el futbol le había negado. Lo del piano no era algo que confiriera ningún prestigio entre los chicos del barrio. Y él no pasaba de ser el «tano raro» entre ellos. Así que ahí fue, siguiendo a Daniel, con el bolso marinero al hombro. «¿Vas al club?» Nina estaba más cerca de la puerta de lo que él esperaba. «Sí, voy a nadar un rato», mintió. Cuando a la mañana siguiente no pudo ni siquiera completar las escalas, la mentira se cayó. «¿Boxear? ¿Estás loco? ¡Vas a destrozarte las manos!» Tal vez Nina tuviera razón a pesar de todo. Después de recibir los primeros golpes, Daniel pensó que era un cobarde y el bolso marinero quedó en el rincón más oscuro del placar. Tampoco era mucho lo que podía hacer en el barrio para dejar de ser el raro.

*

Durante mucho tiempo pensó que su padre podría aparecer en cualquier momento. Que un día tocaría el timbre de la casa y llegaría como si no hubiera siglos de ausencia. Les daría un abrazo y la vida olvidaría ese hiato que provocaba las miradas de conmiseración que más detestaba. Seguramente Nina esperaba algo parecido porque nunca nadie más vivió con ellos. Tuvo amigos (¿y amigas?) con los que quizá las cosas terminaran en la cama. Algunos de ellos llegaban a la casa los domingos, participaban en esas comidas maravillosas que organizaba Nina, pero era imposible que fueran más allá en esa cotidianeidad de a dos que ellos habían construido. De a dos más una sombra. Pronto se daban cuenta de que no podían pretender más que una ida al cine o a cenar y un par de horas en un hotel del centro. Lo demás pertenecía al mundo de Giulio. Al mundo de las sonatas para chelo y el laboratorio de Nina. Al olor penetrante del revelador y la pasta con aceite de oliva que él adoraba porque le habían contado que era la favorita de su padre. «La memoria empieza con el horror», le había dicho alguien hacía muchos años. «Con el gallo que amenaza con sacarte los ojos cuando estás aún en la cuna. Con el frío de una navaja que te bloquea la lengua. Con el agujero que te contempla desde el espejo.» Él recordaba los brazos tensos que lo sostenían mientras iban a la estación de trenes. Pocas cuadras. Y el viento helado en la cara. No podía encontrar ninguna otra imagen. Ni Giulio sentándolo en sus piernas. Ni la música al regresar de las reuniones. Sólo esa noche en que algo se quebró. Sí, sí había algo más. La

suavidad del pasamanos de la escalera de Via dell'Oriuolo: calle del reloj en la que ellos fueron un pequeño hueco. El asiento de terciopelo raído. Pero no estaba el rostro de su padre. Sólo la sombra de la única foto que Nina guardó en la maleta con la que escaparon. La cámara y algo de ropa. Una tarde en el Giardino. Ella tiene una blusa blanca y una sonrisa de menos de veinte años. Porque las sombras son tan importantes como la luces que iluminan el puente de Carlos. Su padre no apareció. No abrió la puerta alguna tarde, como lo hacía en el departamento de Florencia. Ni se sentó junto a él en el colectivo. El azar no era tan sorprendente como esperaba. Ni le mandó una larga carta contándole lo que había hecho tantos años escondido en el monte con los compañeros. En realidad nunca supieron dónde había muerto. Todos los relatos coincidían en su muerte pero él no quería creerlo. Si no había cuerpo para probarlo, Giulio podría aparecer en cualquier momento.

*

Lo he escrito ya: tengo un paisaje, un nombre que no he podido cambiar, una playa helada, el viento. Tengo también un escritorio cubierto de fetiches: un tintero de cerámica portuguesa, varias fotos, un rabino tallado en madera que alguien me regaló. Un cuaderno y una pluma con tinta sepia donde van apareciendo las obsesiones de Leo. El chelo. Mahler. Una sombra. Lo aterrador de un mundo absolutamente silencioso.

O a la inversa: el miedo al silencio. El deseo de silencio. Pero aún no está Leo. Eso vendrá después. El silencio es anterior a la escritura.

*

¿Qué queda por decir? Las vueltas del silencio, tal vez. Las del personaje que cree salvar al mundo renunciando a las palabras, alejándose de lo que ama (¿o lo salva realmente?). Como el abuelo aquel que se balanceaba en su rezo. La sensación de amenaza basta para decidir el sacrificio. Un árbol seco, al fondo el mar y un versículo del Eclesiastés como epígrafe. Suena *La Pasión según san Mateo: Erbarme dich, Mein Gott.*[4] ¿Qué queda por decir? El protagonista le cuenta a su hijo una antigua leyenda: un monje ortodoxo planta un árbol seco en una montaña y le pide a un novicio que se ocupe de regarlo hasta que reverdezca. Y así lo hace el joven, subiendo agua para regarlo todos los días. Hasta que después de tres años, lo

encuentra cubierto de capullos. Al final, cuando Alexander ya ha sido llevado en una ambulancia, podemos ver al «Hombrecito», su hijo, regar el árbol seco que plantó con su padre en la escena inicial. Y habla entonces por primera vez, repitiendo las palabras de aquél: «En el principio fue el verbo», y agrega: «¿Por qué, papá?». Las vueltas del silencio, tal vez. En el árbol no hay capullos ni hojas, pero como una respuesta aparece la dedicatoria de Tarkovski de este film a su propio hijo, «Andriushka». Reproduce así, quizás, el vínculo que lo ligaba a su padre, el poeta ruso Arseni Tarkovski. «Me basta con mi inmortalidad / para que mi sangre fluya de siglo en siglo», escribió Arseni en su poema «Vida, vida». La continuidad de la vida de generación en generación. ¿Qué queda por decir? Leo mira la fotografía de una sombra. Las vueltas del silencio, tal vez. La huella de lo que fue. Una historia resumida en la sombra de su padre, una tarde tibia de comienzos de los años cuarenta. Un árbol seco junto al mar para restablecer el orden de la sangre. «En el principio fue el verbo». Como el abuelo aquel que se balanceaba en su rezo. Quedarse sin palabras. Quedarse sin sonidos.

Aquella mañana había tanta humedad que las calles del centro brillaban como después de la lluvia. Por qué de pronto en pleno invierno surgían esos días casi cálidos, pesados, en que las bufandas picaban sobre la piel y hacían que se extrañaran las ráfagas de aire helado que venían del sur, era uno de los misterios de aquella ciudad que más desesperaban a Nina. «¡Ni las fotos se secan en estos días!», decía con enojo. Leo la recordaba con un fondo de imágenes colgadas, como un tendedero de rostros y paisajes. Le gustaba estar en el laboratorio cuando ella encendía la ampliadora unos segundos y luego sumergía el papel fotográfico en el líquido que finalmente les iba a mostrar lo que allí había. Era algo mágico. Después: las imágenes le permitían seguir el último recorrido con la cámara. Y siempre aparecía algo que él no había visto en la calle. Era como un juego de memoria: qué vi entonces y qué veo ahora. Pero si tocaba alguno de esos días húmedos y pesados con que los sorprendía el invierno, Nina culpaba a todos los dioses por retrasar su trabajo. Qué bien recordó Leo aquella mañana esas «herejías» tan italianas que de chico lo hacían reír, para mayor enojo de su madre. Por un instante, un instante tan mínimo que acaso no existiera instrumento que pudiera medirlo, pensó en llamar a Nina para comentárselo. «Ya sé, ya sé –le hubiera respondido–, tengo la casa hecha un desastre, con fotos colgadas en todas las habitaciones. Y sí, si quieres saberlo, ya imprequé a todos los santos del cielo y del infierno. Sin resultados. Como siempre». No era una cuestión de religión el que aquella florentina nieta del rebelde

Benjamin que dejara de ir al templo para asombro y furia de su padre y del rabino, les reclamara a ángeles y demonios. Pesaba más el origen toscano que cualquier otro a la hora de pedirle cuentas al destino. Le hubiera gustado llamarla esa mañana y volver a reír con ella. Le hubiera gustado ir a ver las fotos que no se secarían en varios días y tomar un café dulce y cargado, «a la turca», como le gustaba a su madre, mientras intentaban entre los dos seguir jugando al juego de la memoria. «No había visto que se había cruzado un perro delante del columpio.» «Y qué tal el señor que se atusa el bigote detrás del chiquito con las flores. ¿Te habías dado cuenta de que estaba ahí?» Siempre había algo más de lo que les había parecido en el momento de tomar la foto. Era como si cada una guardara un secreto que si ellos no develaban quedaría allí para siempre. A Leo le parecía una responsabilidad mayúscula, por eso pasaba largo rato mirando las imágenes. «Era como liberar un fantasma. Si no lo veíamos, lo condenábamos a vivir encerrado. No sé de dónde había sacado yo esa idea, pero no te puedes imaginar la seriedad con la que me dedicaba a estudiar cada foto, Bauer», contaba esa mañana húmeda y pegajosa en que había extrañado a Nina un poco más que siempre. «Era como descubrir los sonidos que encierra el silencio. Eso que ahora no logro hacer. Por mucho que me siente al piano y trate de revivir los mecanismos que me han permitido llenar tantas partituras, no puedo. Los dedos me pesan y es como si tuviera la mente en blanco. No sólo la mente: el cuerpo, el corazón, ¡qué sé yo!, todo. El silencio no es la imagen en la que puedo descubrir lo que está escondido, sino un duro bloque al que no logro entrar. No hay juego posible.» Fue el día en que finalmente Bauer le mostró su joya: el violín con el que había llegado al país tantos años antes. En realidad, ése era el de su padre. Era demasiado instrumento para un niño, pero cuando Peter cumplió trece años se lo regaló. «"Ya eres un músico. Sabrás hacer con él lo que corresponda". Él nunca lo llevaba a los clubes en los que tocaba con sus hermanos. Lo usaba sólo para lo que llamaba la "verdadera música". Con lo otro nos ganábamos la vida. Pero la música es otra cosa, pibe. Lo había guardado hacía ya más de sesenta años. Si a un violín no lo tocas, se muere, como cualquier otro instrumento. Y éste murió junto con Max. Había nacido en Francia, a comienzos del siglo xix, en el taller de Nicolas Lupot, uno de los grandes lauderos de la historia.» Bauer lo sacó del estuche con suavidad y se lo pasó a Leo. Ya que estaba en plena construcción de su propio chelo, tener entre las manos ese pequeño violín le parecía como acariciar a un bebé detenido para siempre en la cima de su perfección. ¿No te dan ganas de tocar alguna vez? El lutier torció la boca en una media sonrisa que

quiso ser irónica, como de quien ya está de vuelta de esas cosas, pero a los ojos de Leo ese fue un gesto dolido. «La familia Lupot tenía el taller en Orleans, y de allí salieron de los mejores instrumentos de cuerdas de todos los tiempos. Claro que el centro indiscutible fue Cremona. Imagínate, de ahí eran Andrea Amati, Antonio Stradivarius y Giuseppe Guarnerius del Gesú. ¡Casi nada!», le contaba Bauer con el cigarro en la boca, mientras ajustaba las prensas del futuro chelo.

*

Se durmió con la inquietud que le provocaban las fotos de Julio. Aparentemente tampoco ésa tenía algo de extraño: una vista del cementerio de Vendrell. Su hijo, a diferencia de lo que le pasaba a él, disfrutaba visitar los antiguos panteones. Cuanto más viejos y destruidos, mejor. Había hecho una hermosa serie en algunos pueblos europeos. Algo totalmente distinto al vértigo y la violencia que su trabajo le obligaba a enfrentar. La imagen mostraba sobre todo los árboles añosos (¿molles?) y, a la distancia, algunos nichos descuidados que apenas se distinguían. No era la primera vez que le mandaba fotos de este tipo, ¿por qué ésta le provocaba semejante desasosiego? «Pensando en Giulio.» Nada más. Eso era todo lo que agregaba a la imagen. Él también pensaba en Giulio frente a esa foto. Y recordaba las gastadísimas grabaciones de las sonatas para chelo solo que inundaban sus mañanas de sábado. «Escucha Nina. Las partituras las encontró un español, un catalán. ¿No es lo más maravilloso que has oído?» Su madre le contaba esa historia una y otra vez, y Julio había mandado la foto que lo llevaba a pensar en la sombra que lo acompañaba desde la fría noche en que salieron de Florencia. En algún momento quiso aprender a tocar el chelo. ¿Qué tendría? ¿Catorce, quince años? Se acuerda de la cara que pusieron Nina y sus profesores. Se asustaron casi tanto como cuando decidió boxear. ¡Boxear! Qué ocurrencia. «Dale, tano, ¿vamos al gimnasio?» Se encontró con Daniel en la parada del colectivo. Había sido uno de sus compañeros de futbol frustrado cuando eran chicos. Uno de esos amigos del barrio con los que cada tanto Leo se cruzaba en alguna esquina. «El piano está bien, pero un poco de músculo te va a ayudar, eh.» «A ser un poco más normal», tendría que haber agregado, pero eso se sobreentendía. Ellos dos lo sobreentendían. Así que decidió aceptar el reto y al día siguiente guardó un *short* y una camiseta junto con las partituras. Estuvo un rato pegando, tratando de seguir los consejos del entrenador. Qué doloridas le quedaron las manos. «En un par de semanas se te pasa, enseguida el cuerpo se acostumbra», le dijo

la segunda vez que lo vio. ¿Le explicaría que lo que él quería era ser pianista? Para qué. Estudiar chelo también era una locura. ¿Quería estar más cerca de Giulio? ¿O quería que Nina dejara de extrañarlo? Todas las tardes, durante casi dos años, sumó a sus clases de siempre las del profesor aquel que había dejado de tocar por el Parkinson que lo atacó siendo aún muy joven. Leo miraba esas manos temblorosas y pensaba en la pesadilla que sería para el músico. «Eso me hacía sentir casi responsable del destino de ese hombre, Bauer.» La digitación era tan diferente a la del piano y sus dedos estaban tan acostumbrados a otra cosa que pensó que nunca lo iba a lograr. Al principio le sangraban. Pero la mirada impaciente del profesor Ruiz y el temblor que no se detenía lo empujaban a cumplir el desafío. «Relaja la mano. Suelta los dedos. No necesitas presionar tanto.» Tenía que empezar a entender esas cuatro cuerdas. ¡Cuatro cuerdas!: *La, Re, Sol, Do.* Eso era todo. Y de pronto una nueva foto de Julio abría el recuerdo hacia esos años, hacia el preludio de la *Suite número 1,* hacia los sábados de la infancia, hacia su decisión de no tocar nunca la obra de Bach que su padre tanto amaba. El cementerio del Vendrell aparece bajo la sombra de los molles. «Pensando en Giulio.» Hacía poco tiempo que Casals había hecho las grabaciones, en plena guerra civil. Antes del exilio. Las transcripciones de Anna Magdalena, ocultas durante siglos, salían a la luz. «¿No es lo más maravilloso que has oído?» Su padre tocaba el violonchelo que Santos Wein le había dado al abuelo médico como pago por haberle salvado la vida a su esposa. Ese chelo que había cargado con su hermano desde algún pueblo de Polonia. Shlomo y Menahem. Santos y Miguel Ángel. Poco a poco el sonido del instrumento comenzaba a ser armónico. «Nina, ¿sabías que los mejores arcos están hechos con pelo de caballo de las estepas de Rusia?» Leo hablaba casi desde antes de abrir la puerta. Seguro que de esos era el de Santos. Trataba de recordar a Giulio sentado con su chelo en el departamento de Via dell'Oriuolo. Lo imitaba y se sentaba también él en mitad de la sala, siempre mirando hacia ese jardín en que habían plantado un roble –todavía endeble– y en el que ya florecía una azalea cada primavera. «¿Aquel cadáver que plantaste el año pasado en tu jardín, / ha empezado a germinar? ¿Florecerá este año?»[5]

*

«El de Josef Sudek era el mundo del diálogo entre las luces y las sombras. Durante más de sesenta y cinco años Praga, su ciudad, fue creada y recreada una y otra vez por sus imágenes». Nina hablaba con

la piel teñida de rojo por la única luz permitida en el laboratorio. Desde la destrucción provocada por la primera guerra mundial en la cual él mismo perdió el brazo derecho, hasta su último proyecto sobre la casa de Janáček, sus fotografías retratan una realidad donde, a pesar del horror, la fuerza de la poesía se cuela en cada una de las figuras. «¿Qué hubiera pasado, Bauer, si Nina no hubiera sido una devota seguidora del checo? ¿Tendría yo una foto de verdad de mi padre en lugar de la imagen de una sombra?» Absurda suposición que cada tanto se le cruza por la cabeza. La belleza de las fotografías a veces le parece insuficiente para entender la pasión de su madre. «¿Hora de buscar culpables? ¡Por favor! ¡A los cincuenta y tantos años!» El puente de Carlos, el viejo cementerio judío, el hombre con sombrero que camina por la calle del Vicario y que tanto recuerda la clásica figura de Kafka reproducida hasta el hartazgo, la catedral de San Vito y sus escombros iluminados por los rayos de un sol que se antoja tibio y protector, son imágenes que acompañaban siempre el trabajo de Nina. Él aprendió a reconocerlas desde muy pequeño. A muchas de ellas también les inventaban historias, como lo hacían con las postales o las fotos viejas que conseguían en sus recorridos por los mercados de la ciudad. ¿En qué año se habrá convertido en memoria ese hombre con bastón que camina por las viejas calles del centro? ¿Habrá tenido que esconderse durante la guerra? ¿Habrá muerto fusilado como su propio padre? ¿Dónde estarán ahora sus hijos? ¿Dónde su nombre, su historia? «"Pon atención en las sombras", le dijeron al joven Josef, "lo demás vendrá solo". Las fotos de la década del veinte en las que las figuras parecen ocultas bajo un manto de niebla, o quizá no enfocadas del todo, son el comienzo de una búsqueda íntima que nos deja sin aliento. Con el alma suspendida. Como un buen poema, Bauer. Como la música de Mozart, de Dvořák, de Janáček que lo acompañaba.» Ésa era también la esencia de su trabajo. Los silencios y los sonidos eran parte de sus sombras, de sus rostros apenas vislumbrados. Adivinados, tal vez. «Si tomas la fotografía seriamente también estarás interesado en otras formas de arte –comentó alguna vez–. Para mí es la música. La música aparece en mi trabajo como el reflejo en un espejo. Me permite ver la belleza del mundo». Buscar la belleza en el mundo sangriento en el que le tocó vivir era una de las guías de Sudek. A pesar de las guerras, del dolor, de la muerte. Miles de checos fueron aniquilados durante la invasión nazi. La otrora «Jerusalén de Europa Oriental» quedó diezmada. Y las notas de Janáček suenan desgarradas para quien quiera oírlas. Él, Leo, elegiría las obras tempranas: la *Sonata a Kreutzer,* las *Cartas íntimas,* o tal vez el *Concertino* dedicado al pianista

Jan Herman. Entiende que Sudek lo haya sentido como alguien tan cercano, el lirismo de ambos a veces lo conmueve. Otras veces le resulta demasiado blando para el horror en que los tenía sumidos la historia. ¿Lirismo? Y las tropas avanzaban destruyendo la memoria del pasado y la del futuro. La imagen del interior de la casa del músico fue tomada veinte años después de su muerte, pero nada impide imaginar que él mismo podría estar observando la labor del fotógrafo, que él mismo podría aparecer reflejado en el espejo: madera oscura, un piano vertical, un florero vacío sobre la mesa, un cierto abigarramiento propio de una casa de antigüedades o de un hogar de la pequeña burguesía. Y nuevamente la luz que entra por la gran ventana un día soleado. Un lugar similar al de los «martes musicales» de Sudek, famosísimos en Praga durante quince años. «Así le hacemos un homenaje…», y la sombra de Giulio sobre Nina con su blusa blanca y su amplia sonrisa es también epitafio, *memento mori*.

Después supieron la historia de Sonja Bullaty, la niña judía que había perdido todo su cabello en el campo de concentración y que tenía una sola idea: convertirse en fotógrafa. Se volvió su asistente, su confidente, su amiga. Más adelante, las cartas de Sonja, quien emigró a Estados Unidos, formaron parte de la obra *Air Mail Memories*. Hasta las plumas de paloma que ella le enviara están incluidas. Leo camina. Podría entrar y salir de cuadro: arriba, abajo, arriba, abajo. ¿Se puede tener nostalgia de lo que no conocemos? El rojo que tiñe la piel de Nina envuelve los relatos de la infancia. Entre las luces y las sombras. Sonja Bullaty. Siempre le pareció más un nombre de personaje de novela que de alguien real. Llegó al estudio con la memoria de sus muertos grabada en la piel. Leo conocía la historia, pero no su obra. «¿De verdad había estado en un campo de concentración?», le preguntaba una y otra vez a Nina. Pero no le parecía posible, ya que ella no debía ser mucho mayor que él. Las historias del horror tenían que ser más antiguas, estar casi desdibujadas, no acercarse jamás a su presente. No podría él cargar con todas. No quería saber más. No quería saber ni siquiera la de Giulio. «No me cuentes, Nina.» Pero volvía a preguntar. «¿Me abrazó antes de irse? ¿Pensaba en mí?» O tal vez no fuera cierto. Tal vez nunca hiciera esas dos preguntas. Sabía la respuesta a la primera; era parte del relato de su madre: «Entonces escuché que alguien subía corriendo las escaleras y supe que era él. Te cargó y nos abrazó a los dos juntos con toda su fuerza. "Me mandan a una misión a un pueblo cerca de Carrara. No te preocupes. Regreso en pocos días."». El perfume de flor de naranjo de Nina lo acompañó durante sus últimos días. «Mi papá fue un héroe», les decía a sus compañeros cuando aún buscaba sobre la mesa de los domingos, con

Marco y Enzo, los caminos recorridos por la Brigada Rosselli. Un día guardó los libros, quitó los mapas que había pegado en las paredes de su cuarto, dejó las clases de chelo y no volvió a preguntar. Cuando muchos años después encontró en algún viaje el libro *Tuscany* le sorprendió esa coincidencia entre la joven sobreviviente y su propio camino de vida. Él había recorrido a pie, a los veinte años, la mayor parte de los paisajes retratados por Sonja, entonces sí buscando unas huellas que no encontraría. «Ni siquiera está su nombre en la lista de víctimas del pueblo, Nina. ¿Y si no murió? ¿Y si no lo fusilaron? ¿Y si sólo se olvidó de nosotros?» «¡Basta, Leo! ¿De verdad hace falta inventar otra historia?» «¿Pensó en mí cuando aceptó ir a Vinca?» «Mi papá fue un héroe.» «No sabes los años que tardé, Bauer, en poder decir la otra frase, la verdadera: “Mi padre es una sombra”. No hay mucho más que eso.» Una sombra como las que recorren Praga de la mano de Sudek. Apenas un indicio. Nada.

*

Tu madre y yo nos conocimos en el colegio secundario. Veníamos de primarias distintas. A mí me habían mandado con las monjas del Sagrado Corazón. ¡Pobres! Las volví locas. Nina venía de una educación mucho más abierta. Los padres eran librepensadores, como casi todos los judíos de Florencia en esa época. Nos encontramos en el Liceo Galileo, «il Galileo», una de las escuelas más antiguas y con más prestigio de la ciudad. Estábamos las dos en la puerta del salón, el primer día de clases; era agosto de 1933. Nosotras y otras veinte chicas de nuestra edad. Calladas todas. Asustadas en ese edifi antiguo, oscuro, que nos imponía bastante, como podrás imaginarte. Nina nos miraba un poco a la distancia, como si ella no fuera realmente parte de ese grupo. A mí me daba curiosidad esa actitud; parecía un tanto soberbia. Después descubrí que era timidez. Mirada de miope tenía, Piccolo, como la tuya. Era menuda y con un hermoso pelo castaño claro. Pero lo que de verdad cautivaba era su sonrisa; claro, cuando lograbas que se sintiera protegida y bajara la guardia. Me acerqué y le dije seguramente algo gracioso –ya sabes cómo soy–, porque me acuerdo de que se le iluminaron los ojos y… justo en ese momento llegó la preceptora y nos abrió el salón. Nos sentamos juntas hasta el último día. Eran años difíciles. Los años del ascenso de Mussolini. La verdad es que nosotras vivíamos de manera bastante inconsciente ese proceso. Quizá Nina un poco menos que yo, finalmente su padre, tu Nonno Carlo, tenía cada vez más difi para conseguir trabajo por culpa de las leyes raciales. Mi madre la adoraba; estaba convencida de que si no hubiera sido por Nina yo nunca hubiera terminado la escuela. Y a lo mejor tenía razón. Qué sé yo. Pobre vieja. Yo prefería ir a pasar la tarde al Giubbe Rosse para escuchar las charlas eternas alrededor de la mesa sobre poesía, sobre pintura, que si el futurismo, que si el compromiso social. Imagínate, a Pirandello le dieron el Nobel un año después de que nosotras habíamos entrado en el colegio. ¡Qué me iba a importar lo que decían los maestros, la vida estaba en las calles, Leo!

*

«Leo, tráeme el mapa.» Seguramente era Mario el que lo llamaba, o Enzo. Los dos se habían tomado casi como un reto personal el que ese

chico, hijo de un compañero de Giustizia e Libertà, aprendiera algo de la «maledetta guerra». Hacia los nueve o diez años, Leo empezó a interesarse en aquello que había decidido la vida de su padre. Enzo y Mario eran de Milán y no habían conocido a Giulio, pero sí la historia de las brigadas partisanas que se movían por el país después del 8 de septiembre. El armisticio firmado por el gobierno en 1943 y la entrada de las tropas nazis habían cambiado la historia de Italia para siempre. «¡Esclavos, Leo! ¡Éramos esclavos de los alemanes! ¡Nosotros! ¿Cómo íbamos a permitir que ése fuera el destino de nuestro país! Tu padre tomó la mejor decisión.» Al chico se le inflamaba el pecho de orgullo por ese héroe del que sólo conocía una sombra, y se recargaba en la mesa para ver sobre el mapa los movimientos de los grupos de partisanos. «Insorgere! Resorgere!», había aprendido a gritar Leo desde pequeño.

«Estuvieron en España, Nina. Pelearon en el frente de Aragón. Imagínate.» Giulio y Nina estaban recostados sobre el pasto del Giardino. Era el día de la foto. En Barcelona había sido asesinado Camilo Berneri dos años antes del fin de la guerra. El joven estudiante de matemáticas seguía con pasión lo que ocurría con el grupo político tanto en Francia como en Italia. Eran años difíciles. El padre de Nina, amigo de varios de ellos y profesor de Giulio, había sido «confinado», como tantos otros judíos. Desde el sur le escribía a la hija que él había criado solo, después de la muerte de Eugenia. La pequeña Nina no se separaba de su padre. Miraba con él las estrellas desde el telescopio que tenía en su estudio («no era muy grande», le contó muchos años después Nina a su propio hijo, «pero las noches eran de una maravillosa claridad, y yo seguía con fascinación el relato que tu abuelo iba haciendo de ese otro mundo»), lo acompañaba muchas veces a la universidad y a las largas reuniones con sus amigos en el café Giubbe Rosse. Por eso conocía muy de cerca todo aquello que Giulio le estaba contando. Extrañaba enormemente a su padre; ella sabía que en las cartas él le ocultaba más de lo que le contaba. «Conocieron a Pau Casals, ese catalán que recuperó las suites de Bach», le iba diciendo Giulio con más entusiasmo por la música que por la política española. También su padre ponía siempre música en casa. Ella disfrutaba la complicidad que se creaba así entre los dos. Era un científico brillante, pero sin ningún talento musical. La falta de talento la suplía con pasión. Cuando era chica viajaron a Milán varias veces durante la temporada de ópera de La Scala. Él recordaba perfectamente las letras. «Pero que no cantara, por favor», le contó Nina a Giulio esa tarde. «¡Era el hombre más desentonado del mundo!»

«Mira, Leo, éste es el pueblo donde mandaron a tu abuelo. Había que ir hasta el sur, sur de la bota.» «¿A Caloveto lo mandaron? ¿De Florencia a Caloveto?» El Nonno Carlo era otro de los héroes que poblaban la infancia de Leo. Nieto de aquel que se balanceaba sabiendo que su rezo salvaba cada día el universo. Hijo del «rebelde» Benjamin. Ser «confinado» era un destino frecuente para los judíos antes del 43. «Saquen este mapa de aquí que ya va a estar la comida», gritaron Nina y Bruna uno de esos domingos de invierno en que los amigos llegaban a la casa con una botella de vino o una docena de factura para la hora del mate. «La familia es el círculo de amigos que hemos elegido». Muchos años después Leo encontró un imán con esta frase en algún aeropuerto y lo compró para Nina. Ésa era la familia que él había conocido de chico. La única que tenía. «Vamos, vamos, saquen eso», seguían las mujeres mientras el olor de la salsa invadía la casa. Nina no quería pensar en sus padres ni en Giulio ni en todas las muertes que la acompañaban. «Hoy no, Mario, dejemos la clase de historia de Leo para la semana que viene.» «Insorgere! Resorgere!», gritaba él intentando resistirse a la orden de su madre.

Caloveto, 30-junio-1941

Nina tesoro:

¿Cómo está el pequeño? ¿Cómo sigues tú? Cuídate mucho y cuida a ese nieto que ansío tener en mis brazos. Cuento los días para poder conocerlo. Ya tiene casi tres meses… ¡qué barbaridad! Pero no te preocupes, espero poder volver a casa en poco tiempo más. ¿Qué tal Giulio? ¿Y las clases? Dile que estoy tranquilo porque sé que dejé mi cátedra en las mejores manos. No dejes de contarme tus descubrimientos con la cámara. Imagino que Leo ha de ser el bebé más fotografiado del mundo. Tengo frente a mí la foto que me mandaron el mes pasado. ¿Se parece a mí o sacó los ojos de su padre? Y tu sonrisa, mi querida, de eso no tengo dudas, tan parecida a la de tu madre. ¡Qué orgullosa estaría de ti!

Pero el Nonno Carlo no llegó a conocer a Leo. Murió poco después de la llegada de los americanos. De la casa de Caloveto en la que estaba confinado lo habían trasladado al campo de Ferramonti-Tarsia, y ahí, en el campo, se le complicó una neumonía. «Tenía cincuenta años. ¿Te das cuenta? Muchos menos de los que tengo ahora», le contaba Nina a un Julio adolescente que bebía con pasión las historias de la abuela. «Insorgere! Resorgere!», gritaba también él más de treinta años después que su padre, en la misma mesa y frente al

mismo mapa que había acompañado los relatos de Mario y Enzo.

*

Muchas veces ha tratado de imaginar la escena: él sentado sobre las rodillas de su padre, por las noches, antes de que Giulio sacara el chelo del estuche y la casa se llenara de música. Y el mundo era entonces solamente las notas sobre un pentagrama, la mirada de Leo y el perfume de naranjos de su mujer. Afuera había soldados, reuniones en la oscuridad, compañeros a los que ya no volvía a ver. Muchas veces Leo ha tratado de imaginar la escena. Como trataba, de chico, de imaginar el rostro de Giulio cuando se miraba al espejo. «Pelo castaño. Ojos grandes, oscuros. Alto y delgado», le decía su madre, cuando él pedía que se lo describiera. «Llegaba y se ponía a charlar contigo, a jugar, a correr por toda la casa, antes de sentarse un rato a tocar el chelo. No importaba cuán cansado regresara de la universidad. Después las reuniones empezaron a ser en las noches. Decidió irse con un grupo. Volverían en pocos días. "No hay de qué preocuparse, mujer."» Leo dejó muy pronto de pedirle a Nina que le contara cómo era su padre. Pero aún sigue tratando de imaginar las escenas. O de inventar una historia, como las que inventaban para las viejas postales de los inmigrantes. El mundo era entonces para Giulio solamente las notas de un pentagrama. La piel perfumada de su mujer. La mirada sorprendida del pequeño.

*

Las postales. Esas viejas fotos que Nina encuentra en los mercados y que vienen de todo el mundo. Las mañanas de sábado solían ser las mejores para salir a caminar por alguno de los barrios cercanos al puerto donde las calles se llenaban de puestecitos que vendían hasta lo inimaginable, desde picaportes de bronce hasta cucharitas de peltre, desde libros descosidos hasta calcomanías de los años veinte… «Lo que de nosotros quedaría posee la fuerza de la música, ni una palabra, ni una letra.»[6] Leo miraba encantado cochecitos de latón y canastas con gatos de pocas semanas que se amontonaban detrás de algún gastado mantel de hilo. «¿Te gustan los gatitos? ¿Quieres llevarte uno?», le preguntaba esa señora pálida y pecosa con un acento rumano que no perdería jamás. ¿Qué será lo que me incita a escribirte todo el tiempo? «¡Leo, te conseguí un autito azul, como el que me habías pedido!», le gritaba desde el otro puesto el gallego que se

instalaba con toda la familia cada sábado. «¡Ven Leo!» Era su paseo favorito. Mientras Nina tomaba una foto acá, otra allá, él corría saludando a sus amigos o jugaba a las bolitas con Oscar, el alemancito que siempre tenía las rodillas lastimadas. Leo era mejor jugando canicas que futbol. Era su modesto orgullo. «¡Mira la "agüita" que conseguí!» La última vez que vio a Oscar era el gordo y orgulloso padre de unas mellizas igual de rubias que él. Leo estuvo tentado a pedirle que se levantara los pantalones para ver si sus rodillas estaban tan raspadas como siempre. Las postales que Nina conseguía eran el pretexto para los cuentos que inventaban juntos. Mientras sonaban las sonatas de Bach (ahora piensa que no sólo debía ser Bach lo que escuchaban, pero es lo que siempre aparece con los recuerdos de su infancia), ellos iban creándole una vida a esos rostros serios o nerviosos, a esas mujeres que muy rígidas colocaban su brazo sobre el respaldo del sillón en el que el señor cruzaba una pierna de manera forzada. A ese niño que apenas aguantaba la risa en la foto de la primera comunión. A las hermanas en patines tomadas de la mano. Cada una tenía un solo patín puesto ¡y las boinas a punto de caerse! La imagen de Leo caminando con grandes pasos a la orilla del mar, los mechones de pelo con algunas canas ya que se vuelan con el aire frío de la mañana, entra y sale de cuadro. «¡Mira la «agüita» que conseguí!» «Lo que de nosotros quedaría posee la fuerza de la música, ni una palabra, ni una letra.»

*

«El rostro de Nicodemo es el del propio Miguel Ángel. Eso es lo más conmovedor, Bauer. ¿Recuerdas esa *Piedad?* Hizo su autorretrato sosteniendo un hijo que nunca tuvo. Cubierta la cabeza, el padre mira para siempre el cuerpo exánime.» «Ahora el sol saldrá radiante», de pronto dice Bauer, que sabe que nadie podría crear una obra como ésa, o componer cantos para niños muertos, ni siquiera Mahler, si hubiera tenido que sostener el cuerpo de un hijo. Las *Kindertotenlieder* son anteriores a la muerte de su hija Maria. La sombra de Anna le cruza la mirada. De espaldas, en la playa, junto a Tomás. Todavía ella era más alta que él. Las melenas rubionas. El mar al fondo. Las otras figuras son accesorias; Magdalena y la Virgen podrían no estar allí. La imagen fuerte es el Cristo cuyo cuerpo cae pesadamente en los brazos de su padre (aunque Nicodemo, claro, no fuera sino un discípulo, un judío cuya duda lo transforma. Lejos de las veintidós letras, no acepta la orfandad). «Yo que había pensado en Telémaco y en su eterna búsqueda de quien quizá prefiriera no regresar, me conmovía ante esa

imagen creada por un viejo florentino que lloraba su propia muerte a través de la muerte joven. Todo podía ser al revés, y tal vez no quisiera cargar el cuerpo de mi padre, como siempre había pensado, sino sólo dejar que sus brazos, fuertes y queridos, me permitieran finalmente descansar. Me parecía que la muerte de Nina me había dejado a la intemperie. ¿Quién me sostendría ahora, Bauer? «Questo bimbo a chi lo dò? / Se lo dò alla Befana, / Se lo tiene una settimana.» Los sonidos se habían enredado en mi propio laberinto. Como el *Fra Martino* vuelto irónica marcha fúnebre.»



«Los timbales. El gong que vuelve. En un ataque de furia, Miguel Ángel quiso destruir su propia obra. Quedan marcas en el brazo y en la pierna izquierda del Cristo. Y yo, sacudido por el vértigo, por primera vez me sentí de verdad huérfano. Un poco grande, ¿no Bauer?»

*

Ya sabes que he sido siempre así. Me gusta el movimiento, la gente, las charlas, la noche. Justo lo contrario de Nina, estarás pensando seguramente. A lo mejor por eso nos llevábamos tan bien. En la adolescencia yo era la que salía con chicos, la que iba a bailar, la que sabía qué estaba pasando afuera. Al día siguiente le contaba. Y ella entonces me preguntaba, curioseaba. Era un poco *voyeuse,* ¿no? Por eso tal vez se dedicó fi a la fotografía. «¿Quién estuvo ayer en la reunión del café? ¿Y luego fueron todos juntos a escuchar jazz? ¿Adónde?» Yo me sumaba a todo lo que se organizara y me convertí en una especie de mascota de esos músicos y escritores que se juntaban cada tarde a tratar de arreglar el mundo (y de algunos vagos que seguro también se les pegaban). Supongo que yo estaría enamorada de más de uno, o de todos un poco. No sé. Tengo recuerdos más bien desordenados. Imágenes sueltas. Y nuestra vida no es más que el relato que nos hacemos de lo que hemos vivido. En mi relato, aquellos son años de pasiones, de ruido, de emociones difíciles de explicar. Aunque por las mañanas la rigidez de las clases del liceo nos ubicaba en otra realidad, más oscura, atemorizante. No debemos haber sido las únicas que vivíamos esa dicotomía. Se estaba terminando una época y surgía otra. Pero no hubiéramos sabido decir cuál de las dos nacía y cuál moría. O nos hubiéramos equivocado. Como se equivocaron tantos. Parecía inconcebible que después de los horrores de la gran guerra, de la cual se hablaba mucho aún en nuestra infancia, pudiera suceder algo peor. Hubo quienes lo vieron, lo sé. Pero no nosotras, que éramos muy chicas, tampoco nuestra gente. Recuerdo que alguien le ofreció a tu abuelo la posibilidad de irse, de tomar un barco y llegar con toda la familia a Palestina. «¿A Palestina?», preguntó con sorpresa. «Mi familia vive en esta ciudad desde hace siglos, ¿por qué tendríamos que irnos?» Y no, no estábamos entre los que percibieron las señales de la catástrofe. Cuando tu madre me contó la propuesta que les habían hecho, nos asustamos. ¿Podía pasar algo que no controláramos –como creíamos controlar nuestra charla cotidiana–, algo que cambiara nuestra vida de manera tan brutal, algo que pudiera separarnos? La respuesta del Nonno Carlo me tranquilizó. No sé de dónde venían, pero si llevaban tanto tiempo en nuestra ciudad, no iban a cambiar las cosas justo ahora. Claro que no. Aunque quizá sí una

levísima sombra de aprehensión se instaló entre nosotras. No importaba. Yo seguía yendo al Giubbe y contándole lo que pasaba en la Piazza della Repubblica. Ella buscaba el camino que quería seguir. No fue la pintura, como muchas veces pensamos. Era buena dibujando. Era muy buena. Aunque no quedan las libretas que llenaba en esa época, quedan tus cuadernos para comprobarlo. Cuántas horas se pasaban juntos dibujando, Leo. Nunca te pregunté si seguiste haciéndolo de adulto. Lo que tengo grabado fue la carita de sorpresa que pusiste cuando de uno de mis viajes te traje una caja con cuarenta y ocho lápices de colores. ¡Cuarenta y ocho! Creo que yo sería incapaz de identificar siquiera los tonos que escondía esa caja metálica. Pero tú no sólo pintabas sin parar sino que los ibas acomodando en escalas cromáticas ascendentes o descendentes según el día, supongo, o el humor, o las ganas. Incluso pensamos que a lo mejor te dedicarías a la pintura, ¿por qué no? Habías sido educado por el sensibilísimo ojo de Nina. Tenías, como ella, una mirada privilegiada. ¡A pesar de la miopía! Ya sé que vas a decir eso. Cómo te gustaba hacer rabiar a tu madre con eso. «¿Buena fotógrafa? Si no ve lo que de verdad toma. Nina es hija del azar, Bruna, no te equivoques.» Tengo desde entonces aquí, en el cajón del escritorio, la tarjeta que me dibujaste ese día. El cajón que te gustaba tanto revolver. «¿Este trompo es de cuando eras chiquita, Bruna? Ese trompo es de un nene que ya no está.» «Ya sé: tu hermano Luigi. ¿Puedo ver la foto?» Mamá, muy joven, tenía en brazos a un bebé rubiecito que yo miraba, desde mis cinco años, con un poco de recelo. «¿Y por qué tienes guardada una piedra?» ¿Te acuerdas de dónde viene esa piedra, Piccolo? ¡De Via dell'Oriuolo! Claro que te acordabas. Antes de dejar Florencia pasé por la puerta del edificio y recogí ese canto rodado. Los judíos tiran al agua una piedra en Año Nuevo para que con ella se vayan todos sus problemas. El ritual que se hace «el día antes de la felicidad». Esta que yo tengo aquí inauguraba también una nueva época. Era una forma de desearles buen viaje, buena vida, Piccolo. Te escribo sobre el mismo escritorio que tú conoces tan bien, en el departamento de toda la vida, con vista a los gatos del Botánico. Pero espérate, espérate, ya me fui por las ramas. ¡Cuándo no! Te estaba contando que todos pensábamos que tu madre se dedicaría a la pintura. Mientras yo escuchaba las discusiones del café y ponía cara de mujer de mundo (¡a los quince años!) ella recorría una y otra vez los largos pasillos de la galería de los Uffi. «¿Qué tanto ves en esos cuadros, Nina?» Y entonces me daba larguísimas explicaciones. «Fíjate en esos caballos. Es como si quisieran salir del cuadro. Están vivos, Bruna, están vivos.» Llegábamos a Uccello después de haber pasado por los retablos medievales, por el despojamiento de Fra Angelico, por las obras de Giotto. Y luego el Renacimiento, claro. Y así seguíamos el recorrido cuando alguna vez me sumaba a su plan. Yo prefería lo contemporáneo, pero Florencia, la verdad, no era el mejor lugar para verlo. Todo en nuestra ciudad olía a pasado, a una historia que a mí no me importaba demasiado. En cambio tu madre, Piccolo, amaba cada piedra de aquel sitio. Creo que si la hubiéramos dejado, hubiera ido acariciando las paredes al caminar.

*

Pero un día guardó en cajas todos los libros y revistas sobre la Resistencia que había ido juntando y sabía casi de memoria. Algunos los había comprado, otros se los habían regalado los amigos de Nina. «¡Mira lo que te traje, Leo!», gritó Bruna desde la puerta cuando regresó del viaje a Italia que había hecho en el cincuenta y pico. Uno de sus primos, el de Génova, era historiador y la había ayudado a buscar material para Leo. Junto al piano y en su cuarto las pilas de libros eran cada vez más altas. Había aprendido cada uno de los movimientos del grupo de su padre. Sabía qué caminos habían utilizado, con quiénes podían haberse encontrado, dónde se habían refugiado. Monte Giovi, Monte Rotondo, Madonna del Sasso, Poggio

alle Tortore, Tre Pini. ¿Y luego? Dos semanas que habían cambiado la vida de Giulio. Los primeros días de agosto lo habían enviado a Vinca. Eso lo había salvado de la emboscada del día 5 en la que habían muerto más de la mitad de sus compañeros. Tre Pini se había convertido en una trampa mortal. Y él no estaba allí. ¿Por qué había ido a Vinca? ¿Con quiénes? Parecía que el destino le había regalado unos días más. Pero el 24 de agosto de 1944 también ese caserío colgado en las montañas se cubrió de sangre: entró el 16.º Batallón de las SS al mando del mayor Raeder, acompañado por la brigada fascista Mai Morti, y asesinó a más de cien personas: hombres, mujeres y niños fueron masacrados y después, como en muchos otros pueblos, los desnudaron, les amputaron miembros o los degollaron. ¿Estaba allí su padre? ¿Había sido una más de las víctimas? Tal vez había dormido en alguno de los cobertizos de piedra. El verano era generoso con los partisanos. Leo había hecho su propia ceremonia en honor a Giulio, cuando años después visitó *il paese,* de cara a esos cerros cubiertos de castaños y al cielo azul que le regalaba el último sitio que había visto su padre. «¡Mira lo que te traje, Leo!» Y él leía sin parar las historias de la Resistencia, los testimonios de los partisanos, estudiaba los mapas. Imaginaba las historias posibles. Como hacía con las viejas postales que compraba con Nina. Como hacía ahora con las fotos que le mandaba su hijo. Siempre había algo que descifrar. Algo que seguramente se le escapaba. Pero los juegos de la imaginación no eran suficientes: no tenía un rostro desde el cual partir. Aunque se esforzara en encontrar rasgos de su padre cuando se miraba al espejo. «Tenía los ojos y las cejas oscuros como los tuyos, Leo.» Pero no estaba. No estaba en el espejo. No estaba en los libros que leía. No lo encontró cuando caminó por las empinadas calles de Vinca. Quizás en las páginas de Pavese. Quizás en la sonata para chelo solo. La Brigada Rosselli estaba muy cerca de Florencia. Pero su padre había sido enviado a la zona de Massa-Carrara. ¿Se había salvado de la muerte que le tocó a sus compañeros para ir a morir a los pocos días con los habitantes de aquel pequeño pueblo? Alguien tocó el timbre un día mientras comían, le dijo algo a Nina y la abrazó. Solamente recuperaron esa pequeña maleta que desde siempre habían guardado en la parte más alta del armario: *Lavorare stanca,* los lentes, el capote para el frío de las montañas. La etapa de obsesión por la Resistencia toscana coincidió con su deseo de aprender el mismo instrumento que tocaba Giulio. No importó que Nina y sus profesores intentaran convencerlo de lo contrario. «Vas a tener que restarle horas a tu trabajo con el piano. No es lo que más te conviene.» Qué sabían ellos lo que le convenía. Fueron dos años de sentarse todas las tardes a

abrazar esa madera tibia como lo había hecho él. Seguía tocando el piano, claro. Y tarareando todo el tiempo las obras que estudiaba. El oído estaba cada vez más disciplinado y a Leo todo el día se le volvía música. Cantaba bajito mientras se bañaba, mientras caminaba, mientras esperaba el colectivo que lo llevaba al conservatorio, mientras jugaba canicas –«¡todavía jugabas canicas y usabas pantalones cortos!», se reía Julio al ver las viejas fotos que Nina guardaba en las cajas de rayas blancas y amarillas–. A los doce años, las piernas asomaban por el pantalón, largas y flacas. La digitación era complicada y los sonidos tardaban en ser armónicos. ¿Por qué se le había ocurrido a Giulio aprender chelo? Nunca lo llamaba papá, ni aun en sus relatos más íntimos. «Se lo había dado su abuelo, Leo, y a él le pareció ridículo tenerlo y no saber cómo tocarlo. ¿Quieres que te cuente otra vez la historia?» Claro que quería. No se cansaba nunca de los cuentos de Italia. Nina se los repetía desde que era pequeño. «Y entonces alguien le pagó parte de una deuda a tu abuelo con un violonchelo. Era médico y sus pacientes le llegaban a veces con gallinas o con verduras, ¡hasta un cerdo le dieron alguna vez! Pero ese enfermo al que había ido a ver era diferente. Era el dueño de una librería casi secreta donde a tu abuelo le gustaba pasar un rato por las tardes para mirar las novedades que llegaban de poesía y filosofía. Sus dos grandes pasiones, además de la medicina. Y por supuesto, a jugar una partidita de ajedrez con el viejo Santos. A pesar del nombre, se trataba de un judío llegado a Florencia a principios de siglo. En realidad se llamaba Shlomo pero al llegar a Italia alguien creyó escuchar “Santos”, y así se quedó. ¡Debe ser el único judío de la historia con ese nombre! Santos había llegado a la Toscana de la mano de su hermano gemelo, Menahem, al que los italianos llamaron Miguel Ángel, cuando los dos tenían menos de quince años. El padre había muerto poco tiempo antes y la madre los mandó en un largo viaje a vivir con el tío que hacía mucho se había instalado en Italia.

»Pero tienen que llevar el chelo. “¡Mamá! –protestaron los hermanos– son días y días de viaje.” “Papá siempre dijo que el día que él faltara, el chelo tenía que pasar a su hermano menor.” Familia rara, pensaron los chicos, conservan un instrumento por generaciones y no aprenden a tocarlo. Ya nadie recordaba cómo había llegado a manos de los Wein, pero ellos cumplirían con el deseo paterno de entregarlo al hermano más joven. Cuando Giulio era pequeño la esposa de Santos tuvo una enfermedad muy grave. Tu abuelo le salvó la vida y a cambio el viejo judío le dio el chelo que habían traído tantos años antes de algún lugar de Polonia. Siguiendo la tradición de la familia, ni él ni Menahem habían aprendido a tocarlo.»

Leo no recordaba a ese joven alto y de ojos oscuros que regresaba a la casa después de dar la última clase del día y se sentaba a tocar las sonatas de Bach. «¿Te das cuenta, Nina? Durante siglos nadie supo dónde estaban estas partituras. Lo que ha hecho este catalán es excepcional. ¡Espero aprender algún día algo más que el preludio!» No recordaba que a veces lo sentaba en sus piernas y le contaba cuentos, o se tiraba con él en el piso a jugar con los cochecitos. Sabe que las imágenes que tiene de esa época nacieron con los relatos de Nina. Después intentó reconstruir los pasos que lo llevaron a la muerte, en un pueblecito de la montaña, con *Lavorare stanca* en la maleta y el capote que en agosto no necesitaría. Fue alguna vez a la tumba de Carlo Rosselli, sabía de su asesinato en Francia, leyó *Socialismo liberale* y todas las obras de Pavese. Aprendió la historia de Giustizia e Libertà y de Valerio Bartolozzi, el primer caído de la Resistencia florentina. Estudió los movimientos de la II Brigada Rosselli y podía recitar los nombres de los lugares por los que habían pasado su padre y los compañeros. «A ver, Leo, trae el mapa», le decían Mario o Enzo los domingos, antes de que Nina y Bruna trataran de quitarlos para poner la mesa. «La guerra se fa anche la domenica», les contestaba él con los pantalones cortos y las rodillas raspadas de arrastrarse jugando canicas. Esa obsesión marcó también parte de su adolescencia. «Voy a conseguir un chelo», le dijo una mañana a Nina mientras caminaban por la orilla del río, «quiero aprender a tocarlo». «¿Estás loco? ¿Vas a dejar el piano?» «No, voy a tocar los dos.» Y aunque también sus maestros se empeñaron en disuadirlo, cuando a Leo se le metía algo en la cabeza no había modo de hacerlo cambiar de opinión. Así que empezó a tomar clases de chelo. Con el mismo impulso que había llegado a esa decisión, un par de años después dejó el instrumento, guardó todos los libros y revistas sobre la Resistencia y no volvió a hablar del tema por mucho tiempo.

*

El olor a yodo y a sal funcionaba como un tónico, como un cable que lo conectaba a sí mismo, a su vida. Podría haber escrito como Pavese:

El hombre sólo se levanta cuando el mar todavía
[está a oscuras
y las estrellas vacilan. Una tibieza de aliento
sale de la orilla, donde el mar tiene su cama,
y endulza el respiro. Esta es la hora en la que nada

puede ocurrir.

Era ese el momento en que imaginaba la continuación de la obra en la que estaba trabajando, o se le ocurrían algunos caminos nuevos que podría explorar más adelante, o recordaba de pronto el fragmento de algún poema que le gustaría musicalizar. Jugaba con la idea de un ciclo de canciones. Pero fue entonces cuando el suelo se convirtió en arena movediza y su cuerpo quedó librado al azar de no se sabía qué vientos nacidos del laberinto más interno de sí mismo. Los poemas de Pavese estaban allí una vez más, como desafío, como gesto de complicidad con una sombra que había sido la piel tibia de su padre.

¿Merece la pena que el sol se levante del mar
y comience el largo día? Mañana
volverá el tibio amanecer con la diáfana luz
y será como ayer y nunca nada occurrirá.

Los versos escritos como confinado en el sur le hablaban a Leo de Giulio, claro, pero también quizá le hablaran de sí mismo. Lejos. Solo. Y ahora tambaleante. ¿Vale la pena?

Muy atrás había quedado el viaje desde París con veinte años rumbo a un pueblo cuyo nombre era casi un amuleto: Vinca. Había tantas memorias cruzándose con la suya en ese caserío que era imposible rastrear demasiado. Tantas memorias y ningún recuerdo claro. Una placa en la pared del ayuntamiento decía que en el pueblo habían sido asesinadas más de cien personas. Pueblo de partisanos, aquel de Vinca. Eran los años sesenta y no quedaban casi testigos de aquella época. Los que no habían muerto, habían emigrado hacia el norte. «Como *Rocco y sus hermanos»,* pensó alguna vez Leo cuando vio la película. Desde entonces, siempre que recordaba su paso por el pueblo que –decían– había sido la tumba de su padre, imaginaba los rostros de aquellos migrantes napolitanos, perdidos en las calles de Milán. Éstos fueron los personajes que eligió como cómplices para vivir ese nuevo duelo. Había imaginado tantas veces lo que encontraría al llegar que, si se lo hubieran preguntado, podría haber descrito con todo detalle ese futuro inventado sobre un pasado que nunca pudo asir: su llegada al pueblo, las primeras preguntas al jefe de la estación de trenes, la búsqueda por las calles empedradas de la posada de doña Leonora, donde dicen que llegaban todos a refrescarse después de las larguísimas caminatas, la marca en el cobertizo que por fin le diera un dato certero («Giulio, 9 de agosto de 1943», habría escrito esperando que su hijo pudiera leerlo alguna vez), el

reencuentro con las señas de su padre que le daría Salvatore, el boticario que tantas heridas había curado durante los años oscuros, alguna foto que él mismo conservara de aquella época. «Este muchacho alto, de ojos oscuros, venía de Florencia. Aquí lo llamábamos Nicoló. Seguramente no era ese su nombre verdadero. Le pedíamos que nos leyera los poemas del librito aquel que guardaba con sus cosas. Todavía nosotros no conocíamos a Pavese». El viento frío, el silencio que no logra transformar en nada más que un desierto dentro de sí mismo, la huella de los pasos desgarbados de sus veinte años que naufragaron en una historia que lo excluía. «Aquí no hay nada», decía el telegrama que pocas semanas después le mandó a Nina. Ni estación de tren, ni ninguna posada. Su padre no había grabado ningún mensaje para él en la madera, ni había boticario. Sabía que ella esperaba sus noticias, pero Leo no lograba juntar el ánimo para hablarle del vacío que encontró. Durmió durante todo el viaje de regreso. Como si durante el sueño pudiera hacer desaparecer la sensación de fracaso que le calaba los huesos. Pensaba que iba a poder regalarle a Nina el relato de los últimos días de Giulio. «Aquí no hay nada», escribió en el telegrama. Y se encerró en su música, en el piano, en los libros, en los ejercicios que aquella rígida francesa consideraba imprescindibles para llegar a ser compositor. Escuchaba a Schönberg, a Ligeti. De ahí habían nacido muchas de las obsesiones que había en su obra; de ahí y de la impertinencia desesperada de los años parisinos, de la orfandad redescubierta en un pueblo de la Toscana, del reclamo a un padre que no le había dejado más que una sombra. «Aquí no hay nada», y las partituras eran desafiantes.

«Para enseñar a los suyos tanto silencio.»

*

Pasó por la cocina, tomó una manzana del frutero y volvió a encerrarse en su cuarto. Sobre el escritorio no quedaba ni un solo libro sobre la Resistencia. Tampoco estaban pegados en las paredes los mapas que le había traído Bruna en el último viaje. Lo único que recordaba el furor de los dos años anteriores era el chelo que finalmente su madre había aceptado comprarle y que él había abandonado como todo lo demás que lo vinculaba a Giulio. «No me conviene perder tiempo con otro instrumento», comentó una mañana mientras tomaba el café con leche, restándole importancia a la decisión. Nina se mordió los labios para no pronunciar el famoso «te lo dije» y se contentó con un «¿ah, sí?» discreto. «¡Nina!, ¡Nina! Tienes que escuchar esto.» Leo salió corriendo de su habitación y se paró

frente a la puerta del laboratorio. «Ya salgo. ¡No vayas a abrir!» Desde muy chico, había aprendido a no abrir esa puerta sin permiso. «La primera vez que vio una foto velada entendí por qué, Bauer.» Pero se había convertido en un adolescente bastante atropellado y su entusiasmo solía ser mayor que la disciplina.

–Ya voy.

–Apúrate, vas a ver lo que dice este libro. Ese abuelo era un genio.

–Bisabuelo.

–Bueno, eso. Pero era un genio igual.

*

Cuando Leo perdió el interés por la Brigata Rosselli recordó las historias de Nina. El Nonno Carlo y su padre eran la clave para entender esta nueva pasión.

Escucha esto: «La lectura textual es la más sencilla, pero no la verdadera, que se encuentra oculta en los espacios blancos entre letra y letra, o en una nueva ordenación de las palabras».[7]

Benjamin se había rebelado desde muy joven contra la ortodoxia de su familia. Dejó de ir al templo, dejó de respetar el sabbat, dejó de rezar. Quizá ya ni siquiera creyera en dios. O tal vez hubiera decidido buscarlo por otros caminos. Entró al Istituto di Studi Pratici e di Perfezionamento a estudiar ingeniería. Soñaba con las grandes obras con las que modernizaría la ciudad. Fue alumno de Giuseppe Poggi y era un enamorado del Piazzale Michelangelo. Todas las tardes subía a ver desde allí el atardecer sobre Florencia y pensaba en las obras que él mismo haría. Pero en el camino de ese joven ingeniero se atravesó la filosofía. Así que, sin dejar los planos ni los cálculos, comenzó a leer a Hobbes, a Descartes, a Spinoza, a Giordano Bruno. «"La filosofía y los números", me contaba mi padre» –le decía Nina– y, claro, esas raíces judías que no podía negar, lo llevaron al estudio de la Cábala.

«Escucha esto. Los espacios blancos, Nina. Los silencios. No son sólo las palabras. ¿No buscas tú también algo oculto, algo que no viste a simple vista, cuando revelas las fotos? Las historias que les inventamos a los personajes de las postales, ¿no son una forma de tratar de descifrar lo que parece escondido detrás de las imágenes? ¿Las historias posibles?»

Seguramente no era esa la lectura que le había interesado al ingeniero discípulo de Poggi, pero el adolescente que era Leo en ese momento buscaba desesperadamente un equilibrio entre la realidad y sus secretos. Entre su presente y algún destello del pasado.

«Si combinas los diez *sefirot* con las veintidós letras del alfabeto

hebreo empiezas el camino cabalístico. Pero el verdadero nombre siempre será impronunciable.» No era encontrar a dios lo que realmente le importaba a los catorce años. Quizá sentirse más cerca de alguna de sus raíces, de la historia del viejo Benjamin y su búsqueda en las aulas de la universidad, o simplemente «tener la certeza de que nuestra historia no había empezado la noche de la huida», le contaba Nina a Mercedes una de las primeras veces que se habían visto. La historia, la mística, qué sería lo siguiente. Leo necesitaba construirse un mundo. Un lugar al cual pertenecer. Era todavía otoño; un otoño tibio que les había permitido comer en el jardín. Estaban Bruna, Enzo, Mario, como casi todos los domingos; tal vez Sofía y Marco, y por supuesto ellos tres. Leo daba vueltas inquieto alrededor de su madre. ¿Le contaría después alguna de las dos de qué habían estado hablando? «Leo, mejor toca un rato el piano», le gritó Bruna desde la sala. «Dale que tengo ganas de cantar algo.» Y aunque esa voz ronca aún poblaba sus fantasías, él tenía ese día la cabeza en otro lado. A todos les había gustado esa estudiante de historia de pelo oscuro y piel casi transparente que se reía de manera contagiosa. Cuando llegó Mercedes, Mario le guiñó el ojo a Leo de un modo que lo había hecho sentir incómodo. Tan adulto que era para la música, tan responsable, y tan infantil que parecía caminando sin parar mientras intentaba escuchar algo de la conversación de sus mujeres. «Sus mujeres.» Era la primera vez que lo pensaba y cree que se aterró. Nunca llegó a aprender hebreo, pero leía lo poco que había encontrado sobre la Cábala con la misma fruición con que antes había leído sobre la Resistencia. La idea de lo que estaba oculto, de lo que había que descifrar, era lo que más le atraía de ese extraño relato casi mágico.

–Cuando jugamos con las fotos, Nina, desciframos algo, ¿o no?

–O lo inventamos, Leo. Y si te escuchara un judío religioso decir esas cosas, te prohibirían volver a hablar de la Cábala.

–Pero mira lo que dice: que hay seiscientas mil explicaciones de la Torá, ¡seiscientas mil! Así que puedes combinar las letras y las palabras de infinidad de maneras diferentes. ¿Cómo sabes que lo que cuentas de una foto no es una de esas seiscientas mil formas en que se puede acomodar todo?

–¡Vamos Leo, toca algo!

Finalmente se sentó al piano para tocar esas canciones que cantaban todos juntos desde que él era chico. «Questa mattina me sonno andato. Oh bella ciao, bella ciao, bella ciao ciao ciao…». Miraba de reojo a Mercedes, quien sonreía ante el relato de Nina y cada tanto le dirigía una mirada también a él. Su historia favorita a esa edad era la del *golem*. Ese ser amasado con tierra y agua que cobra vida si se sabe

hacer correctamente el ritual. «*Emet* lleva escrito en la frente. "Verdad" significa, Bauer. Pero si le quitas la primera letra queda *met* que ¿sabes qué significa, Nina? Significa "muerte". ¿No es genial?» Muchos años más tarde le puso música a las *Tres lecciones de tinieblas*. *Alef, Bet, Guimel, Dalet*… Alguien le había regalado el libro de un poeta al que él no conocía. «Buena propuesta», le había respondido la francesa a vuelta de correo tiempo después de que él le mandara una copia de las partituras. Aunque ya era un músico con cierto reconocimiento, no se quedaba tranquilo mientras no recibiera la aprobación de la mujer que le había descubierto los secretos de la composición. «Has logrado volver a tus raíces y combinarlo con lo que tus dos tierras te han dado.» Siguió siendo la primera en recibir sus obras hasta el momento en que murió, muy mayor ya y prácticamente ciega, pero conservando intacto el oído privilegiado con el que había nacido. «Casa, lugar, habitación, morada: empieza así la oscura narración de los tiempos: para que algo tenga duración, fulguración, presencia: casa, lugar, habitación, memoria: se hace mano lo cóncavo y centro la extensión: sobre las aguas: ven sobre las aguas: dales nombre: para que lo que no está esté, se fije y sea estar, estancia, cuerpo: el hálito fecunda al humus: se despiertan, como de sí, las formas: yo reconozco a tientas mi morada.»[8] «Reconozco a tientas mi morada», repetía la voz de la contralto.

¿Qué es lo que de verdad aparece cuando se sienta frente al papel pautado y los lápices afilados? ¿Qué se insinúa? ¿Qué movimientos tapan y destapan recuerdos, sonidos, deseos? El perro se estiró disfrutando del poco sol que a esta hora entra por la ventana. Ese perro amarillo que un día comenzó a seguirlo en la playa. Era todavía cachorro cuando apareció. Preguntó en el pueblo si alguien lo conocía. Aparentemente no era de nadie. Surgió de la nada. ¿Y su música? ¿De dónde? «Ahora sí estoy hecho un viejo solitario», pensó mientras le servía agua. «El perro completa el cuadro», se dijo divertido. ¿Y su música? Encontrar el sonido que surge del silencio más profundo. Por eso había dejado su vida en la ciudad. Las clases. Los ensayos. Las reuniones. Todo le parecía una larga y tediosa interferencia en la búsqueda de su propio silencio. O de su propio sonido. Miró la playa. El agua tenía el plomizo color de las tormentas. A pesar de que algo de sol entraba por la ventana.



Y una canción de cuna se vuelve marcha fúnebre. Lejos está el

abuelo que se balanceaba sabiendo que sólo las veintidós letras salvan al universo. Y sin embargo vuelve siempre en el tercer movimiento. ¿Qué recuerdos, qué sonidos, qué deseos? Y un poco de ironía que se cuela entre las notas. Ironía en una marcha fúnebre. Por eso le gustaba tanto ese campanero transformado. La respiración del perro. El mar plomizo. El abuelo que se balancea. El primer acorde es el que más le cuesta. Es al que más le exige. ¿De dónde surge? ¿Qué es lo que de verdad aparece? Imágenes, voces. La playa desierta y el ritmo del viento contra sus oídos.

*

«Viajar me provoca, cada vez más, sensaciones ambiguas, Bauer.» El viejo lutier lo escucha como lo ha hecho durante los últimos meses, con esa complicidad que sólo pueden dar días y días de compartir con otro los propios silencios. También para Bauer salir de casa o, mejor dicho, dejar el taller durante un tiempo puede convertirse en algo complicado. El problema era sobre todo cuando los hijos eran chicos. «¡Dale, papá, vamos a la playa!» Y él aceptaba a regañadientes: mandaba afinar el auto, ponía el equipaje con cuidado sobre el techo («¿de verdad, tucumana, tenemos que llevar tantas cosas?») y arrancaban por la ruta 2 rumbo a la costa. «Nunca llegué a aquel lugar remoto en el que vives tú. Ni llegaré; de eso estoy seguro. Pero la alegría de los chicos en el mar bien valía el esfuerzo. Todos los años era lo mismo. Mira, ésta es una de las fotos que más me gusta de aquella época: aunque están de espaldas –o quizá por eso– parecen casi una parte del paisaje, ¿no? A lo mejor es porque sé que antes de detenerse en ese lugar frente a la escollera, corrían y pateaban el agua que quedaba en la orilla. Todavía Tomás era un poco más bajo que ella. Debían de tener unos diez y doce años. Eran dos cachorros. Juguetones, divertidos. Lo increíble de ese momento fue que se quedaron quietos de pronto frente a esa vieja estructura de hierro y cemento en la que rompían las olas salpicando hasta donde estaban ellos. Ni siquiera se dieron cuenta cuando saqué la cámara. Habían caído en un pozo de silencio. Hay núcleos del silencio. ¿No te parece, pibe? Un poco como sucede con los agujeros negros en el espacio, que la materia está tan concentrada que no permite que la luz escape. Creo que algo así debe pasar con el ruido en determinados lugares o en ciertos momentos: la concentración de sonidos es tan grande que se provoca un silencio abismal.» Leo pensó que por primera vez alguien le ponía palabras a lo que él buscaba. «¿Quién iba a imaginar lo que vino después? A lo mejor por eso no me gusta moverme del taller.

Pero la verdad es que me pasa desde siempre. "Tranquilo, Perico", me decía Pilar. Ella me llamó Perico desde el principio. "¿Peter es Pedro, no? Pues para mí serás Perico."» Habían pasado más de treinta años desde aquella tarde en que él leía el diario en una de las bancas de la plaza y vio acercarse a una morocha hermosa. «Ya te estás poniendo nervioso. No pasa nada si cierras unos días. Tus clientes no te van a abandonar.» Pero él no podía dejar de pensar en los instrumentos a medio hacer que lo estaban esperando. En la viola a la que el rubio Hahn todavía no se acostumbraba y le dejaba a Bauer cada semana para que le hiciera algún nuevo ajuste. En el chelo que le habían encargado los del conservatorio y que había que barnizar pronto. «Tranquilo, alguno de tus ayudantes se ocupará, ¿no?» «¿De dónde había sacado ella que alguien más podía hacer su trabajo? Los ayudantes son ayudantes nomás, no pueden hacer lo que no les corresponde. "Si quieren se quedan ustedes acá y yo me vuelvo a la ciudad." Siempre amenazaba pero no lo hacía. Seguía protestando el resto de las vacaciones. La tucumana me tenía una paciencia a toda prueba. "Todavía la tengo, Perico, todavía…"» «¿Es jueves hoy? Pensé que era miércoles», comentó Leo al ver entrar a Pilar al taller esa tarde. El pañuelo blanco todavía en el cuello y esos surcos profundos que le cruzaban la cara. Diecisiete años tenía Anna cuando se la llevaron. En la foto, él es todavía un poco más bajo que ella. Le faltaba un par de años para dar el estirón. El cambio fue cuando entró a la secundaria. Le dio hepatitis y después de un mes de estar en cama se levantó con diez centímetros más que al comienzo de la enfermedad. «¡Para, tucumana, no exageres! Pero es cierto que ahora tiene casi la misma altura que en ese momento de sus trece años.» Leo mira las dos melenas rubionas de los chicos que están de espaldas. La de ella apenas un poco más oscura. «Linda mezcla la de ustedes dos, ¿eh?» Bauer abraza a su mujer, que se sonroja. Y él siente en el pecho la ausencia de Julio. De pronto aparece. Es como un hueco. Que vuelva a ser chico, eso quisiera. Llevarlo de la mano a la escuela. Comprarle figuritas en el quiosco. Sentarse con él a leer el diario en el café de la plaza cualquier sábado a la mañana. Pero Julio está. Aunque sea al otro lado del océano está, vive, tiene una mujer, una hija que ya camina y una cámara que lo acompaña a todos lados. Tiene un teléfono al que él llama cuando necesita escucharlo. Aunque no tenga nada especial que decirle. «¿Pasa algo, viejo?» «No, no, quédate tranquilo. Quería saber cómo andabas.» Está, como está Tomás para Bauer, aunque se haya quedado en Sao Paulo y no vuelva casi nunca. La tucumana viaja un par de veces al año a verlo. «Un día de estos se me va a quedar por allá.» «No te voy a dar el gusto, Perico. No te

hagas ilusiones. Ahora me voy que se me está haciendo tarde.» Tiene en la mano otra foto de Anna: la de una adolescente que sonríe. «¿Qué me ibas a decir de los viajes, pibe?»

*

La lluvia golpeaba los vidrios con fuerza. A la distancia podía verse un mar oscuro, embravecido. El perro amarillo había regresado empapado de su salida matutina y decidió secarse sobre el sillón favorito de Leo. «Éste sí que se ha apropiado de la casa. Ya no sé quién adoptó a quién.» Una vez más Leo se sentó al piano con la hilera de lápices afilados y el papel pautado al frente; y una vez más miró aterrado el abismo que se abría entre él y el instrumento, entre lo que sentía y la imposibilidad de convertirlo en música. ¿De verdad sentía algo más allá del miedo? No era una cuestión de técnica. O no solamente. Recordó el modo en que disfrutaba incluso los ejercicios más tediosos cuando era chico. Era eso: tenía que recuperar su capacidad de juego. Más allá de las telarañas que en ese momento le cubrían la cabeza. Más allá del sabor a herrumbre que sentía en la boca. Le debía a Nina ese acercamiento a la disciplina, tan pesada, tan exigente, sobre todo para alguien que no levanta más de un metro del suelo. Ella creía, como los orientales, que la técnica no es lo que nos permite llegar a algo, sino que es un camino en sí misma, y que cuanto más placentera resulte, más lejos nos llevará. «No fue fácil encontrar un profesor de piano que compartiera esta idea tan poco frecuente en el mundo de los músicos, Bauer. Alguien que sintiera que cada tono tocado podía ser a la vez una exploración de la técnica y una expresión total de quién era yo entonces, un niño con el habla recién recuperada. Seguramente de ahí venían la alegría y el entusiasmo que ella misma puso siempre en su propio trabajo. A pesar del dolor que la había acompañado toda la vida. El silencio en el que estoy ahora hundido es una traición a las enseñanzas de Nina.» «Tu madre, por supuesto, tenía razón –Bauer trataba de ensamblar las dos partes de madera de abeto con las que estaba armando la tapa de una viola–. Por más expertos que nos volvamos, necesitamos reaprender constantemente a tocar con el arco del principiante, con la respiración del principiante, con el cuerpo del principiante. Así recuperamos la inocencia, la curiosidad, el deseo que nos impulsaron a tocar en un comienzo. Como lo que te sucede ahora, intentando fabricar un chelo. ¿No sientes que las horas se te pasan sin que te des cuenta? Has entrado en el juego.» Leo sabía eso de otros momentos de su vida, claro. La sorpresa y la alegría, flotar lejos de la realidad. No importaba

si estaba en una sala de conciertos frente a cientos de personas o en casa con el perro como único público. Pero eso se había terminado. ¿De qué estaba hecho ese bloque dentro del cual ya no vislumbraba nada? ¿Ese bloque que el vértigo y sus muertos le habían legado? Se sentía esculpiendo el vacío. No había nada más allá del tiempo y el silencio. Pero Bauer tenía razón: el trabajo meticuloso con las gubias, con las prensas, con las herramientas con las que iba dándole forma a ese chelo le hacían olvidar de a ratos la moneda en la tráquea, los dedos que le pesaban sobre el teclado, el camino bloqueado hacia la música. Le hacían olvidar al hombre sentado junto a su maleta de la última foto de Julio. Ese personaje de Pessoa o de un aguafuerte de Arlt. Ese personaje que podría haber sido Giulio. ¿Podría haber sido Giulio? Cuando era chico pensaba muchas veces en la aparición repentina de su padre. ¿Y si no hubiera muerto? Su nombre no estaba en el monumento que habían levantado en el pueblo. «Iba clandestino, Leo, por eso no está.» La explicación era muy poco convincente y quizá los otros, los que habían ido, los que se lo contaban, no habían mirado bien, no habían buscado con el suficiente detenimiento en esa larga lista. «Florentino», le respondió a la maestra, por primera vez en su vida en italiano. Ya no era el tano raro que prefería tocar el piano en lugar de jugar al futbol, y al que los chicos del barrio miraban con un poco de desconfianza. Fue entonces, ahí mismo, mientras estaba a punto de tocar la obra que haría que ella, la más exigente de las profesoras de composición, la mujer que ya era un mito cuando él llegó a París, lo aceptara o no como alumno, ahí mismo, en ese instante recuperó una de sus fijaciones de la infancia: hacer el camino que había hecho su padre ese agosto en que el destino le había regalado unos días de gracia. Mientras surgían las notas creadas por Schönberg, él imaginaba el viaje. La noche en el tren fue helada. Leo había llevado apenas un abrigo ligero y se arrebujó en el asiento del vagón de tercera en el que viajaba. Frente a él, una mujer les dio un par de mantas a sus hijos, un niño y una niña de no más de seis años. Una italiana de pañuelo en la cabeza y caderas anchas que lo hicieron soñar con acomodar él también su cabeza en ellas. «Toma, me sobra una», le dijo. Y no «ven, acuéstate aquí conmigo», como fantaseaba Leo, pero en todo caso la cobija le venía muy bien. Le gustaba, cómo no le iba a gustar. Era joven, hablaba la lengua de su infancia y tenía las caderas del tamaño justo de las que habían alimentado sus fantasías adolescentes. «Siempre te gustaron caderonas», se reía Mercedes un tiempo después, cuando él le contó una parte de su «aventura» del tren, la que podía contarle. Y se besaban con la ansiedad de quienes llevaban separados más de lo deseado. «A lo

mejor me recordaba a ti.» A Mercedes la había conocido en el café de la esquina del conservatorio. Ese día ella llevaba una blusa azul y una falda gris. Y por supuesto los infaltables mocasines. «¿Cómo te acuerdas de eso?» «¿Puedo?», dijo tímidamente Leo con la taza en una mano y un plato con una medialuna en la otra. Nunca había hecho algo así, pero esa chica tenía algo que le daba confianza. Era como acercarse a alguien conocido aunque nunca la hubiera visto antes. Además no había ninguna mesa libre. «Estoy esperando a una amiga». «Ah, perdón». Pero el gesto de alejarse quedó detenido cuando ella le dijo. «Va a tardar todavía un rato. Quedamos a las siete. Si quieres siéntate». El café estaba lleno como todos los días a la salida de las clases. Dos chicos más también les pidieron compartir la mesa, pero charlaban entre ellos, así que dejaban el campo libre para el acercamiento de Leo. «¿Quieres?», y le acercó el plato con la medialuna. Mercedes sonrió y él con sus dieciocho años y ninguna mujer en su haber, sintió que ésa era la sonrisa que había estado buscando.

–¿Qué estudias?

–Historia.

–¿Historia? Qué raro por aquí una estudiante de historia. Pensé que eras del conservatorio.

–Te dije que quedé de verme con una amiga.

«Te venía bien una mujer que se dedicara a otra cosa, pibe. Es difícil convivir con alguien tan neurótico como un músico», le decía Bauer divertido, «pero dos juntos, ¡no hay quien los aguante!».

En el tren no pensó en Mercedes. Pensaba en la tibieza del vientre de esa mujer. Ella iba a visitar a los padres al pueblo; «al *paese»,* decía. Y Leo miraba cómo la lengua giraba dentro de la boca y acariciaba las palabras. Hacía mucho que trabajaba en Francia y por fin los abuelos podrían conocer a los nietos. Charlaron casi toda la noche. Bajito para no despertar a los chicos. Antes del amanecer él la siguió al baño. Ella había dejado la puerta sin seguro y lo esperaba. «Como en una película, Bauer.» Hicieron el amor con la urgencia de los veinte años, dos niños en el asiento y un tren en marcha. «Te reencontraste con la patria», y la ceniza del cigarro del lutier seguía el movimiento de la boca en equilibrio inestable. «¡Qué épico, Bauer!» El comentario de Leo salió entre carcajadas. «¿Y eso también se lo contaste a Mercedes?» A lo mejor no eran las gubias, ni las prensas ni las otras herramientas sino estas charlas que iban de la intrascendencia a las confesiones, con largos silencios en el medio, lo que hacía que se sintiera bien en ese viejo departamento que en ese momento aparecía teñido por la luz del atardecer.

*

Cada una tenía su forma de ir descubriendo el mundo –que de eso se trata empezar a vivir– y la compartíamos, claro. Como compartíamos los libros que leíamos, el amor por algunos poetas. «Llora en mi corazón / como llueve en la ciudad.»[9] ¿Te acuerdas de la dedicatoria que te puso en el ejemplar que te regaló? La emocionaba ir mostrándote ese mundo. Nuestro mundo. «Ojalá, Leo de mi vida, disfrutes estos versos tanto como los disfrutaron los jóvenes de mi generación.» Fue una Navidad. ¿Cuántos años tenías? ¿Dieciséis? A esa edad leíamos con pasión a Verlaine, a Rimbaud, a Valéry, a Leopardi, a Marinetti. ¡Y qué memoria tenía! Era capaz de recitar no sé cuántos versos de un tirón. A ti te divertía mucho cuando eras chico ir siguiendo en el libro las palabras que tu mamá recitaba. ¿No se equivocaría nunca? Y no, no se equivocaba. De pronto un titubeo leve y ahí estaba otra vez el torrente de versos: «Il pleure sans raison / Dans ce coeur qui s'écoeure». En una época nos pusimos como tarea aprender por lo menos un poema a la semana. Lo que empezó como un juego terminó convirtiéndose en algo serio: era como si las palabras pudieran darnos la seguridad que la vida nos escondía. Fue cuando tu abuelo empezó a recibir amenazas en la universidad. Una tarde, Nina me contó algo de lo que estaba pasando con su padre porque se negó a jurar lealtad al régimen. Todavía no se habían promulgado las leyes raciales, pero ya el ambiente se sentía tenso. Carlo Segre era un científico conocido y seguramente eso contribuyó a que se ensañaran más con él. Le impidieron dar la mayor parte de sus clases, seguir publicando en el periódico e incluso le hacían problema para dejarlo entrar en la biblioteca. ¡Imagínate! Claro que eso no fue nada comparado con lo que vendría. Pero cómo podíamos suponerlo. Un grupo de estudiantes con el que trabajaba desde hacía un tiempo le organizó un seminario por fuera de la universidad. Era un modo de apoyarlo, sobre todo anímicamente; en lo económico no era mucho lo que podían hacer. Algunas tardes, al salir del colegio, Nina y yo pasábamos por él. Casi siempre se juntaban en un café cerca del río. No le gustaba que se le notara la tristeza; era un optimista a toda prueba y, por supuesto, jamás hubiera permitido que su hija lo viera derrotado. El mismo optimismo militante de tu madre. Quien encabezaba el grupo de apoyo a Carlo era un chico alto y moreno, quizás un poco mayor que los demás. Había sido su alumno un par de años antes y en ese momento era uno de los profesores asistentes más destacados de la carrera de matemáticas. Tenía unas hermosas cejas oscuras y la mirada más penetrante que puedas imaginarte. Era Giulio, claro. Tu abuelo lo adoraba. Y tu mamá se ponía tan nerviosa cuando lo veía que no se atrevía a decir una palabra. Físicamente se parecía mucho a ti, pero sobre todo a tu Julio. Es increíble. El mismo color de piel, el mismo modo de enarcar las cejas al hacer una pregunta.

Supongo que él apenas reparaba en nosotras. Éramos dos adolescentes y debíamos parecerle bastante tontas. Pero uno de los días en que fuimos a buscar a tu abuelo lo encontramos con una absoluta expresión de desconsuelo. Nunca lo habíamos visto tan mal. Se había desmayado, nos contaron, y acababa de volver en sí. Los estudiantes ya se habían ido cuando empezó a sentir escalofríos y no recuerda qué más pasó. Por suerte Giulio estaba con él. Fuimos juntos al hospital. Las horas de espera mientras le hacían los estudios me resultaron eternas. Pero creo que a Nina y a Giulio no tanto. Empezaron hablando de Carlo, luego de la situación política y de lo que eso lo afectaba, de la organización fundada por Carlo Rosselli en la que también Giulio participaba, y se siguieron con literatura, con los pintores renacentistas y con una de las grandes pasiones de tu padre, la música. Después de un rato ya estaban haciéndose confi y yo oía reír a tu madre, a pesar de lo angustioso de la situación, como pocas veces en la vida. Más allá de las coincidencias de todo tipo que tenían o que querían tener (así es, Piccolo, como tú lo sabes bien: construimos o inventamos muchas veces un lenguaje común y hasta una memoria compartida con la persona que amamos), lo más maravilloso de esa relación era ver lo bien que la pasaban juntos, cómo se divertían. Nina ganó tanto aplomo con él, se le veía tan bien, tan contenta… Si no hubiera sido así, no sé cómo hubiera sobrevivido al horror del año 38. Acuérdate lo que signifi tuvo que dejar la escuela pocos meses antes de terminarla y olvidarse de continuar con sus estudios.

*

«Ree-Mií-Fa Mí Ree / Ree-Mií-Fa Mí Ree», el contrabajo entra con sordina. Dicen que es una burla. Un entierro fársico.



¿La muerte como farsa? Adiós a la infancia. «Au revoir les enfants». *Kindertotenlieder* escritos antes del espanto. Borrar. Borrar. Abrazar a Julio. Ahora. No importa que los años pasen. Está el miedo. Siempre. «No podría haber escrito esto después de lo que le sucedió a Putzi», dijo Mahler alguna vez. «Ahora entiendo por qué lanzas / tan oscuras llamas hacia mí.» «Vulgar», opinaron las buenas conciencias de la época. «Ree-Mií-Fa Mí Ree / Ree-Mií-Fa Mí Ree.» Mejor quitar las flores. Fuera *Bluminen*. «Obra degenerada», opinaron más tarde. ¿Conversión? ¡Imposible! Se es o no se es. Vuelva el pequeño Gustav a la lectura de derecha a izquierda. Se es o no se es. Pero ¿una marcha fúnebre a los cinco años? Adiós a la infancia. Mudo. Me quedé sin palabras. Entró y nos abrazó fuerte. Cuentos. Cuentos. No pensó en mí. Se llevó su rostro. Quedó la sombra. «Ree-Mií-Fa Mí Ree / ReeMií-Fa Mí Ree». Tres veces extranjero. Cuatro flautas (tercera y cuarta dobladas por flautines). Cuatro oboes (tercero doblado por corno inglés). Cuatro clarinetes (tercero doblado por clarinete bajo). Tres fagots (contrafagots). ¿Extranjero? «Andando, váyase de una vez. Suba a un barco. Aquí se es o no se es. No hay cambio de traje.» Una de las seiscientas mil posibilidades. De derecha a izquierda. Hubo un bisabuelo que se balanceaba. Yo camino por la playa. No hablo. No escucho.

*

Componer para llegar al silencio. Sabía que era casi un contrasentido lo que se proponía. Y sin embargo había algo de eso desde siempre en su propuesta. Algo que buscaba el silencio en sus partituras. «Fuga en Mí menor.» Le gustó. Si algún día escribiera sus memorias, ése sería el título que les pondría. «Fuga en Mí menor.» Una fuga que había convertido en real el día que decidió dejar la ciudad e instalarse en esta playa helada. Mercedes tenía un poco de razón cuando se lo decía. Él por supuesto lo negaba. La idea de fuga tenía algo de huida que no quería reconocer frente a ella. Llevaban

algún tiempo separados cuando él se instaló en ese caserío frente al mar, pero seguían manteniendo una relación casi tan cercana como cuando estaban juntos. O mejor dicho: la relación se volvió mucho mejor. Estaba claro que cada uno necesitaba su propio espacio. Y a él la convivencia sólo se le antojaba de a ratos. Mercedes era su cómplice más cercana. Se conocían desde la adolescencia y desde entonces había sido así. Les gustaba compartir las mismas cosas. Una buena película. Preparar juntos la cena. Algún viaje cada tanto. Y dormir abrazados, claro. Pero el resto del tiempo necesitaban soledad. O por lo menos él la necesitaba. «Pero si estás todo el día aquí solo. ¿Qué más quieres?», le preguntaba ella cuando él empezó a insinuar su deseo de separase. Julio se había ido. Cada tanto mandaba una foto, como guiño cómplice. Leo quería explicarle a Mercedes que su cuerpo, el de ella, seguía siendo el lugar que él prefería en el mundo. ¿Pero cómo encontrar el silencio dentro de sí si no se aislaba, si no cortaba con esa cotidianeidad demasiado ruidosa, demasiado hablada? ¿Si no se fugaba?

*

Tiene dos obsesiones. No son quizá las obras que prefiere, pero son las que lo han acompañado a lo largo de los años. La *Suite número 1 para chelo*. La ha escuchado miles de veces. La ha estudiado. Desentrañado. Disfrutado y odiado. Desde que Nina empezaba con ella las mañanas de los sábados de su infancia. Tal vez como modo de compartir con Giulio algo de su nueva vida. Siempre era Bach al principio. Él prefería las canciones italianas. Pero ésas no las ponía Nina casi nunca. Eran las suites para chelo las que marcaban sus fines de semana. Mientras tomaba el café con leche y comía una tostada con manteca y azúcar. Después salían a recorrer esa ciudad que los había recibido en una lengua distinta –Nina con su Leica al cuello–, a tratar de apropiarse de las luces y las sombras, de los ríos y los árboles que eran ahora su paisaje. Una pequeña libreta, la cámara y las calles que los esperaban. Él descubría después en las imágenes de Nina lo que no había visto cuando caminaban. Así aprendió a mirar. A distinguir los brillos sobre el agua. A encontrar el punto exacto en que la luz se quiebra en un rostro. La *Suite número 1*. Hubiera querido tener el arco de cerdas negras que usaba Giulio. Con el que tocaba el preludio cuando regresaba en las tardes. Con caja de abeto. Como el que él tenía cortado ya sobre la mesa y al que acariciaba cada tanto. Algún alumno le regaló una foto de Vedran Smailovic´ tocando en las ruinas de la Biblioteca Nacional de Sarajevo. Piensa en su padre cuando la

mira. En las ruinas que lo rodearon. A veces llega a creer que así era su rostro. La *Suite en Sol mayor*. Prefería la notación latina. La del monje de Friuli. «*Ut* queant laxis / *Re*sonare fibris / *Mi*ra gestorum / *Fa*muli tuorum / *Sol*ve polluti / *La*bii reatum / *S*ancte *I*oannes.» Se había quedado sin palabras. Pero estaba la música. Se sentaba mirando el jardín en el que tantos años después habría un roble de hojas rojas en el otoño y una azalea que plantó solo la tarde en que enterró a Nina. Alguien les vendió un piano vertical. Fue su primer instrumento. Todavía está en la sala de la casa, en ese barrio donde los chicos siguen jugando a la pelota en la calle. Cómo envidiaba esa fraternidad hecha de sudor y tiros al arco. Pero estaba la música. Había perdido las palabras. Fueron a un concierto. Eso sí lo recuerda. O recuerda el relato de Nina. «¿Te gustaría tocar, Leo?» La clave de *sol* y las notas que respondían a sus dedos de niño. «Para que puedan cantar.» Dos obsesiones. Las suites para chelo y el tercer movimiento de la sinfonía *Titán*. La canción de cuna que se vuelve marcha fúnebre.



La sangre judía de Mahler deja una pequeña marca irónica. Sabe que esas notas están dentro de sí cuando se sienta frente al papel pautado.

Como el abuelo aquel que vestido de negro se balanceaba con la certeza de que veintidós letras salvarían al universo. Lo que ha vivido. Lo que han vivido otros. Todo está como marca en su piel. En la música que durante años ha salido de sus dedos, de sus teclas, de su cuerpo. «Para que puedan cantar.» Ahora necesita el silencio. El silencio de la playa. De sus caminatas con el viento frío que le golpea la cara. O el sonido del mar. Se había quedado sin palabras. Con las miradas que vienen de afuera. Temprano era Bach, cada sábado, y después salían a recorrer esa ciudad que los había recibido en una lengua distinta. Con otros perfumes, con otra cadencia. A veces se quedaban en un solo lugar mirando cómo cambiaba la luz en ese río tan ancho que parecía mar. Otras, caminaban y caminaban, jugaban a aprender de memoria los nombres de las calles, los recorridos de los colectivos, los colores de las esquinas que iban conociendo. «Un almacén rosado como revés de naipe.» Dos obsesiones: la *Suite número 1* y el *Fra Martino* vuelto marcha fúnebre. Como desafío. La fiesta del dolor. Se sentaba mirando el jardín en el que ahora hay un roble de hojas rojas en el otoño («como el de Via dell'Oriuolo», decía Nina) y una azalea. Había perdido las palabras la noche en que Nina lo llevaba

en brazos y el viento frío le daba en la cara. Tenía poco más de dos años y no recordaba casi nada. La foto de Vedran Smailovic´ le hacía pensar en Giulio. En ese padre del que no conocía más que la sombra proyectada sobre la imagen de una muchacha de sonrisa abierta y blusa blanca.

Algún antepasado nuestro debió estar muy solo
–un gran hombre entre idiotas o un pobre loco–
para enseñar a los suyos tanto silencio.

En la Biblioteca Nacional de Sarajevo destruida por las bombas, Vedran Smailovic´ toca el chelo. Encontrar lo que esconden los silencios. Hubiera querido tener el arco de cerdas negras que usaba Giulio cuando regresaba de la universidad y se sentaba a tocar en la sala de la casa. Para olvidarse de los uniformes que habían ocupado su ciudad. Para recuperar el aliento que le permitiera seguir encontrándose con sus compañeros. Para volver a ser él mismo y redescubrir el perfume a naranjas de la piel de Nina. El chelo de madera de abeto como la que él tenía cortada ya sobre la mesa. Descubrió el trabajo del lutier y ahora acariciaba la madera que habían elegido juntos. En pocos días podrían empezar a pegar las distintas partes. Pau Casals encontró las partituras que habían sido transcritas por Anna Magdalena. Hay quien dice que ella misma escribió varias de las piezas. «La primera grabación», le decía Giulio a Nina. «Escúchala, la hizo un español, un republicano.» Era la misma de los fines de semana de su infancia. Había perdido las palabras. Pero estaba la música. El perro amarillo se estira disfrutando del sol que entra por la ventana.

*

Fue varios años después de la llegada del compañero aquel que trajo la pequeña maleta que Leo se acercó a Pavese. Si ése era el libro que su padre había elegido para llevar consigo, quizá le diera alguna pista, algún dato más sobre la sombra cuyo rostro había perdido al comienzo de la infancia. «Eran los primeros días de agosto», le contaba Nina, «de un verano extraño, con mucho viento y lluvia, hasta frío hacía algunas noches; pero finalmente ese día había amanecido soleado y yo quería llevarte a jugar cerca del río». Leo pensó en tantas caminatas a la orilla de este otro río, el de esta ciudad en la que él había crecido bajo el halo de una sombra. Su padre había sido un héroe. Eso era lo que sabía. Eso era lo que le decían Mario y Enzo

cuando desplegaban los mapas y le mostraban los recorridos de los partisanos. «Insorgere! Resorgere!» Y eso repetía él en el colegio cuando alguien lo miraba con burla, con extrañeza o con algo de conmiseración. «Huérfano» no era una palabra que sintiera como propia. Estaba Nina, estaban las reuniones de los domingos, el piano que él tocaba mientras Bruna o alguien más cantaba, las fotos y el juego de inventarles historias… «Mi papá fue un héroe», les decía a sus amigos y repetía entonces, con lujo de detalles, lo que le habían contado. «Llegó a Vinca unos días antes de la entrada de los nazis. Él no sabía que casi todos sus compañeros ya habían sido fusilados en Tre Pini…» Veía siempre las imágenes de sus propios relatos en blanco y negro, como las películas de guerra que daban en el cine Splendid. Le daba vergüenza reconocer que a veces imaginaba a Giulio con el rostro de Humphrey Bogart o de algún otro actor de Hollywood. Era mejor eso que la sombra que aparecía junto a Nina en un lejanísimo paseo por el Giardino di Boboli. «Voy a bajar la maleta», anunció al llegar un día del colegio cuando apenas estaba entrando en la adolescencia. Era algo que habían hecho los dos juntos un par de veces, nada más. A pesar de eso tenía grabado el olor que desprendía el capote: a humo, a pasto, a encierro. Y tal vez un dejo a tabaco de la colonia que Nina le había contado que le gustaba. Había algo de duelo, de ceremonia dolorosa, en volver a tocar lo último que habían sentido las manos de su padre. «Leo, acércate. ¿Qué te pusiste?» «¿Huele parecido a la colonia de Giulio?» Había pasado un largo rato en el departamento de hombres de Gath & Chaves frente a las decenas de frascos que una vendedora le iba mostrando encantada con ese chico alto y flaco que lo único que quería era encontrar una colonia que recordara al tabaco. Nina lo abrazó hundiendo la cara en el pelo oscuro. «¿Me ayudas?», preguntó mientras llevaba uno de los bancos de la cocina para poder llegar a la parte más alta del armario. Pero cuando su madre salió del cuarto oscuro, él ya había abierto la valija sobre la cama y hojeaba el libro de Pavese. «Antes de que saliéramos de casa, escuché que alguien subía por la escalera. A Giulio no le gustaba usar el elevador. "¡Pero si vivimos en el segundo piso!", me decía en tono burlón. Después escuché las llaves y ya no tuve dudas. El terciopelo raído del asiento. Ya no existían elevadores con asientos. Como si fuéramos a hacer un largo viaje. La madera oscura. El olor de la cera. Había perdido el olor de la cera. Esa tarde lo enviaban a Vinca. Hacía falta un voluntario para entregarles unos documentos a los compañeros de aquella zona. Tomó el libro de Pavese y nos abrazó. "Voy a pasar varias noches solo. Mejor tener a mano un poco de poesía." Y salió. Hacía poco tiempo que uno de los amigos de la

universidad nos había traído de Milán *Lavorare stanca*. Leíamos una y otra vez los textos de este poeta nuevo del que sabíamos muy poco. ¿Sabes qué fue extraño? Que al llegar al primer piso decidiera regresar. Yo terminaba de cerrar la puerta cuando me di cuenta de que volvía a subir. Nos abrazó a los dos –ahora en silencio– y bajó corriendo. Me asomé a la ventana para verlo dar la vuelta por la Via Fiesolana.»

«Voy a bajar la maleta», gritó Leo al entrar. El capote seguía doblado y oliendo a encierro, a humo, a pasto. Los lentes. El libro. Aprendió de memoria los primeros poemas. Se los repetía antes de dormir y cree que a veces también en sueños.

*

El libro estaba subrayado de manera muy suave con lápiz. Giulio siempre los marcaba así. Una línea que, después de tantos años, apenas se veía debajo de algunas de los versos. O una pequeña llamada en el margen. «La poesía no nace de la normalidad de nuestras ocupaciones, sino de los instantes en que alzamos la cabeza y descubrimos con estupor la vida», había escrito Pavese. Taciturno, melancólico, algo arisco, se mató en un hotel de Turín. Había estado confinado en el sur. Dicen que por amor. Luego llegó la guerra. Estudiaba. Escribía. Traducía. Llegó la guerra y se refugió en la casa familiar, mientras en el frente, en las montañas, en los caseríos, los jóvenes morían. Se acostó en la cama del hotel Roma de Turín y tomó casi veinte sobres de somnífero. Iba a cumplir cuarenta y dos años. En las colinas de las Langhe había imaginado los muertos de la guerra. Su falta de compromiso. Sus fracasos amorosos. «Todo esto da asco. Basta de palabras», escribió la noche de su suicidio. Hay quien habla de sacrificio.

Seguir las oraciones subrayadas por Giulio era como explorar un mapa de la lectura que había hecho hacía más de cincuenta años. Era más fácil seguir esas huellas que las de los montes toscanos. No encontró su nombre en el monumento de Vinca. Ése que recuerda a cada una de las más de cien víctimas. «Mencionarlos a todos por su nombre», había escrito Ana Ajmátova. Pero no estaban todos. Faltaba el de su padre. Le mandó un telegrama a Nina. «Aquí no hay nada.» Pensó agregar «tampoco». Ni en la foto, ni en su memoria ni en el pueblo donde lo habían fusilado. «Déjalo, Leo. Déjalo ir ya.» Él miró el pueblo, ese caserío colgado en las montañas y quiso grabarlo dentro de sí para siempre. El último paisaje que había visto su padre. «Sotto, scura la terra si bagna di sangue.» Cuando trata de recordarlo aparece

mezclada la tristeza de esa ausencia con la piel tibia de la italiana del tren. La de los dos niños que dormían y la lengua que lo hacía soñar. Había sido un viaje de iniciación y cierre. Las colinas que comienzan en el verde y terminan en la resequedad oscura de las piedras. Tenía veinte años y un piano que lo esperaba en el conservatorio de París. Lejos de todo, pero con una sombra que estaba siempre consigo. «¿Italiano?», le había preguntado la profesora. Y él, que no recordaba de su lugar de origen más que lo que le contaba Nina, había respondido por primera vez en la vida: «florentino». «El recuerdo será como una llama / que aun hasta ayer mordía los apagados ojos.»[10]

*

Dos cosas sostuvieron a Nina en esa época: Giulio y la fotografía. Cuando cumplió quince años tu abuelo le regaló una cámara. No sé bien de dónde le vino la idea ni dónde la consiguió, pero llegó ese 5 de febrero con una Leica traída de Alemania. Nina me dio toda la explicación: que si Max Berek y su diseño del objetivo, que si la posición Zeit, que si la montura de 39 mm. No me importaban demasiado esos datos, pero no tenía dudas de que tu madre llegaría a ser una gran fotógrafa. El ojo privilegiado que yo le conocía se volcó a partir de ese momento a mirar la realidad a través de la lente. Es una pena, Leo querido, que se hayan perdido todas las fotos de esa época. Eran de una belleza sutil, casi etérea y, como tantas veces lo hablamos después ella y yo, también un testimonio único de aquel periodo negro de la historia italiana. A ti sólo te llegó, lo sé Leo, la única que no tomó ella. Esa imagen de la sombra de tu padre en el Giardino. Les encantaba esa foto. En 1940 ya estaban viviendo juntos. La familia de tu abuela les dio el departamento de Via dell'Oriuolo. No podían casarse, las leyes raciales lo prohibían, pero compartían la vida en ese espacio frente a los árboles del viejo convento.

Ahí naciste tú.

Estoy cansada, Piccolo. Dejo por hoy este relato. No sabes cuánto la extraño.

*

«Lo primero que surge es una vibración, distante, muy distante. Apenas perceptible. Un espectro de sonido, una sombra. Casi una insinuación en el aire. No se sabe si es algo que está naciendo o el rastro de lo que ha desaparecido, como los destellos que aún vemos de las estrellas muertas hace millones de años. Otros parten tal vez de imágenes o de ritmos. Para mí es esa presencia lejana. No llega a ser ni siquiera un ruido. Y es entonces cuando tengo que volverme hacia mí mismo, aislarme de todo lo que sucede por fuera, para saber cuál es la reverberación que ha dejado una huella minúscula en la membrana de mi oído. Después empieza de verdad el trabajo de composición, de creación, de escritura. Pero el primer instante aparece, sin más. Nunca he sabido de dónde ni cómo surge, Bauer. Claro, la memoria, la experiencia, los sonidos cercanos, todo tiene que ver. Pero a pesar de eso es como si tuviera un halo mágico. "El susurro

de los ángeles", decían los músicos antiguos. Frente al teclado intento reproducir ese momento primigenio. Lo demás es trabajo. Como todo. Quizás a alguien los dioses le hablen al oído. Pero incluso cuando así fuera, después habría que esforzarse por descifrar el mensaje. Y es ahí donde para algunos comienza la enfermedad creadora, como lo supo Adrian Leverkühn. Son muy pocos los elegidos. Los demás trabajamos con mayor o menor disciplina, con mayor o menor inspiración. Armonía o contrapunto como marcas de la creación musical. Tal vez se trate de una falsa elección. Una vibración distante, muy distante, es lo primero que aparece. El susurro de los ángeles en un mundo desgarrado. El diablo ya ha hecho su propuesta.»

*

Releyó los poemas del último libro de Pavese. Eran en cierto sentido el cierre de los que acompañaron a su padre. Podía imaginar una línea que unía la melancolía de «Los mares del sur» con los versos aquellos que comenzaban diciendo «Vendrá la muerte y tendrá tus ojos». Se encerró en una de las habitaciones del pequeño hotel. Él, solo allí, le buscaba la mirada a la muerte. Y en un cobertizo cercano a Vinca, Giulio subrayaba las palabras del otro. Eso era lo que buscaba Leo en su lectura: las huellas de una sombra en una vieja fotografía. «Cincuenta y tantos años después, Bauer, esa sombra seguía desvelándome. Había perdido para siempre sus gestos, su tono de voz, el movimiento con que me despeinaba al saludarme cada tarde cuando regresaba a casa. "Ciao, piccolo Leo!" Y se tiraba conmigo al suelo a jugar o me sentaba en sus piernas para contarme el cuento de la luna en el fondo del pozo. Lo había perdido, y ni todas las historias de las postales de la infancia, ni todas las fotos que me mandaba Julio, ni todos los libros ni las partituras, ni el haberme convertido en padre, ni las noches envuelto en la piel tibia de Mercedes, ni el viaje casi adolescente a aquel caserío toscano, ni las caminatas en una playa del fin del mundo me lo habían devuelto. "Para todos tiene la muerte una mirada", había escrito Pavese y yo quería saber cómo había sido la que se detuvo en Giulio. Qué tenía que ver ese piamontés taciturno con el joven partisano que había muerto en un caserío de piedras con otros cientos de hombres incrédulos y callados. "Para enseñar a los suyos tanto silencio." Alguien contó los días previos. La nota de despedida. Las noches pasadas con los tejados de Milán del otro lado de la ventana.»

*

«¡Qué extraño!», pensó Leo al tiempo que dejaba la pluma sobre la mesa. Había alcanzado a escribir apenas unas cuantas líneas. «Hola, Julio de mi corazón». Los dos seguían prefiriendo las viejas cartas escritas a mano, enviadas por correo y libradas un tanto al azar y a la suerte. Era, como decía Mercedes, «casi una cuestión de fe.» A ella que se comunicaba por medio de la computadora todos los días con el hijo que vivía al otro lado del océano, le parecía absurda esta inclinación que los dos hombres sentían por lo antiguo. «Viejo, más que antiguo, ¿no?» Las cartas viajaban, como en otras épocas, por lo menos dos semanas para llegar de un continente a otro. «Y ni se diga para que las recibas en ese rincón del mundo en el que vives», le reclamaba. «¿Cómo estás? Yo acabo de regresar de la infaltable caminata. Te va a encantar este paisaje cuando vengas. A pocos metros de la casa empieza ya el acantilado. Mientras te escribo escucho las gaviotas. Con ellas sí que vale la pregunta "¿de qué se ríen?"». Leo solía escribir largas cartas y Julio le enviaba, a cambio, alguna de sus fotos. Así había sido desde que el hijo decidió irse. Cada imagen venía siempre con una pequeña nota al reverso. Ése era el modo en que conservaban la intimidad entre los dos. Tenían, desde que Julio era pequeño, una gran complicidad que, salvado el «obstáculo» de la difícil adolescencia que les había tocado vivir (¡cuántos gritos y portazos es capaz de dar alguien a los catorce o quince años!), se había fortalecido y ambos cuidaban. Leo era a la vez él mismo y el padre que imaginaba hubiera sido Giulio. Tenía pensado ir ese día al correo y aprovechar para buscar los periódicos de la semana. «¡Pero usted lee noticias viejas!», protestó el chico del quiosco la primera vez que él le pidió que le guardara los diarios. «Qué extraño», pensó, y dejó la pluma sobre la mesa. Se sentía algo mareado. Hubiera querido terminar la carta. «A lo mejor es porque no he desayunado nada todavía.» En el momento en que se paró sintió que alguien le arrancaba el piso de debajo de los pies. Tuvo que agarrarse al respaldo de la silla –que también se tambaleó– para no caerse. «¡Epa! ¿Qué está pasando?» Durante mucho tiempo pensó que moriría a la misma edad que había muerto su padre: veintinueve años. Aunque no estuvieran en guerra ni él fuera partisano. El día que cumplió treinta comenzó a festejar el «plus» que la vida le daba. «Órgano vestibulococlear». Así se llamaba el oído en términos médicos. Y lo que él tenía era un virus en el «laberinto». Eso era todo. No un tumor que lo dejaría muerto o incapacitado en esa playa solitaria. Un virus que había afectado el equilibrio. «Hay casos», le comentó el otorrino con el que finalmente fue, «en que también

puede verse afectada la audición». Después de una larga serie de estudios que incluía tomografía, agua en los oídos, grabaciones, pruebas que mostraban que irremediablemente el cuerpo se le inclinaba al caminar sin que él pudiera hacer nada por evitarlo, llegaron a la conclusión de que su herramienta principal de trabajo estaba intacta. «No sabes la desesperación de los que escuchan un zumbido permanente. ¡Imagínate!» Pero cuánto tiempo iba a estar así. Apenas podía mover los ojos y cualquier movimiento de la cabeza era una tortura. De todos modos pudo ver la colección de muñequitos vestidos de doctor que había en uno de los estantes: de plástico, artesanales, hechos por niños. ¿Sería realmente serio este hombre? Sin ser un obsesivo, Leo se empezó a cuidar desde el momento en que se dio cuenta de que no moriría antes de los treinta años. Tampoco era un hipocondríaco, pero se asustó. «¿Está seguro, doctor?» ¿Habría realmente buenos médicos en esa ciudad de provincia? Llegar ahí había sido casi una pesadilla: el tren lo sacudía con una fuerza que él nunca había registrado antes y le dolía el cuello de intentar que la cabeza se moviera lo menos posible. «Fíjese que esto es muy fácil de detectar. Claro que siempre hay que descartar complicaciones mayores.» «Nistagmus», aprendió que se llamaba el movimiento de los ojos que le había permitido al primer médico que lo vio dar un diagnóstico inmediato. Era un pequeño brinco. Una insignificancia. Una piedrita en el zapato de la vida cotidiana. Volvió a la costa con el cuello dolorido pero con mucha menos angustia que cuando se fue. De todos modos, las cosas no eran fáciles. Es increíble cómo movemos la cabeza todo el tiempo. Ahora caminaba absolutamente erguido y hasta bajar la mirada hacia el piano o hacia el teléfono podía hacerlo caer. «No seas tonto, voy por ti y te instalas en casa el tiempo que haga falta», le propuso Mercedes al otro lado de la línea. Perder su espacio de soledad e independencia le parecía un panorama peor que el de permanecer casi inmóvil en su propio hogar. Pobre, a ella todavía le costaba entender su decisión. «Eres muy necio, Leo.» Y sin embargo, fueron semanas de una brutal concentración en sí mismo. Quizás había sido la indefensión en que lo había sumido ese mareo permanente, o la sensación de no tener asideros ni un piso firme sobre el cual asentarse, lo que había convertido ese periodo en un ejercicio de memoria casi constante. «Lo que quería contarte es que recordé aquella obsesión adolescente por el abuelo cabalista.» Necesitaba encontrar lo que escondía el silencio, lo que ocultaban las sombras. El bisabuelo, en realidad: el padre del Nonno Carlo. «No es que fuera realmente cabalista, Leo», le explicaba Nina. Había cortado con la parte más visible de su herencia religiosa, pero se había dedicado a

rastrear las relaciones que existían entre sus pasiones: la ciencia, las matemáticas y lo que le habían enseñado durante tantos años. Así había llegado el viejo Benjamin –que en ese momento era un joven estudiante de ingeniería que soñaba con dejar sus huellas en la ciudad– al encuentro con ese misterioso y a la vez muy preciso camino de la mística judía. «Alef, Bet, Guimel, Dalet… El movimiento: exilio: infinito regreso: vértigo: el solo movimiento es la quietud.» «Hola, Julio de mi corazón.» La carta quedó entre las páginas del libro. Se lo dijo cuando recibió la llamada: «te la mando apenas pueda volver a salir. Y no te preocupes, estoy bien. Es una cuestión de paciencia. ¿Cómo andan Clara y la pequeña Ema?». Le costaba imaginar a su propio hijo vuelto padre. ¿Cuándo se había hecho adulto? Hubiera querido tener presente cada instante de la vida de ese pequeño ser que un 31 de marzo había tenido en sus brazos por primera vez. Era tan chiquito. Parecía tan frágil. Le sorprendió la seguridad con que lo cargaba Mercedes. «¿No te da miedo?» Tal vez fuera eso lo primero que le había gustado de ella: siempre tenía los pies en la tierra. Mercedes y Nina actuaban como si ese bebé hubiera estado con ellas desde el principio de los tiempos. Generaciones enteras de mujeres se daban cita cuando lo bañaban, lo arrullaban, lo alimentaban, le hablaban. Y ahora él a la distancia lo llamaba preocupado. «¿Seguro estás bien, viejo? ¿Por qué no te vas un tiempo con mamá? Sabes que le encanta atenderte.» «Por suerte no escuchaba el zumbido, Bauer. Creo que me hubiera vuelto loco. Así, todo era cosa de aprender a moverse con cuidado.» «¿Y cómo lo van a llamar?» «Julio, como papá.» «Giulio, entonces», dijo la abuela y selló su pacto de complicidad con el recién nacido.

*

Caminar, caminar. Volver a sentir el viento helado en el rostro. Sobre el piano lo esperaban las partituras. Las notas enmarañadas. Pasos largos. Enérgicos. La gorra azul que entra y sale de cuadro. También él *preferiría no hacerlo*. Los sonidos eran huecos, mentirosos. ¿Había habido realmente una despedida? ¿Palabras que alguien imaginó dirigidas a Nina, a su hijo? Volvía a sentirse ahogado en el silencio. Como a los dos años. Mudo. Recordaba una de las primeras imágenes de *La vida secreta de las palabras*. Hanna no oye nada. Tiene un aparato detrás de la oreja que prefiere mantener apagado. No valían los compases nacidos de su propio ruido. Apagar el murmullo que crece hasta ser tumulto. Las olas. Sale a buscar el viento helado. La espuma amarilla.



Abandonar todo. Un día lo vio con claridad. Tomaba el café del amanecer, como siempre. Miraba por la ventana cómo iban encendiéndose las luces de los edificios de enfrente. Era agosto y se sentía el frío (alguien se había equivocado: agosto es el mes más cruel). Las calles estaban húmedas. Siempre estaban húmedas en esa ciudad. Había llovido quizá toda la noche. Vio una playa. La espuma amarilla se aferraba a la arena. El viento helado le daba en el rostro. (¿Se puede tener nostalgia de una imagen desconocida?) La cabeza que entra y sale de cuadro. Arriba. Abajo.

*

Pudo haber sucedido así. Leo imaginaba los días de caminata. El calor. El cansancio. Imaginaba también la convicción de Giulio. No. Eso era lo más difícil de imaginar. Él mismo no era, no había sido, un ser político. Su juventud coincidió con los años de mayor eclosión política del país. Cuando sus compañeros de generación comenzaban a participar de manera activa en los movimientos o en algún partido, él se encerraba a tocar el piano. Iba a las marchas, claro. Alguna noche Nina y él escondieron a alguien que estaba decidiéndose por la clandestinidad (se acordaba de las discusiones con Daniel, el del boxeo adolescente; de los golpes en la puerta, suaves pero insistentes, y de la cara luminosa de su amigo. ¿Habría tenido esa expresión Giulio en su camino por las montañas?). Para él la música estaba antes que todo eso. Después llegó la represión. Los muertos, los desaparecidos. El silencio. El miedo. Pero no era de esto de lo que iba a hablar. Quedó ya en otras páginas. Leo compartió el silencio. Compartió el miedo. Sabía de qué hablaba Pavese cuando escribía sintiéndose culpable refugiado en la casa de la hermana. «Quizás era yo el verdadero traidor, Bauer, no Giulio. Aunque él nos hubiera abandonado.» Era su generación la que estaba siendo torturada, desaparecida: Daniel, Anna y sus diecisiete años… Pero no era de esto de lo que iba a hablar. Leo tocaba a Schönberg. Escuchaba a Alban Berg. Admiraba a Ligeti. Y no. Nunca había sido un ser político. Volvió al país cuando un manto gris y ensangrentado cubría la realidad.

*

Tan serio. Tan profundo. Tan responsable. «¡Buena farsa, Leo!» Me tambaleo. El oído. ¿Un virus? «Podría ser peor.» Este médico sí que me hace reír. «Hay quienes escuchan un zumbido permanente.» Buena farsa. Estamos también los que no escuchamos nada.



«Fra Martino, fra Martino…» El Titán se ablanda en su tercer movimiento ante la canción de cuna. «Ninna nanna, ninna oh, questo bimbo a chi lo dò?» ¿Pensó en mí? En agosto de 1943 las tropas alemanas entraron a Vinca, un pequeño pueblo en las montañas, y asesinaron a más de cien personas. ¿Y si se hubiera olvidado de nosotros? Él también tambaleándose por los senderos de nidos de araña. «Un gran hombre entre idiotas o un pobre loco» Su nombre no está grabado en ninguna parte. ¿Por qué la sombra? Sabor de moneda oxidada en la garganta. El aire que apenas logra pasar. ¿Y el humor? La herencia de un bisabuelo perdido entre el Antiguo Testamento y los sueños del Piazzale. Y él tan serio, tan profundo, tan aburrido. Un buen mareo para perder la línea recta. «¡Basta, Leo! Tal vez encontremos al dios de los insectos mezclado entre los granos de arena. Deje de llorar. ¿Quién dijo miedo? ¿Otra vez? ¿No buscaba algo gracioso? ¿Hay inconsciente gracioso?» Desopilante monólogo que acompaña al virus. Así no. «Buena farsa, Leo. "Alef, Bet, Gamel…" Desde el comienzo de los tiempos… "Oh, palabra, tú que me faltas." El arte de la fuga, ¿por qué no? ¿No se trataba acaso de rendirle homenaje a esas viejas partituras que sonaban en las tardes de Via dell'Oriuolo? Tengo que ser profundo; denso incluso. ¡Alto, Telémaco! El castigo está escrito en el aire: no podrás entrar en la tierra prometida. Te quedarás solo y tartamudo, solo y sin sonidos que te acompañen.»

*

La palabra «bloqueo» le daba vueltas en la boca. Tenía sabor a herrumbre, como una vieja moneda pegada al paladar. O peor: atravesada en la tráquea impidiendo la salida de la voz. Eso era lo que le pasaba. Otra vez se había quedado mudo. Como a los dos años. Pero ahora solamente él lo sabía. Los demás lo escuchaban hablar, incluso cantar o reír –no demasiado, es verdad–, pero él sabía que se trataba de una ficción. «No es cierto, Bauer, tengo una moneda atravesada en

la tráquea. Un bloque que hace que hasta respirar sea costoso. Una condena al silencio de por vida». No es nueva la historia. En realidad siempre ha estado allí, sólo que ahora ha crecido hasta dejarlo en la mudez. Se ha hinchado. Como esos pequeños juguetes que miden un par de centímetros y que al ser sumergidos en agua aumentan de tamaño más allá de lo imaginado por los niños. Su bloque no era de esponja ni de colores brillantes como esos bichos que compraba en el almacén de la esquina con las monedas que Bruna o Enzo le daban algún domingo y que después hundía en un vaso esperando la transformación. Un bloque que ocultaba cualquier salida. Un duro bloque de mármol. Sin figuras escondidas como las que contaba Miguel Ángel que veía en los grandes trozos que buscaba en Carrara. Sin figuras que él fuera capaz de descubrir. Lo pensó a los veinte años cuando pasó por esa zona de yacimientos en su camino a Vinca. Su misión sería develar no lo que ocultaba la piedra sino lo que ocultaba el silencio. ¿Era acaso otro su material? ¿El que lo dejaría llegar a la música? El silencio era el espacio denso donde se resguardaba el sonido. Y la suya sería una labor de paciencia e intuición que le permitiría quitar capa por capa aquello que impedía que fluyera. Como las capas que se habían resquebrajado cuando tenía tres años durante el concierto de piano. Andaba por esas montañas con la certeza de ir conociendo a la vez el camino que había hecho su padre y las herramientas que necesitaría para el extraño trabajo de despojamiento del silencio. No tenía aún el sabor a herrumbre en la garganta. O tal vez no hubiera notado que algo empezaba a hacer que su respiración fuera un poco menos fluida. Un poco. Poquísimo. Insuficiente para prever la roca que hoy lo había dejado sin voz. «Oh, palabra, tú que me faltas.» Se acordó del grito desgarrado sobre un escenario vacío. No hubo dios que pudiera salvar a ese viejo judío del enfrentamiento consigo mismo. No hubo más mensaje que la angustia tartamuda del excluido, del que debe permanecer en los límites de la tierra prometida por toda la eternidad. Tan lejos de la imponente figura que imaginara el escultor. «Oh, palabra, tú que me faltas.» Derrotado, consumido, abandonado por aquel que le diera nombre. ¿Un nombre a cambio de todos los sonidos? ¿Un nombre para mirar a quién en el espejo? Se le escapan los rasgos, los gestos, el olor. Sólo quedan una sombra y un sabor oxidado. El heroísmo de la ausencia. ¿Quién inventa las historias que alimentan la derrota? Y una maleta es la única memoria real de la precariedad: un libro, unos lentes, un abrigo y la foto de los que se quedaron. Recuerda el día en que llegó el compañero; la voz fuerte, la lengua familiar y ajena a un tiempo, el abrazo, el llanto de Nina. Que nadie viniera nunca más a golpear la

puerta trayendo noticias ni equipajes. Que nadie les contara cómo era el cuerpo de su padre. Él lo inventaría nota a nota para arrancarlo del mármol. Una vieja moneda atravesada en la tráquea le robaba los sonidos. ¿Había habido realmente palabras de despedida? Sobre el piano había quedado la imagen enviada por Julio. El hombre aquel sentado en el desamparo junto a su pequeña valija. La cabeza entre las manos. Mudo también él ante el bullicio del paseo sabatino. El traje oscuro, gastado, como un oficinista inventado por Pessoa. «Oh, palabra, tú que me faltas.» El tercer acto quedó sin música. Mudos todos. Moisés ajeno al festejo de los dioses, excluido. «Para enseñar a los suyos tanto silencio.» ¿Habría recibido su padre las noticias? ¿O iría solo en el largo camino que lo llevaba al caserío sin saber que en el lugar del que venía habían muerto casi todos? Descubrir lo que esconde la sombra. Hizo a los veinte años el recorrido imaginado en las largas charlas ante el mapa: los senderos de piedra, los albergues apenas entrevistos, la brújula y el sol del mediodía. Trató de encontrar las huellas familiares. ¿Cuándo se había perdido la canción de cuna? ¿Dónde? El tartamudeo, la lengua temblorosa como las manos del viejo profesor de chelo. Nunca tocó la *Suite número 1*. No quiso la memoria fabricada de esas tardes en la casa florentina. Ésa era la historia de Giulio repetida cada sábado por Nina. Él miraba desde el borde esa ceremonia del recuerdo. Que nadie les trajera noticias ni equipajes.

*

Cuando nos dijeron que estaban esperando un bebé, llegamos tu abuelo y yo a celebrar con una botella de champaña. ¡Fue dificilísimo conseguirla! Nos acompañaba alguno de los muchachos del seminario, y hasta mi madre quiso ir. Estábamos en plena guerra aunque quisiéramos vivir como si no pasara nada. Giulio seguía dando clases, tocando el chelo; mirando con algo de incredulidad esa familia que había empezado a formar. A Carlo lo condenaron al confino poco tiempo antes de tu nacimiento. No demasiado lejos de donde Pavese había corrido igual suerte en el 35. Fue el primer golpe duro para Nina. Aquel aislamiento en Caloveto, alejado de todo lo que le era querido y familiar, terminó de afectar la salud de tu abuelo. Pero él, como siempre, seguía instalado en un optimismo cada vez más difícil de sostener. Si fue este castigo a Carlo lo que llevó a tu padre a pensar que tenía que hacer algo más que hablar con los compañeros de la Brigada Rosselli, no lo sé. Sólo sé la angustia en que vivió Nina a partir de esa decisión. Varios meses el grupo permaneció cerca de la ciudad. Giulio podía entonces pasar cada tanto por la casa, con sigilo, abrazarlos, Piccolo, y seguir su camino hacia donde los compañeros lo hubieran enviado. La última vez fue en agosto. Qué diferente sería todo si uno fuera consciente de las «últimas veces»; si no pasaran como un momento más que creemos que se repetirá como siempre. Que será parte de un contínuum. Que no habrá ningún parteaguas. Que nada cambiará. No sé qué hubieran hecho Nina y Giulio de haber sabido que ésa era la última vez que se veían. Que él no regresaría. ¿Se hubiera quedado con ustedes? ¿Habría abandonado la lucha? No lo creo. No es que no los quisiera lo suficiente. Ustedes eran su vida. De eso no tengo dudas. Qué pasó por su cabeza esa noche en las afueras de Vinca no lo sabremos nunca. La tarjeta era más que breve. «No dudes nunca de que el pequeño Leo

y tú son lo más importante de mi vida. He sido muy feliz. Te amo. Los amo.» Hacía más de cuatro años que Giulio había muerto y que ustedes vivían de este lado del océano cuando llegó el hombre con el último equipaje de tu padre y esa tarjeta que parecía revelar lo que de verdad había sucedido. ¿De verdad lo revelaba? Giulio, el tipo comprometido, amante de su familia, matemático con un futuro brillante, devoto de las suites de Bach, ¿se había matado? ¿Era eso verosímil? Los compañeros se quedaron en Tre Pini y él se ofreció de voluntario para ir a Vinca. Allí se reuniría con otro grupo de partisanos para planear de manera conjunta el avance. Alguien, en el camino, le contó que la brigada había sufrido una emboscada. Pocos habían sobrevivido. Al llegar a Vinca encontró un paisaje de horror: más de ciento cincuenta personas habían sido asesinadas.

*

¿Qué contar y qué no contar en una historia como ésta? ¿Hacia dónde hacerla crecer? Pavese y el silencio. ¿Sacrificio? ¿Para quién? ¿Qué decir de Leo, de Nina? ¿Desde dónde? ¿Desde qué entramado de palabras? ¿Desde qué memoria? ¿En busca de qué luz? ¿De qué sonidos? Sensaciones más que relatos. Imágenes más que acciones. «El oído conforma los órganos de equilibrio y audición. *Spira, laberintus.* Membrana timpánica.» Y la realidad fue el vértigo escondido en el espacio más profundo. Leo apenas podía caminar. El mundo se hundía bajo sus pies. El movimiento de los ojos era distinto al de siempre. Hacía un tiempo que Julio se había ido a vivir fuera del país. Y él se inventaba una vida, una soledad, un ritmo propio, al sur de todos los sures. El de las playas vacías y la espuma que se aferra a la arena oscura. Espuma amarilla. Viento helado que le golpea el rostro cada amanecer cuando sale a buscar ese sonido que se le resiste. Cuando sale a buscar el silencio que se le resiste. *Spira. Laberintus.* Caminos sinuosos, secretos. Tenía que ser desde ahí, desde esas imágenes olvidadas –el rostro de Giulio, las tardes en Via dell'Oriuolo, las palabras de una lengua que lo abandonó–, que las notas le dejaran entrever lo que ocultaban. ¿Qué contar y qué no contar? Buscaba el silencio y lo sorprendió el mareo. «Dejo todo y me voy.» Al sur de todos los sures. Sensaciones más que relatos. Imágenes más que acciones. No se había ido tan lejos. Pero casi. Cada tanto regresaba a la ciudad. También eso era parte del ritual. ¿Había habido palabras de despedida? ¿También Nina guardaba un secreto? Descubrir lo que esconden las sombras. A veces pasaban dos o tres meses. Pero volvía siempre. Veía a los amigos o a algún viejo alumno, se reencontraba con Mercedes y su piel siempre amada, iba a algún concierto, entregaba los avances de la nueva obra y tomaba el tren que después de largas, larguísimas horas lo llevaba de regreso a su playa de viento helado y arena oscura. Con una taza de café caliente en las manos mira el amanecer. Sobre el piano está la hilera de lápices, el papel pautado. ¿Qué contar y qué no contar?

*

Intenta recordarlo. Es poco lo que aparece. Es, sobre todo, una sensación. El vacío que de pronto se quiebra y deja entrar los sonidos. Algo que está más allá de las palabras que su madre le repite buscando quebrar el muro de silencio. La oye como algo lejano, incomprensible. Quizás esté hablándole a él. Quizá no. Sus palabras no le dicen nada. Su voz sí. Es como un abrazo que lo cubre, que lo protege. Su piel es tibia. Le gusta olerla, sentirla cerca. Sus palabras la alejan. La vuelven ajena, distante. El vacío de pronto se quiebra. «Estamos en una sala muy grande, Bauer. Mamá me ha vestido con el traje azul de marinero. Hay mucha gente y un murmullo que me agobia. Un murmullo que no me dice nada, como las palabras de mamá. Los asientos son rojos. Me sientan en uno; es muy suave aunque demasiado grande para mí. Todo es rojo y dorado. Tengo tres años y un traje azul. Debo pararme para ver lo que sucede en el escenario. Está vacío. Sólo hay un piano que me parece pequeño desde donde estoy. Un murmullo que me agobia. Aplausos. No veo nada porque estoy sentado en un asiento demasiado grande. El silencio es tranquilizador. Las palabras de mamá me alejan. De pronto el vacío se quiebra. Me cubre una ola de sonidos, algo que me habla sólo a mí desde el otro extremo del universo. Del que no sabe de noches heladas ni de padres que no regresan.»

*

Ahí estaba ya ese chelo que había construido durante casi un año. Parte de la madera con la que estaba hecho venía de algún lugar de Europa central. Los bosques que llevaba Paul Celan en la memoria, como tatuaje que lo empujaba cada noche al Sena. ¿Y su propio remordimiento? Nina había hecho de la vida una fiesta cotidiana, a pesar de todo. Como si el ausente hubiera sido cómplice y testigo de sus días. Giulio estaba ahí. No sólo en la maleta que sabían en la parte más alta del armario. No sólo en la música que lo despertaba cada sábado. Nunca había pensado en el duelo de su madre. Era ya un adulto cuando finalmente pudo preguntárselo. «Era lo que él hubiera querido. Que no crecieras en la tristeza. Que no te taparan las tinieblas de su ausencia. Queríamos para ti algo diferente. Lo habíamos hablado tanto…» El nombre del padre como vacío. Y sin embargo ella le había construido una infancia de paseos por la ciudad, de amigos, con un jardín luminoso en el que habían sembrado un

roble (y después una azalea a la que él le hablaba) y un piano pequeño que lo había arrancado del mutismo. No ha amanecido todavía. El café recién hecho está en la cafetera. Y él pasa la mano sobre esa madera como si fuera la sombra de Giulio. La del Giardino sobre una blusa blanca. ¿En qué rincón de sí había nacido esa imagen? Leo no es hombre de imágenes sino de sonidos, de las voces que lo llevan cada día al teclado. Los lápices en fila. El papel pautado esperando. Pero aparece esa sombra cuyo rostro quedó para siempre más joven que el suyo. Esa sombra a la que nunca ha podido ponerle rasgos. Tenía los ojos oscuros y las cejas pobladas que hoy tiene su hijo. «Un árbol seco junto a la orilla para restablecer el orden de la sangre.» Lo decía siempre Nina. La piel aceitunada de los moros, de los semitas que habían llegado hacía siglos al Mediterráneo. De chico se miraba al espejo tratando de recordar la cara de su padre. ¿Qué habría de él en ese reflejo que estudiaba durante tanto tiempo? Se peinaba al salir de la ducha como le habían contado que se peinaba Giulio. Lo buscaba al mirar su propio reflejo. Como lo buscó después en los bosques húmedos donde había muerto, según el relato incierto de Nina. El tatuaje en la memoria de Paul Celan. Para reencontrar las palabras persigue cada mañana los sonidos. Para aprender a nombrarse y a nombrarlo camina contra el viento frío. El paso elástico. La espuma amarilla se aferra a la arena y el mar es aún un manto oscuro.

*

> ¿Y él? ¿Puedes imaginar siquiera la sensación de espanto, de destiempo, de error absoluto que lo debe haber invadido? No podíamos saber qué pasó entonces, cuál había sido la decisión de Leo. Durante todos esos años Nina había pensado que lo encontraría. La información era confusa, como suele pasar en las guerras. Nadie sabía a ciencia cierta qué había sido de tu padre. ¿Y si estaba escondido en algún lugar de la montaña? ¿O preso quizá? Pero no supimos nada más. Su grupo había sido diezmado. Los más cercanos a Giulio estaban muertos.

*

«Si Pau Casals empezó tocando un violonchelo fabricado con unas cuerdas y una calabaza (¿será cierto, Bauer?), por qué no podría yo hacer algo con este instrumento que me salió “medio medio”.» «Nada de medio medio, pibe. Lo que se hace en este taller siempre suena bien. Pero ya sabes, si necesitas una ayuda, el sonido del teléfono descolgado da un *La*». Leo acarició el chelo con una sonrisa. «¿Y ahora qué hago?» «Pues tocar. ¡Qué pregunta! ¿Qué otra cosa podrías

hacer?» Cuando llegó por primera vez a ese departamento del fondo del conventillo no sabía ni siquiera los nombres de las herramientas. Cuchillas de ebanista, limas planas, gubias de media caña, fileteador, cuchillo lutier, doblador de aros, pie de rey… eran términos que había ido aprendiendo durante estos meses. Como un buen instrumentista de cirugía, ya no tenía dudas cada vez que Bauer le pedía alguna. ¿Su término favorito? «Medidor de longitud del alma.» «¿No te parece genial, Julio, que alguien pueda sentirse capaz de medir el alma?», escribió en una de sus largas cartas con destino a Barcelona. «¿Y sabes con qué se pega la madera? Con cola de conejo. ¡Como en la Edad Media!» Lo único que consiguió casi hecho en la casa de maderas donde solía comprar Bauer fue el diapasón de ébano, lo demás fueron construyéndolo juntos. «¿Juntos? A mí no me metas en esta historia de tu chelo. Tengo mucho trabajo. Tú hiciste lo tuyo, yo hago lo mío.» Ésa era la forma en que el lutier le demostraba su afecto. «No te voy a agobiar contándote cada uno de los pasos. No sabes qué largo y complicado es esto. No me lo imaginaba. Qué ingenuo. Lo que sí quiero es presumirte cómo quedó.» Y entonces fue él quien envió una foto. «Hacía mucho que no te sentía tan contento, viejo», fue la respuesta que le llegó. Julio tenía razón. Algo había cambiado en esos meses. A pesar del silencio. De la moneda que le tapaba la tráquea. Del agobio que le provocaba la ciudad. Algo era distinto. Humedecer las maderas para poder darle forma a los aros, armar el molde, cepillar los cantos, recortar con cuidado el mango, marcar el lugar exacto del clavijero… Todo era una aventura nueva para Leo. «¡Cuidado que rebasa el pegamento!» Bauer lo guiaba. «¡No ajustes tanto la prensa!» Increíblemente eso que estaba haciendo se parecía cada vez más a un violonchelo de verdad. Era el puente que lo llevaba a su padre. Hacía más de cincuenta años que estaba muerto; él nunca había logrado recordar ese rostro querido, y sin embargo… Claro, claro, ya lo sabía: toda la cultura occidental se basaba en la búsqueda del padre. Edipo, Telémaco, Moisés… «¡Oh, palabra, tú que me faltas!» ¿Y? Vaya originalidad la suya. «¿Sabes cómo se hace para que quede bien pulida la línea central de la voluta? Se envuelve el corcho de una botella de vino con una lija suave y eso es lo que vas deslizando.» Hubiera querido contarle a Giulio cómo iba tomando forma ese extraño ser cuyo nacimiento le dedicaba. Lo hubiera invitado al taller. Seguramente hubiera charlado de música con Bauer. «Esas partituras que encontró Casals, las de las suites, me funcionan como un mantra. Toco las primeras notas del preludio y logro entrar casi en una dimensión diferente. Por eso empiezo por ahí todas las tardes.» Hubiera, hubiera… ¿Se puede sentir nostalgia de lo que no

conocemos? «Barnizarlo fue casi una despedida.» «Qué melancólico, pibe.» «¡Trece manos tuve que darle, Julio! ¡Es increíble! Y quedó así, como lo ves en la foto. No me vas a decir que no parece obra de un profesional.» Escalas, arpegios y terceras en las siete primeras posiciones. ¿Te acuerdas de tus doce años? Algo de Vivaldi, algo de Rieding, las *Tres sonatas* de Dotzauer… «¡Escucha, Nina!»

Nunca las suites de Bach.

«¿Y ahora qué hago, Bauer?» «¡Qué pregunta!» Le habían puesto ya las cuatro cuerdas, el lutier lo afinó –Leo lo miraba como si no llevara medio siglo dedicado a la música– y por supuesto quiso dárselo. «Mejor lo dejo en esta mesa hasta mañana. Ahora no tengo ganas de probarlo. Chau.» Camina tan cerca de la orilla que a veces alguna ola le moja los zapatos. El perro amarillo vuelve corriendo con una rama entre los dientes. El viento frío le golpea el rostro.

*

«¿Qué se puede saber realmente de alguien? Sentía que era poco lo que sabía de mi padre, pero ¿acaso sabía más de Nina, Bauer? ¿Cuándo nos detenemos a pensar en el trasfondo que encierra el comportamiento, los gestos, las palabras de la gente, incluso de la más cercana? ¿Cuándo vamos más allá del diálogo cotidiano, de las frases sabidas? ¿Cuándo miramos algo que no sea nuestra propia nariz? Nos quedamos en los datos –nació en tal lado, en tal año, fue a la escuela *x* o *y*–, como si estuviéramos haciendo una "investigación" en tercer año de primaria. "Cristóbal Colón fue un navegante de origen genovés…" Pero ¿quiénes son los que nos rodean? ¿Qué puedo saber de ti más allá de lo poco que me has contado, o de haberme dado cuenta de que no te gusta hablar mientras trabajas, o de que fumas tabaco negro? Estamos centrados en nosotros mismos y difícilmente logramos ir más lejos. Aunque quizás… sí, hay una memoria del cuerpo que habla más allá de los recuerdos conscientes: la sensación de la mano firme de mamá tomando la mía para cruzar la calle. Luego una sensación similar pero con la mano pequeñita de Julio (hasta que un buen día dijo: "creo que ya soy grande, viejo"). El olor de la piel de Mercedes. El gesto de Nina al descubrir en las calles algo que quisiera fotografiar. Poco, Bauer, casi nada. Dicen que a mucha gente le quedan sólo esas sensaciones cuando pierden la memoria: los recuerdos del cuerpo. Por eso siguen dejándose abrazar por sus seres más queridos aunque ya no recuerden quiénes son. Ese abrazo se vuelve un ancla a la realidad. Cuando se termina eso, cuando se termina el último destello de luz en los ojos, se terminó todo. ¿Por qué

no guarda mi cuerpo ningún recuerdo de Giulio, si él me cargaba, me abrazaba, me hablaba? Me acuerdo con una fidelidad que me da escalofríos de la voz de Nina, y supongo que la recordaré siempre. El acento con que pronunciaba ciertas frases. Hasta ese tono un tanto diferente que tenía cuando hablaba en italiano. Pero de Giulio no tengo nada más que la sombra y los relatos que otros han hecho sobre él. Lo perdí al mismo tiempo que las palabras una noche de agosto de 1943, pero no volví a encontrarlo cuando recuperé el habla. No estaba él esperándome. Como nadie seguramente esperaba a Pavese al otro lado de la puerta de la habitación de ese hotel de Turín. ¿O tal vez lo hiriera el recuerdo de la piel cálida y blanquísima de esa mujer con la que ya no pudo estar? Un aliento extrañado, un abrazo que se perdió, fue suficiente para convocar a los demonios. ¿Qué nos queda sin la memoria del cuerpo? Giulio se llevó con él mis recuerdos al inaccesible instante en que se cierran todos los telones. ¿Te acuerdas, Bauer, del momento en que nacieron tus hijos? ¿Justo ese momento? "Respira, respira", le decía yo a Mercedes, pero el que tenía que respirar era yo. El corazón se me salía del pecho. No entré al quirófano; todavía no se usaba eso. Y mira que me hubiera gustado ver asomar esa cabecita al mundo. Pero me quedé afuera, en la sala de espera con Nina que llegó casi enseguida. Cuando dos horas después salió la enfermera con esa cosita tan chiquita en los brazos, te juro que perdí el sentido por unos segundos. Nina, a quien yo le sacaba más de veinte centímetros de altura y muchos kilos, fue quien me sostuvo. A mí, que durante nueve meses había estado repitiéndome que yo sería el sostén de ese bebé. El sostén de Mercedes. El sostén de esta familia que estábamos creando. Y no como Giulio que había elegido dejarnos solos. ¿Y ahora? ¿Por qué esta moneda oxidada me tapa la tráquea? ¿Por qué esta ausencia de sonidos? ¿Por qué las hojas en blanco? "Oigo esas voces que no serán ahogadas", había escrito Britten en *Peter Grimes*. ¿Salvarlas del ahogo, Bauer? ¿Eso era lo que yo tenía que hacer? El poeta piamontés se encerró el 27 de agosto de 1950 en el hotel Roma para mirarle los ojos a la muerte.»

Tus ojos
serán una palabra inútil
un grito acallado, un silencio.[11]

Alguna vez había escrito: «Uno no se mata por el amor de una mujer. Uno se mata porque un amor, cualquier amor, nos revela nuestra desnudez, nuestra miseria, nuestro desamparo, la nada». El silencio, Bauer. Este gusto a óxido que me tapa la tráquea. Mudos

descenderemos al abismo. Nunca cargaré el cuerpo de mi padre anciano. Nunca podrá él sostenerme. Nina me tendía la mano y cerraba los ojos para que yo no viera el miedo. Fueron los peores meses de mi vida. Murieron en agosto: Pavese, Giulio, mi madre. Ellos, bajo el calor agobiante del verano italiano; ella, durante una noche helada, con la niebla que ocultaba este enorme río del sur. «La gente que muere con la luna en cuarto creciente alcanza la paz en poco tiempo», dijo aquella mujer, pero yo quería estar solo para plantar la azalea que acompañaría a mi madre. «¿Aquel cadáver que plantaste el año pasado en tu jardín, / ha comenzado a germinar? ¿Florecerá este año?»

Vendrá la muerte y tendrá tus ojos
esta muerte que nos acompaña
desde el alba a la noche, insomne,
sorda, como un viejo remordimiento
o un vicio absurdo.

Pavese se encerró en una de las habitaciones del pequeño hotel Roma a encontrarse con los ojos de la muerte. Y en un cobertizo cercano a Vinca, Giulio subrayaba las palabras del otro. Eso era lo que buscaba Leo en su lectura: las huellas de una sombra en una vieja fotografía. «Cincuenta y tantos años después, Bauer, esa sombra seguía desvelándome. Había perdido para siempre sus gestos, su tono de voz, el movimiento con que me despeinaba al saludarme cada tarde cuando regresaba a casa. "Ciao, piccolo Leo!" Y se tiraba conmigo al suelo a jugar cochecitos o me sentaba en sus piernas para contarme el cuento de la luna en el fondo del pozo. Lo había perdido, y ni todas las historias de las postales de la infancia, ni todas las fotos que me mandaba Julio, ni todos los libros ni las partituras, ni el haberme convertido en padre, ni las noches envuelto en la piel tibia de Mercedes, ni el viaje casi adolescente a aquel caserío toscano, ni las caminatas en una playa del fin del mundo me lo habían devuelto. "Para todos tiene la muerte una mirada", había escrito Pavese y yo quería saber cómo había sido la que se detuvo en Giulio. Qué tenía que ver ese poeta taciturno con el joven partisano que había muerto en un caserío de piedras con otros cientos de hombres incrédulos y callados. Alguien contó los días previos. La nota de despedida. Las noches pasadas mirando desde la ventana las luces de Turín. Era el 27 de agosto. El calor le ocupaba cada centímetro de piel. ¿Has pensado alguna vez, Bauer, en lo que pasa por la cabeza de un suicida? Pavese escribía y mi padre subrayaba lo que encontraba en esos poemas. El

piamontés había publicado *Lavorare stanca* hacía pocos años, y el libro circulaba ya como un objeto de culto. El reconocimiento de Pavese apenas comenzaba. Giulio era un joven partisano con una mujer a la que amaba, un hijo que estaba aprendiendo hablar y un violonchelo que lo esperaba por las noches. Pero había algo que los unía y que los versos subrayados mostraban. "Para enseñar a los suyos tanto silencio..."

»Leer el libro que ha leído otro, que ha marcado y subrayado, sobre el que ha hecho pequeñas señales o anotaciones en los márgenes, con el que de verdad ha dialogado, es asomarse a la intimidad de aquel primer lector. Un poco como si fuéramos *voyeurs,* metiches. Como si espiáramos por el ojo de la cerradura y descubriéramos una escena que nos da algo de pudor. Nada grave. Sólo una pequeña incomodidad. Como si debiéramos pedir disculpas. "Perdón, perdón, pero es que iba pasando y no he resistido la tentación de dar una miradita. Nada importante. Siga usted con lo suyo, por favor." Pero en este caso, Bauer, el *voyeur* quiere saberlo todo: reconstruir el momento de la primera lectura, los estados de ánimo, los acuerdos, las diferencias, para llegar a los versos desde el lugar del cómplice.»

*

«Son dos suicidas», pensó mirando una vez más la foto que le había mandado Julio. Hay en ella un hombre que parece el protagonista de un aguafuerte de Arlt y que tiene frente a sí una vieja maleta similar a la que un día alguien les trajo de Italia. «Esto es lo único que pudimos recuperar», dijo el compañero al que Nina abrazó. Que nunca más vengan a tocar el timbre para abrir grietas en la vida de todos los días, en el ritual de la mesa con dos platos, en la complicidad que los une a ellos, solamente a ellos: a él y a su madre. Sin sombras. ¿Sin sombras? «Leo, ¿te sirvo un poco más?» El timbre los sobresalta. O quizá sólo a él. Quizás ella ya supiera que alguien iba a llegar. El hombre apoya la maleta en el piso, se quita el sombrero y abraza a Nina. La sombra aparece nuevamente. *Il compagno* –el nombre con el que ella lo llamó de ahí en adelante– le hizo una seña de despedida con la mano y salió. Él estaba tan enojado por la irrupción, por el abrazo (¿quién era ese hombre que se atrevía a acercarse a su madre?), que no tuvo ganas de responderle el saludo. «Son dos suicidas.» Hubiera querido que esa frase tuviera que ver con el extraño visitante que había interrumpido el almuerzo casi cincuenta años atrás. O –¿por qué no?– con el libro de Pavese que estaba guardado en la maleta. «El joven autor de *Lavorare stanca* que mi padre admiraba al grado de elegir su libro

como compañía de los solitarios días de caminata. Yo leía y releía esos poemas buscando en ellos la huella de Giulio. “Algún antepasado nuestro debió estar muy solo / –un gran hombre entre idiotas o un pobre loco– / para enseñar a los suyos tanto silencio.” “Mares del sur” parecía ligar a mi padre con nuestro propio destierro. Nina lloraba. Era extraño en ella. En ese momento no pensé que esa debilidad podía tener que ver con que ya estaba enferma, aunque los verdaderos síntomas aún no se hubieran presentado (¿era el llanto de Nina una debilidad, Bauer?, ¿cómo pude ser tan ciego?). Imaginaba que mi madre sería eterna. “Leo, la veo más delgada. ¿No te parece?”, me comentaba Mercedes. Y no. No me parecía. O no quería que me pareciera. Una sombra sobre una vieja fotografía podía corresponder a un muerto, pero la chica aquella de sonrisa amplia y blusa blanca no tenía derecho a desaparecer. El mismo libro que había acompañado la muerte de mi padre era el que ahora acompañaba la de Nina. Seguí trabajando de manera frenética, incluso durante el tiempo en que me instalé junto a ella. Los tres meses más oscuros de mi vida tienen las palabras de Pavese: “Tus ojos / serán una palabra inútil / un grito acallado, un silencio”. Para él y para mí, agosto será siempre el mes más cruel. Todos los días me pedía que tocara un rato. Cerraba los ojos y escuchaba. Reaparecieron sus obras más queridas: Liszt, Dvorˇák, los cuartetos de Beethoven. ¡Cuánto hacía que no los tocaba! Pero ya no me animé a tocar las canciones que estaba trabajando. Tal vez porque quería mostrárselas todas juntas cuando estuvieran listas. Tal vez porque me avergonzaba seguir componiendo mientras ella moría.» «La gente que muere con la luna en cuarto creciente alcanza la paz en poco tiempo», le comentó la chica que ayudaba a Nina con el jardín. Leo la miró con incomodidad y le pidió que se fuera. No quería compartir ese ritual con nadie. Ni con ella, ni con Mercedes, ni con una Bruna anciana pero aún de mirada brillante, ni con nadie. Se despediría él solo de su madre. Pondría esa urna de madera apenas barnizada en uno de los rincones del jardín, cerca del roble, y sobre ella plantaría una azalea. Algo así había comentado ella alguna vez: que le gustaría que sus cenizas fueran enterradas en el jardín de esa casa que los había cobijado hacía ya tanto tiempo. Leo no había preguntado demasiado. Uno no pregunta esas cosas. De la muerte no se habla. «Son dos suicidas», pensó viendo la foto. «Y de pronto tuve la certeza, Bauer, mientras pronunciaba la frase, de que estaba hablando del propio Giulio. El héroe de mi infancia se había matado. Nunca nadie me había dado a entender nada semejante. ¿De dónde salía una idea como ésa? Nina ya había muerto. Julio estaba lejos. Yo miraba la foto que había recibido algunas semanas antes y no tuve dudas. Ese

hombre retratado a un lado de la Rambla, junto a las jaulas de pájaros y los puestos de flores del sábado en la mañana, tendría el mismo destino que había tenido Giulio.» Leo se aterró ante esta idea que por primera vez se le cruzaba por la cabeza. De un plumazo condenaba a dos hombres: a su padre y al desconocido. ¿Se saben estas cosas a priori pero uno no quiere reconocerlas? ¿Por qué Giulio había ido como voluntario a ese pueblo? ¿Por qué no se había quedado en Tre Pini? ¿O por qué no se había quedado con él y con Nina, en Via dell'Oriuolo?

Lamentó haber hablado tan poco de esa muerte con Nina. Hablaban de su padre, claro; pero de la vida de su padre: de sus pasiones, de su familia, de la música que le gustaba, nunca de su muerte. ¿Se puede hablar de la muerte? ¿Qué podrían haber dicho? ¿También Nina se había sentido traicionada? ¿También ella había vivido la decisión de Giulio como un abandono? ¿Lo habría pensado también él? Quizá por eso había vuelto a subir las escaleras el día de la despedida. Tal vez dudó. «Quería que crecieras en un país en libertad.» La explicación dejó de resultarle convincente cuando entró en la adolescencia. Giulio los había abandonado. Esa era la verdad. Guardó todos los libros que los amigos de Nina le habían regalado. Despegó los mapas que tenía en la pared de su habitación, y quiso olvidarse de su padre. «Son dos suicidas», pensó en ese momento mirando la foto que le había mandado Julio. Ni él ni su madre se habían atrevido a imaginar lo que habría pensado Giulio el día de la matanza de Vinca. Quién quiere pensar en el miedo inundando los ojos de la persona querida. Pero entonces algo no encajaba en ese rompecabezas de la ausencia. No fue miedo: fue el horror de encontrar los cuerpos ensangrentados a lo largo de las calles. Quizás hubiera sucedido así. Quizás hubiera sido el gesto cargado de culpa y espanto de quien ha sobrevivido. Dos matanzas. Una en cada extremo. Primero, Tre Pini. Alguien en el camino se lo había dicho. Después, Vinca. Unos pocos todavía alcanzaban a quejarse. Corrió de uno a otro intentando aliviarlos, hizo vendas con trozos de su propia camisa, llenó decenas de veces la cantimplora. No había agua capaz de aplacar esa sed negra. Al final de la tarde se sentó en la pequeña plaza del pueblo. Estaba agotado. Las pesadillas son incomprensibles durante la vigilia, sólo la niebla espesa de la irrealidad las hace tolerables. ¿Qué pasó, entonces, por la cabeza de Giulio? «Nunca había querido hacerme esa pregunta, Bauer. Ni siquiera cuando fui al pueblo buscando sus huellas. Eran las huellas de la anécdota; las que me permitirían terminar de contarme la historia, las de mi propia necesidad de darle un final. No desde él. Desde la mirada de un hombre de menos de treinta años que creía estar

luchando por su patria, por la libertad, conceptos tal vez demasiado abstractos, y se encontró cara a cara con las muertes más atroces. Lo abstracto vuelto cuerpos ensangrentados. Giulio había elegido cumplir el *fatum,* cumplir el mismo destino de los otros. Era la ofrenda que hacía a esa estúpida guerra y a la memoria de sus compañeros.

»Tengo cincuenta y tantos y aún no sé si lo considero una víctima, un traidor o alguien a quien nunca he podido imaginar más que como una sombra. ¿Valía la pena seguir buscándolo entre los sonidos? ¿Valía la pena que siguiera esforzándome para merecer un héroe como padre? Su herencia no fue el amor por el chelo, ni un libro apenas subrayado, ni una ausencia punzante, ni siquiera unas líneas escritas que no sé si existen: su herencia fue este silencio que me bloquea la tráquea con sabor a óxido, esta imposibilidad, esta parálisis.»

*

> Tal vez estas páginas, Piccolo, no sean sino un pretexto para contarte esto. ¿No era esta historia la que querías escuchar? ¿Qué es lo que de verdad quieres saber? ¿Quién fue ella? ¿Quiénes fueron esos jóvenes que una tarde de verano se tomaron una foto para un futuro que no imaginaron?

*

No sigue leyendo; le falta sólo la última página. No importa. Puede imaginar la despedida. Las disculpas. Los besos. La promesa de verlo la próxima vez que vaya a la ciudad. Leo mira la foto. Mira a esa chica de veinte años y blusa blanca. Mira una sombra entrañable. Acaricia el chelo. En esa madera tibia, en esas cuatro cuerdas cuyo sonido lo conmueve, está el difícil lazo que lo une a su padre. Toma con cuidado el instrumento y sale con él a la playa. Afuera está gris, ventoso, frío. Es temprano aún. El perro amarillo lo sigue. Incluso cuando entra al agua. El violonchelo flota. Quizá debería haberlo cubierto de flores blancas como hacen los devotos de Yemayá. O de velas que lo acompañaran en el nuevo camino. Ésa es su ofrenda. Su voz. Su historia.

Unos mechones de pelo castaño (con algunas canas) asoman por debajo del gorro de lana. Azul. (¿Se puede tener nostalgia de un desconocido?) Silencio. La imagen se acerca. Primer plano. De a poco empieza a oírse su respiración. Al fondo, el sonido del mar. Leo apenas se desplaza. Arriba. Abajo. Apenas.

Quizás el sur.

Notas

1 Segundo apartado del segundo capítulo del Sefer Yetzirah o Libro de la Formación

2 De la ópera *Moisés y Aarón*, de Arnold Schönberg.

3 Cesare Pavese, «mares del sur», en *Poesía completa,* trad. Guillermo Fernández, UNAM, México, 1991.

4 Ten piedad de mí, Dios mío.

5 Tomado de *La tierra baldía,* de T.S. Eliot, según traducción de Agustí Bartra.

6 Jacques Derrida, *La tarjeta postal. De Sócrates a Freud y más allá*, Siglo XXI, México, 2001, pág. 39.

7 Angelina Muñiz, *Las raíces y las ramas. Fuentes y derivaciones de la Cábala hispanohebrea*, Fondo de Cultura Económica, México, 1993, pág. 14.

8 José Ángel Valente, «Bet», en *Tres lecciones de tinieblas*, La Gaya Ciencia, Barcelona, 1980.

9 Paul Verlaine, *Poesía completa*, trad. Ramón Hervás, Libros Río Nuevo, Madrid, 1977, pág. 181.

10 Cesare Pavese, «El paraíso sobre los tejados», en *Poesía completa*, op. cit.

11 Cesare Pavese, «Vendrá la muerte y tendrá tus ojos», en *Poesía completa*, op. cit., pág. 267.

Acerca de la autora

Sandra Lorenzano (Buenos Aires, 1960) vive en la ciudad de México desde 1976, donde se doctoró en letras por la UNAM. Especialista en arte y literatura latinoamericanos, es vicerrectora académica de la Universidad del Claustro de Sor Juana y ha impartido cursos y conferencias en universidades mexicanas y del extranjero. Creó en el Instituto Mexicano de la Radio el programa semanal «En busca del cuento perdido», del que es conductora. Coordinó el título *La literatura es una película. Revisiones sobre Manuel Puig* (1997) y es autora de los ensayos *Escrituras de sobrevivencia. Narrativa argentina y dictadura* (2001) –libro que recibió la Mención Especial en el Premio Nacional de Ensayo Literario José Revueltas–, *Aproximaciones a Sor Juana* (2005) y *Políticas de la memoria: tensiones en la palabra y en la imagen* (2007), de la novela *Saudades* (2007) y del libro de poemas *Vestigios* (2010). Forma parte del Sistema Nacional de Creadores de Arte y es reconocida como una de las 100 mujeres líderes de México por el periódico *El Universal*.

La presente obra se publica en colaboración con Fundación TV Azteca, A.C.
Vereda 80 – Jardines del Pedregal – 01900 México, D.F.
www.fundacionazteca.org
Las marcas registradas: Fundación TV Azteca, Proyecto 40
y Círculo Editorial Azteca se utilizan bajo licencia de:
TV Azteca, S.A. de C.V., México 2012

La autora de este libro es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte.

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Avenida Presidente Masarik núm. 111, 2o. piso
Colonia Chapultepec Morales
C.P. 11570, México, D.F.
www.tusquetseditores.com

1ª edición: mayo de 2012
1ª reimpresión: abril de 2013
ISBN: 978-607-421-350-8

Primera edición en formato epub: octubre de 2014
ISBN: 978-607-421-636-3

Libro convertido a epub por:

Tilde Tipográfica